La zanja

ANDRÉI PLATÓNOV

armaenia

narrativa

LA ZANJA

ANDRÉI PLATÓNOV

Traducción de Marta Sánchez-Nieves

armaenia

www.armaeniaeditorial.com

Título original: *Kotlovan*

Primera edición: Abril 2019
Primera edición ebook: agosto 2021

Published with the support of the Institute for Literary Translation (Russia)

ИНСТИТУТ ПЕРЕВОДА

AD VERBUM

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Cultura y Deporte

GOBIERNO DE ESPAÑA MINISTERIO DE CULTURA Y DEPORTE

LEER=+

Copyright © by Anton Martynenko, 2019. Spanish publishing rights are acquired via FTM Agency, Ltd., Russia, 2017

Copyright de la traducción © Marta Sánchez-Nieves, 2019

Copyright del posfacio © Robert Chandler y Olga Meerson, 2009

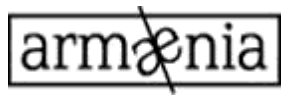
Copyright de la edición en español © Armaenia Editorial, S.L., 2019, 2021

Imagen de cubierta: Cartel de propaganda socialista (URSS, años 1950).
Armaenia Editorial, S.L.
www.armaeniaeditorial.com

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la

autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-18994-17-3



El día del trigésimo aniversario de su vida personal, a Vóschev le dieron el finiquito en la pequeña fábrica de maquinaria donde obtenía los recursos para vivir. En la carta de despido escribieron que se le apartaba de la producción a consecuencia del aumento de su debilidad y de su ensimismamiento en el ritmo general de trabajo.

Ya en el piso, Vóschev metió sus cosas en un saco y salió fuera para comprender mejor su futuro al aire libre. Pero el aire estaba vacío, los árboles inmóviles mantenían cuidadosos el calor de sus hojas y el polvo yacía aburrido en el camino desierto: la naturaleza tenía un estado calmo. Vóschev no sabía hacia dónde tirar y, en el límite de la ciudad, se acodó en la tapia baja de una hacienda en la que se habituaba al trabajo y a la utilidad a los niños sin familia. Más allá, la ciudad se acababa: solo quedaba una cervecería para los campesinos temporeros y otras categorías de retribución baja que se levantaba sin patio de ningún tipo, como toda institución oficial, y detrás de la cervecería se alzaba una loma arcillosa y un viejo árbol crecía en ella, solo en medio del tiempo claro. Vóschev llegó a la cervecería y entró en las voces humanas sinceras. Aquí se encontraban personas impulsivas que se entregaban al olvido de su infelicidad y, entre ellos, Vóschev se sintió más sordo y más ligero. Estuvo en la cervecería hasta la tarde, hasta que empezó a alborotar el viento del tiempo cambiante; entonces Vóschev se acercó a la ventana abierta para observar el inicio de la noche y vio el árbol en la loma de arcilla: se tambaleaba ante la adversidad y, con oculta vergüenza, se torcían sus hojas. En algún lugar, seguramente en el jardín de los empleados del comercio soviético, penaba una orquesta de viento; una música monótona, que no llegaba a existir del todo, se marchaba rápidamente, ayudada por el viento, a la naturaleza, atravesando el páramo pegado al barranco. Vóschev oía la música con el placer de la esperanza, porque pocas veces le correspondía una alegría, pero nada podía hacer que estuviera a la altura de la música, y pasó su tiempo vespertino sin moverse. Después de los sonidos de viento regresó el silencio y a este lo cubrió una oscuridad aún más callada. Vóschev se sentó junto a la ventana para observar la delicada oscuridad de la noche, para escuchar la variedad de sonidos tristes y para atormentar su corazón, sitiado por crueles huesos petrosos.

—¡Oye, alimentador! —resonó en el local ya en calma—. ¡Danos un par de jarras, que llenemos el hueco!

Vóschev había descubierto tiempo atrás que la gente siempre llegaba a la cervecería en parejas, como los novios y las novias, y a

veces formando bodas enteras y bien unidas.

Esta vez, el trabajador alimentario no sirvió la cerveza y los dos techadores recién llegados se limpiaron con el mandil la boca sedienta.

—¡Burócrata, en cuanto un obrero mueve un dedo, tú cumples sus órdenes y, además, con orgullo!

Pero el alimentador protegía sus fuerzas del desgaste laboral para tenerlas en su vida personal y no entró en desavenencias.

—El establecimiento está cerrado, ciudadanos. Dedíquense a lo que sea en su casa.

Los techadores se llevaron a la boca un rosco salado de un platito y salieron fuera. Vóschev se había quedado solo en la cervecería.

—¡Ciudadano! Solo ha pedido una jarra, pero lleva aquí ni se sabe. Ha pagado por la bebida, ¡no por el local!

Vóschev agarró su saco y se dirigió a la noche. El cielo interrogante lucía sobre él con la fuerza dolorosa de las estrellas, pero en la ciudad ya se habían apagado las luces y aquel que tenía la posibilidad, dormía después de una cena saciante. Vóschev bajó por las migajas de la tierra hasta el barranco y aquí se tumbó boca abajo, para dormir y abandonarse. Pero el sueño necesita la tranquilidad de la razón, confianza en la vida y perdón de la pena vivida, mientras que Vóschev estaba tumbado con tensión fría en la conciencia y no sabía si era útil para el mundo o si todo saldría bien sin él. Desde un lugar desconocido empezó a soplar el viento para que la gente no se asfixiara, y con la débil voz de la duda un perro de los suburbios informó de su servicio.

—El perro siente añoranza; solo vive porque ha nacido, como yo.

El cuerpo de Vóschev estaba pálido por el cansancio, sintió frío en los párpados y tapó con ellos los ojos cálidos.

El cervecero ya había ventilado su local. A causa del sol se inquietaban ya alrededor vientos y hierbas, cuando Vóschev abrió con pesar los ojos repletos de fuerza húmeda. De nuevo lo aguardaba vivir y alimentarse, y por eso se fue a ver a la comisión de la fábrica, a defender su innecesario trabajo.

—La dirección dice que te que quedabas parado y pensando en medio de la producción —dijeron en la comisión—. ¿En qué pensabas, camarada Vóschev?

—En el plan de vida.

—La fábrica trabaja según el plan preparado para el monopolio. Y el plan de tu vida personal podías haberlo estudiado en el club o en el rincón rojo.[1]

—Pensaba en el plan de la vida en general. Mi vida no me da

miedo, no es ningún misterio.

—Bien, ¿y qué podías haber hecho?

—Podía haber compuesto algo parecido a la felicidad y la productividad mejoraría por el sentido espiritual.

—La felicidad vendrá del materialismo, camarada Vóschev, y no del sentido. No podemos apoyarte, eres una persona irresponsable y no queremos encontrarnos en la cola de las masas.

Vóschev quería pedir algún trabajo más flojo, uno que bastara para mantenerse, que ya pensaría él fuera de este horario; pero para pedir hay que tener respeto por la gente, y Vóschev no había visto en ellos ese sentimiento.

—Tienen miedo de estar en la cola, porque es una extremidad, ¡y se han colgado de su cuello!

—Vóschev, el Estado te ha dado una hora de más para tus ensimismamientos: trabajabas ocho horas y ahora, solo siete, ¡harías mejor en vivir y callar! Si nos ponemos a pensar todos a la vez, ¿quién va a actuar?

—Sin pensamiento, la gente actuará sin sentido —meditó Vóschev.

Y sin ayuda alguna, se marchó de la comisión. Su camino a pie se extendía en pleno verano, a ambos lados se estaban construyendo casas y acondicionamientos técnicos: en esas casas iban a existir en silencio las masas, hasta ahora sin cobijo. El cuerpo de Vóschev era indiferente a las comodidades. Podía vivir y no cansarse nunca en el campo abierto, pero penar infeliz en época de saciedad, como en los días de paz en su último piso. Tuvo que evitar de nuevo la cervecería de las afueras, miró una vez más el lugar donde había pasado la noche: aquí había quedado algo común con su vida, y Vóschev se encontró en un espacio donde solo se alzaba ante él el horizonte y la sensación del viento en el rostro inclinado.

Pero poco después sintió la duda en su vida y la debilidad de un cuerpo sin verdad: estuvo un buen rato sin poder avanzar ni un paso por el camino, y se sentó en el borde de la cuneta sin saber la estructura exacta del mundo ni hacia dónde debía dirigirse. Agotado por sus pobres reflexiones, Vóschev se agachó y se tumbó en la hierba polvorienta, viajera; hacía calor, soplaba el viento diurno y por algún lugar gritaban los gallos de la aldea, todo se entregaba a una existencia indiferente, resignada, Vóschev era el único que se apartaba y callaba. Una hoja caída, muerta, yacía cerca de su cabeza, la había traído el viento desde algún árbol lejano y ahora la resignación aguardaba a esta hoja en la tierra. Vóschev recogió la hoja seca y la escondió en el compartimiento secreto de su saco, donde guardaba todo tipo de objetos de la desgracia y del desconocimiento. «Tu existencia no tenía sentido —supuso Vóschev con parquedad de

compasión—. Quédate aquí, yo averiguaré para qué has vivido y muerto. Ya que nadie te necesita, que estás tirada en medio del mundo, yo te cuidaré y recordaré».

—En este mundo todo vive y aguanta sin tener conciencia de nada —dijo Vóschev junto al camino, y se levantó para echar a andar, rodeado de la paciente existencia universal—. Como si a uno solo o a unos cuantos nos hubieran extraído el sentimiento de convicción ¡y se lo hubieran quedado!

Anduvo por el camino hasta caer exhausto; cayó pronto, en cuanto su alma se acordó de que había dejado de conocer la verdad.

Pero ya se veía una ciudad a lo lejos, humeaban sus panaderías cooperativas y el sol vespertino iluminaba el polvo sobre las casas, producido por el movimiento de su población. La ciudad empezaba en la herrería. Cuando Vóschev pasó por delante, alí estaban reparando un automóvil de su marcha por caminos intransitables. Un tullido gordo estaba junto al atadero y hablaba con el herrero:

—Mish, rellena el tabaco, ¡o a la noche arrancaré el candado otra vez!

Desde debajo del automóvil, el herrero no respondió. Entonces, el lisiado lo golpeó con la muleta en las posaderas:

—Mish, es mejor que pares de trabajar y rellenes, ¡o haré un estropicio!

Vóschev se paró cerca del tullido, porque por la calle, desde el interior de la ciudad, marchaban en formación unos niños-pioneros[2] con música cansada al frente.

—Ya te di ayer un rublo entero —dijo el herrero—. ¡Déjame tranquilo al menos una semana! Porque mira que aguanto y aguanto, pero ¡al final prenderé fuego a tus muletas!

—Hazlo —al inválido le pareció bien—. Los chicos me subirán a la carreta, ¡y le arrancaré el tejado a la fragua!

El herrero se distrajo mirando a los niños y, ablandándose, echó tabaco en la petaca del lisiado:

—Hale, ¡saquéame, langosta!

Vóschev se fijó en que el tullido no tenía piernas: una le faltaba por completo y en el lugar de la otra había un añadido de madera; el mutilado se apoyaba en unas muletas y en la carga complementaria del apéndice de madera de la pierna derecha truncada. El inválido tampoco tenía dientes, los había gastado con el alimento; a cambio, había echado una cara enorme y un resto de tronco corpulento; sus ojos marrones, escasamente abiertos, observaban un mundo para él ajeno con la avidez de la desdicha, con la congoja de la pasión acumulada, mientras que en su boca se restregaban las encías al pronunciar los pensamientos inaudibles del cojo.

Mientras se alejaba, la orquesta de los pioneros empezó a tocar la música de una joven expedición. Al pasar junto a la herrería, conscientes de la importancia de su futuro, las muchachas descalzas marcharon con precisión; sus cuerpos débiles, ya madurando, vestían trajes de marinero; en las cabezas ensimismadas y atentas se recostaban con soltura unas boinas rojas y sus piernas estaban cubiertas con la pelusilla de la mocedad. Cada una de las niñas, moviéndose con arreglo a la formación común, sonreía por un sentimiento de importancia, por la conciencia de la gravedad de la vida que se comprimía en su interior, imprescindible para la continuidad de la formación y de la fuerza para seguir marchando. Todas estas pioneras habían nacido en el tiempo en que los campos estaban cubiertos de caballos muertos en la guerra social, y no todos los pioneros tenían piel en el momento de su surgimiento porque sus madres se habían alimentado solo de las reservas de su propio cuerpo; por eso, en la cara de cada una de las pioneras había quedado la dificultad de la debilidad de su inicio vital, la escasez de su cuerpo y la belleza en su expresión. Pero la felicidad de la amistad infantil, la materialización del mundo futuro en un juego de mocedad y la dignidad de su rigurosa libertad marcaban en los rostros infantiles una alegría importante que sustituía a la belleza y a la nutrición doméstica.

Vóschev se paró tímido ante la mirada de la procesión de esos niños emocionados y para él desconocidos; se avergonzaba porque seguramente los pioneros sabían y sentían más que él, porque los niños son el tiempo madurando en un cuerpo fresco, mientras que él, Vóschev, con su juventud apresurada y activa se alejaba hacia la calma del desconocimiento, como un vano empeño de la vida de alcanzar su objetivo. Y Vóschev sintió vergüenza y energía, quiso descubrir de inmediato el sentido universal y duradero de la vida para marchar por delante de los niños, más rápido que sus piernas morenas repletas de firme ternura.

Una pionera salió corriendo de entre las filas hasta el campo de centeno contiguo a la herrería y arrancó la planta que necesitaba. Mientras así actuaba, la pequeña mujer se inclinó dejando al descubierto un lunar en el cuerpo hinchado y, con la ligereza de una fuerza imperceptible, siguió su camino y desapareció, dejando un sentimiento de pena en los dos espectadores: Vóschev y el tullido. Vóschev, buscando el alivio que da la igualdad, miró al inválido; a este la sangre sin salida le había hinchado la cara, gimoteó y movió la mano en la profundidad del bolsillo. Vóschev observó el ánimo del vigoroso lisiado y se alegró de que los niños del socialismo nunca estuvieran a mano de ese monstruo del imperialismo. Sin embargo, el tullido no apartaba la mirada del final de la procesión pionera y

Vóschev empezó a temer por la integridad y la pureza de esas personas pequeñas.

—Ya podían tus ojos mirar a algún otro sitio —le dijo al inválido —. ¡Mejor ponte a fumar!

—¡A un lado, marchen, mandón! —dijo el cojo.

Vóschev no se movió.

—¿A quién le estoy hablando? —insistió el tullido—. ¿Quieres que te dé un puñetazo?

—No —respondió Vóschev—. Me asustaba que le dijeras alguna palabra a la niña o que actuaras de alguna manera.

Con un suplicio habitual, el inválido inclinó su enorme cabeza hacia la tierra.

—¿Qué le voy a decir yo nada a la cría, gusano? Miro a los niños para recordarlos. Pronto moriré.

—Imagino que te hirieron en el combate capitalista —dijo Vóschev en voz baja—. Aunque también hay tullidos viejos, yo los he visto.

El lisiado dirigió los ojos hacia Vóschev, unos ojos que ahora tenían la ferocidad de una inteligencia superior; al principio, el lisiado se quedó callado por el enfado que sentía hacia el transeúnte, pero después dijo con la lentitud que da la amargura:

—Sí, hay viejos así, pero que sean tan incompletos y defectuosos como tú, no.

—No he estado en una guerra de verdad —dijo Vóschev—. De haberlo hecho, no habría regresado entero.

—Claro que no has estado: ¡por eso eres tan tonto! Un hombre que no ha visto la guerra parece una mujer que no ha parido: vive hecho un idiota, ¡se te ve todo a través del cascarón!

—¡Oh! —exclamó quejoso el herrero—. Es mirar a los niños y sentir ganas de gritar: ¡viva el Primero de Mayo!

La música de los pioneros se tomó un descanso y empezó a tocar a lo lejos la marcha del movimiento. Vóschev continuaba penando y se fue a la ciudad a vivir.

Hasta bien entrada la tarde caminó Vóschev en silencio por la ciudad, como si esperara a que el mundo se volviera universalmente conocido. Sin embargo, seguía sin tener claro nada y en la oscuridad de su cuerpo sentía un lugar tranquilo donde no había nada, pero nada impedía que empezara nada. Como el que vive a distancia, Vóschev daba su paseo junto a la gente sintiendo la fuerza creciente de su mente lamentándose, y cada vez se encerraba más en la estrechez de su pena.

Solo entonces se fijó en el corazón de la ciudad y en sus instalaciones en construcción. La electricidad vespertina ya estaba

encendida en los andamios de las obras, pero la luz del campo en calma y el olor ajado del sueño se acercaban hasta aquí desde el espacio común y se paraban intactos en el aire. Aislados de la naturaleza, a la luz clara de la electricidad, se afanaban con agrado unos hombres: levantaban tapias de ladrillo, andaban y llevaban carga en el delirio de chillas de los andamios. Vóschev estuvo largo rato observando la construcción de una torre desconocida para él; vio que los trabajadores se movían de forma regular, sin fuerza intensa, y que se había añadido algo a la construcción para así concluirla.

—El hombre construye una casa, pero él se destruye por dentro. ¿Quién vivirá entonces? —pensativo, Vóschev expresaba sus dudas a la vez que andaba.

Se alejó del corazón de la ciudad hasta su final. Mientras se desplazaba hasta allí, llegó la desierta noche; en la lejanía, solo el agua y el viento habitaban la oscuridad y su naturaleza y solo los pájaros eran capaces de cantar la pena de esta gran materia, porque volaban por arriba y ahí se estaba mejor.

Vóschev se coló en un solar y descubrió un agujero cálido en el que pasar la noche; una vez hubo bajado al hueco de tierra, se colocó debajo de la cabeza el saco en el que recogía toda clase de desconocimiento como recuerdo y venganza, se entristeció y, así, se quedó dormido. Pero un hombre entró en el solar con una guadaña en las manos y empezó a cortar la maleza que crecía allí desde que el mundo es mundo. Hacia la medianoche, el guadañero llegó hasta Vóschev y determinó que tenía que levantarse y marcharse del área.

—¡Qué dices! —respondió Vóschev a regañadientes—. Qué va a ser esto un área, no es más que un lugar que sobra.

—Pues ahora va a ser un área, se ha establecido para un asunto de piedras. Ven a ver el lugar por la mañana, pues pronto desaparecerá para siempre bajo una estructura.

—Pero, ¿dónde voy a quedarme?

—Ve a seguir durmiendo al barracón, sin miedo. Entra allí y duerme hasta la mañana, y ya darás entonces las aclaraciones necesarias.

Vóschev echó a andar siguiendo la explicación del guadañero y enseguida reparó en un cobertizo de tablas en un antiguo huerto. En el interior del cobertizo dormían boca arriba diecisiete o veinte personas y una lámpara medio apagada iluminaba las caras humanas inconscientes. Todos los durmientes estaban consumidos cual difuntos, el escaso espacio que tenían entre la piel y los huesos estaba ocupado por venas, y en el grosor de estas venas se veía la mucha sangre a la que debían dar paso durante la tensión del trabajo. El percal de las camisas transmitía con exactitud la lenta labor renovadora del corazón: latía cercano, en la oscuridad del cuerpo asolado de cada

dormido. Vóschev miró fijamente la cara del durmiente más cercano, por si reflejaba la felicidad humilde del hombre satisfecho. Pero el durmiente yacía medio muerto, sus ojos se ocultaban honda y penosamente, sus piernas enfriadas estaban estiradas dentro de unos viejos pantalones de obrero. Aparte de la respiración, en el barracón no había ningún ruido, nadie tenía sueños ni hablaba con los recuerdos, cada uno de ellos existía sin ninguna superfluidad en la vida, y durante el sueño solo quedaba vivo el corazón, que cuidaba del hombre. Vóschev sintió el frío del cansancio y se tumbó para entrar en calor entre dos cuerpos de operarios durmientes. Se quedó dormido, desconocido para esa gente de ojos cerrados, y contento de pasar la noche cerca de ellos, y así siguió durmiendo, sin sentir la verdad, hasta la mañana clara.

Por la mañana, a Vóschev lo golpeó en la cabeza alguna clase de instinto, se despertó y, sin abrir los ojos, escuchó unas palabras ajenas.

—¡Es débil!

—Es inconsciente.

—No importa: el capitalismo ha hecho idiotas a los de nuestra especie, y este también es un resto de esa oscuridad.

—Con tal de que nos encaje bien por estamento… entonces sí que servirá.

—A juzgar por su cuerpo, es de la clase pobre.

Dudando, Vóschev abrió los ojos a la luz del día incipiente. Los durmientes de ayer estaban de pie sobre él, vivos, y observaban su débil posición.

—Imagino que ya sabéis todo, ¿no? —les preguntó Vóschev con la timidez de la esperanza débil.

—¿Y cómo no? ¡Nosotros damos existencia a todas las organizaciones! —respondió un hombre bajo con su boca seca, a cuyo alrededor, por puro agotamiento, crecía débilmente la barba.

En ese momento, se abrieron la entrada y la puerta y Vóschev vio al guadañero nocturno con una tetera colectivista: el agua hirviendo ya estaba lista en la cocinilla que ardía en el patio del barracón; el tiempo de despertarse había pasado y había llegado el momento de alimentarse para el trabajo del día.

Un reloj rural estaba colgado en una pared de madera y andaba paciente por la fuerza de la gravedad de una carga inerte; el semblante del mecanismo tenía pintada una florecilla rosa para calmar a todo aquel que viera el tiempo. Los operarios se sentaron en fila a lo largo de una mesa; el guadañero, que se encargaba de las tareas de mujer en el barracón, cortó el pan y dio a cada hombre una rebanada y, como añadido, también un trozo de carne de vaca del día anterior,

fría. Los operarios empezaron a comer en serio, tomando el alimento como es debido, pero sin saborearlo.

—¡Ven a comer con nosotros! —invitaron a Vóschev los que se alimentaban.

Vóschev se levantó y, sin tener todavía fe plena en la necesidad común del mundo, se fue a comer, cohibido y acongojado.

Cuando hubieron terminado de alimentarse, los operarios salieron fuera con palas en las manos y Vóschev los siguió.

En el solar segado olía a hierba muerta y a la humedad de los lugares desnudos, por lo que se sentía con más claridad la pena común de la vida y la congoja de la inutilidad. Le dieron una pala a Vóschev y sus manos la apretaron con la crueldad de la desesperación de su vida, igual que si quisiera extraer la verdad del centro del polvo terrestre; desdichado, Vóschev estuvo conforme también en no tener sentido de la existencia, pero deseaba al menos observarla en la materia del cuerpo de otro, de una persona cercana y, para encontrarse cerca de esa persona, podía sacrificar para el trabajo a su débil cuerpo, agotado de ideas y sinsentidos.

En medio del solar había un ingeniero: un hombre no muy mayor pero canoso a cuenta de la naturaleza. Se figuraba al mundo como un cuerpo muerto, lo juzgaba por las partes que ya había transformado en edificación: por doquier, el mundo sucumbía a su razón atenta e imaginativa, limitada solo por la conciencia de la inercia de la naturaleza; el material siempre se rendía ante la exactitud y la paciencia, lo que quería decir que estaba muerto y deshabitado. Pero el hombre era algo vivo y apto en medio de toda la materia alicaída, por eso ahora el ingeniero sonreía educado al recibir al equipo de operarios. Vóschev vio que las mejillas del ingeniero estaban rosadas, pero no por nutrición, sino por los latidos superfluos de su corazón, y a Vóschev le gustó que a esa persona el corazón se le agitara y latiera.

El ingeniero le dijo a Chiklin que ya había marcado los trabajos de movimiento de tierra y delimitado la zanja de cimentación, y señaló los piquetes clavados: ya podían empezar. Chiklin escuchaba al ingeniero y hacía una comprobación adicional a las marcaciones con su cabeza y experiencia: durante los trabajos de terrapleno, había sido el mayor del colectivo. El trabajo con el terreno era su mejor ocupación, pero cuando llegaba el momento de los mampuestos, Chiklin se subordinaba a Safrónov.

—Hay pocas manos —dijo Chiklin al ingeniero—, esto es un suplicio, no un trabajo, el tiempo se tragará todo el provecho.

—La bolsa de colocación prometió enviar a cincuenta hombres, aunque yo pedí cien —respondió el ingeniero—. Ahora bien, por los trabajos con la tierra firme solo vamos a responder usted y yo, ustedes son la brigada dirigente.

—Nosotros no vamos a dirigir, sino a igualar a todos. Siempre que aparezca gente…

Y, habiendo hablado así, Chiklin hundió la pala en la pulpa superior de la tierra, el rostro concentrado abajo, entre indiferente y pensativo. Vóschev también empezó a cavar profundo el terreno, insuflando toda su fuerza a la pala; ahora admitía la posibilidad de que la infancia se hiciera mayor, la alegría se convirtiera en idea y el hombre futuro encontrara en esta casa una sólida paz para mirar desde las altas ventanas al mundo tendido que lo esperaba. Ya había destruido para siempre miles de tallos, raíces y diminutos refugios térreos de aplicados bichos, y trabajaba en la estrechura de la arcilla melancólica. Pero Chiklin le sacaba ventaja: hacía tiempo que había dejado la pala y cogido una barra para desmenuzar las rocas prietas inferiores. Mientras suprimía la estructura natural antigua, Chiklin no lograba comprenderla:

—A saber por qué había greda debajo del suelo, y aquí se fue la arcilla, ¡y pronto habrá caliza…! Así de fácil, como tiene que ser: y si no tocas la tierra con el hierro, pues se quedaría así, como tonta. ¡Una desgracia!

A causa de su extrañamiento por la arcilla y la conciencia de lo poco numeroso que era su colectivo, Chiklin rompía a toda prisa el terreno secular, dirigiendo toda la energía de su cuerpo a golpear los lugares muertos. Su corazón latía como solía, la espalda tenaz consumía el sudor: Chiklin no tenía ninguna grasa de reserva bajo la piel, sus venas viejas y sus entrañas se acercaban muchísimo al exterior, sentía el ambiente a su alrededor sin cálculos ni sentimientos, pero con precisión. Hubo un tiempo en que fue más joven y gustaba a las muchachas, por la avidez de su cuerpo poderoso que lo llevaba donde fuera, que no se guardaba nada y que era leal a todos. Muchos entonces necesitaban a Chiklin, así como el abrigo y la paz entre su calor seguro, pero él quería abrigar a demasiados, para tener también algo que sentir, y entonces las mujeres y los colegas lo abandonaban por celos, y Chiklin, melancólico en mitad de la noche, salía a la plaza del bazar y volcaba las casetas de los comercios o las sacaba directamente fuera, por lo que después penaba en la cárcel y cantaba desde allí canciones a las tardes de verano color cereza.

Hacia el mediodía, el esfuerzo de Vóschev daba cada vez menos tierra, empezaba a estar ya enfadado de cavar e iba a la zaga del colectivo; solo un operario delgado era más lento que él. Este postrero era hosco y todo su cuerpo era insignificante, el sudor de la debilidad goteaba en la arcilla desde su cara deslucida y monótona, cubierta de pelo ralo; al ascender desde la tierra al recorte de la zanja, tosía y arrancaba de su interior flemas y, después, cuando se reponía, cerraba los ojos como si deseara dormir.

—¡Kozlov! —le gritaba Safrónov—. ¿Otra vez te encuentras mal?

—Sí, otra vez —respondía Kozlov con su pobre voz infantil.

—Te recreas mucho en los conflictos —dijo Safrónov—, ¡y se te va la fuerza!

Kozlov miró a Safrónov con ojos húmedos y enrojecidos y guardó silencio de puro agotamiento indiferente.

Vóschev examinó a esta gente y decidió vivir entre ellos como pudiera, ya que ellos aguantaban y vivían: había surgido a su lado y moriría a su debido tiempo sin separarse de esa gente.

—Kozlov, túmbate bocabajo, ¡recupera el aliento! —dijo Chiklin—. Toses y suspiras, callas y te lamentas; así se cavan tumbas, no casas.

Pero Kozlov no veía bien la compasión ajena: sin que se notara, se llevó la mano al seno, a la altura del pecho cavernoso y decrépito, y continuó excavando el terreno continuo. Todavía creía en el inicio de la vida después de que se construyeran grandes casas y temía que no lo aceptaran en esa vida si aparecía allí siendo un elemento lastimero y nada trabajador. Un único sentimiento molestaba a Kozlov por las mañanas: su corazón tenía dificultades para latir. Aun así, abrigaba esperanzas de vivir en el futuro aunque fuera con un pequeño resto de corazón; pero debido a la debilidad de su pecho, durante el trabajo se veía obligado a pasarse de cuando en cuando la mano por encima de los huesos y, en un susurro, convencerse de aguantar.

Ya habían dejado atrás el mediodía y la bolsa no había enviado a los cavadores. El guadañero de hierba nocturno había descansado bien, había cocido patatas, las había regado con unos huevos empapados en mantequilla, añadió la kasha[3] del día anterior, después espolvoreó eneldo por encima para darle un toque de lujo y llevó en un perol esta comida combinada para aumentar las fuerzas caídas del colectivo.

Comieron en silencio, sin mirarse y sin ansia, sin reconocer el valor del alimento, como si la fuerza del hombre procediera únicamente de su conciencia. Kozlov a veces tosía sin querer en el perol y en el aire se veían las migas de su boca, pero ninguno de los que comían defendía la limpieza del alimento del estómago frente a Kozlov y, al verlo, Vóschev rastrillaba con su cuchara precisamente aquellos lugares de comida donde tosía Kozlov, para así simpatizar más con él.

El ingeniero recorrió en su ronda diaria las diferentes organizaciones y apareció en la zanja de cimentación. Se quedó a un lado mientras la gente se acababa la comida del perol y entonces dijo:

—El lunes habrá cuarenta personas más. Pero hoy es sábado: ya es hora de que paréis.

—¿Cómo que es hora de parar? —preguntó Chiklin—. Todavía podemos sacar un metro cúbico, o metro y medio. No tiene sentido

parar antes.

—Hay que parar —replicó el jefe de obras—. Ya habéis trabajado más de seis horas, es la ley.

—Esa ley es solo para los elementos cansados —Chiklin seguía poniendo impedimentos—, pero a mí todavía me queda algo de fuerza antes de irme a dormir. ¿Qué pensáis? —preguntó a todos.

—Hasta la noche queda mucho —informó Safrónov—, para qué perder la vida en vano, mejor hagamos algo. Además, no somos animales, ¡podemos vivir del entusiasmo!

—Quizá la naturaleza nos enseñe algo ahí abajo —dijo Vóschev.

—¡Eso es! —dijo no se sabía cuál de los operarios.

El ingeniero agachó la cabeza, temía el tiempo vacío en casa, no sabía cómo vivir solo.

—Entonces iré a trazar algún plano y a contar otra vez los pozos de los pilotes.

—Qué se le va a hacer, hale, ¡ve a dibujar y a contar! —convino Chiklin—. De todas formas, la tierra está cavada y hay bastante aburrimiento por aquí. Acabaremos el trabajo, entonces determinaremos nuestra vida y podremos descansar.

El jefe de obras se alejó lentamente. Evocó su infancia, las vísperas de las fiestas, cuando la criada fregaba los suelos, su madre recogía la estancia principal y por la calle corría un agua desagradable y él, un niño, no sabía dónde meterse y se angustiaba y se entregaba a sus pensamientos. También entonces el tiempo se estropeaba y sobre la llanura avanzaban unas nubes hurañas y lentas; y ahora, cuando por toda Rusia se friegan los suelos la víspera de la fiesta del socialismo, por alguna razón a él le parecía que aún era pronto para disfrutar, que no había motivos; era mejor sentarse, reflexionar y trazar las partes del futuro edificio.

Una vez saciado, Kozlov se sintió alegre y su mente se hizo más grande.

—Los amos de todo el mundo, pero, como suele decirse, bien que les gusta tragar —comunicó Kozlov—. Un amo se construiría la casa de un tirón; vosotros, en cambio, moriréis en una tierra vacía, hueca.

—¡Kozlov, bruto! —definió Safrónov—. ¿Qué más te da a ti una casa para el proletariado, si lo único que te alegra es su organización exterior?

—¡Dejame disfrutar! —respondió Kozlov—. ¿Quién me ha querido a mí al menos una vez? Aguanta, decían, mientras el viejo capitalismo muere. Pues ahora está acabado y yo vuelvo a estar solo debajo de la manta, ¡y es triste!

Vóschev empezó a alterarse por amistad hacia Kozlov.

—La tristeza no es nada, camarada Kozlov —dijo—, significa que

nuestra clase siente a todo el mundo, mientras que la felicidad no deja de ser un asunto de burgueses… ¡La felicidad solo te hace sentir sentir vergüenza!

En el tiempo que siguió, Vóschev y otros junto con él se levantaron para trabajar. El sol todavía estaba alto y los pájaros cantaban lastimeros en el aire iluminado, sin celebraciones, sino a la búsqueda de alimento en la gran extensión; las gaviotas volaban bajo, pasaban rápidamente por encima de la gente que excavaba agachada, dejaban de hacer ruido con las alas por el cansancio y debajo de su piel y de sus plumas estaba el sudor de la necesidad: llevaban volando desde el alba, sin parar de atormentarse para saciar a sus crías y a sus amigas. Vóschev recogió una vez a un pájaro que había muerto de repente en el aire y que había caído: estaba todo cubierto de sudor, y cuando Vóschev lo desplumó para ver el cuerpo, en sus manos surgió una criatura lastimera y enjuta que había perecido exhausta de trabajar. Y entonces Vóschev no sintió pena por destruir el terreno adherido, compacto: aquí habría una casa, en ella la gente iba a resguardarse de la adversidad y a echar miguitas por la ventana para los pájaros que viven fuera.

Chiklin, sin mirar a los pájaros ni el cielo, sin sentir idea alguna, con movimientos pesados, desbarataba la tierra con una barra y, aunque su carne se consumía en la extracción arcillosa, el cansancio no lo entristecía, pues sabía que con el sueño nocturno su cuerpo volvería a llenarse.

El extenuado Kozlov se había sentado en el suelo y partía con un hacha la caliza que quedaba al descubierto; trabajaba sin acordarse de la hora o del lugar, arrojando los restos de su fuerza cálida en la piedra que estaba cortando: la piedra se calentaba, pero Kozlov se iba enfriando poco a poco. Podría morir así, igual de imperceptible, y la piedra destruida sería su pobre herencia para la gente que creciera en el futuro. A Kozlov se le caían los pantalones con el movimiento, se le ajustaban a la piel los huesos curvos y puntiagudos de las piernas, como cuchillos con muescas. Vóschev sentía la nervosidad angustiosa de esos huesos indefensos, le parecía que los huesos desgarrarían la piel frágil y saldrían al exterior; se palpó las piernas en los mismos lugares óseos y dijo a todos:

—¡Hora de parar! O acabaréis cansadísimos y moriréis y, entonces, ¿quién quedará para ser persona?

Vóschev no sintió las palabras de respuesta. Ya empezaba a atardecer; en la lejanía se levantaba la noche azul con su promesa de sueño y respiración fresca y —como la tristeza— elevaba su altura muerta sobre la tierra. Kozlov seguía destruyendo piedras en la tierra, sin alejar la mirada por nada, y probablemente su corazón debilitado latía melancólico.

El jefe de obras de la casa proletaria común salió de su oficina de dibujo durante la lobreguez nocturna. El foso de la zanja de cimentación estaba vacío, el colectivo de operarios se había quedado dormido en el barracón formando una hilera prieta de torsos, y únicamente la luz de la lámpara nocturna medio apagada penetraba entre las rendijas de las chillas, dejando así que hubiera luz en caso de accidente o por si a alguien le entraban ganas inesperadas de beber. El ingeniero Prushevski se acercó al barracón y echó un vistazo a su interior por el hueco de un antiguo nudo de una rama; Chiklin dormía cerca de la pared, tenía una mano —hinchada por el esfuerzo— sobre la tripa y todo el cuerpo hacía ruido en el trabajo sustentador que era el sueño; un descalzo Kozlov dormía con la boca abierta, su garganta bullía como si el aire de la respiración atravesara la sangre pesada y oscura, de sus ojos blancos entornados salían lágrimas espaciadas, causadas quizá por lo que estuviera soñando o por alguna angustia ignorada.

Prushevski apartó la cabeza de las tablas y empezó a pensar. En la lejanía brillaba la electricidad de la obra nocturna de la fábrica, pero Prushevski sabía que allí no había nada, excepto el material de construcción inerte y gente cansada, no pensadores. Él era quien había ideado la única casa proletaria común en el lugar de una ciudad vieja donde hasta ahora la gente había vivido como en un corral cercado; al cabo de un año toda la clase proletaria local saldrá de esa ciudad de diminutas propiedades y ocupará la casa nueva y monumental para vivir en ella. Al cabo de diez o veinte años otro ingeniero construirá en el centro del mundo una torre en la que entrarán para asentarse eterna y felizmente los trabajadores de todo el globo terráqueo. Prushevski ya podía prever qué obra de mecánica estática, desde el punto de vista del arte y de la conveniencia, se debía colocar en el centro del mundo, pero no podía presentir la estructura del alma de los colonos de la casa común en medio de esta llanura, ni mucho menos imaginar a los habitantes de la futura torre en medio de la tierra universal. ¿Cómo será entonces el cuerpo de los jóvenes y qué fuerza emocional hará latir el corazón y pensar a la mente?

Prushevski quería saberlo ya para que no se construyeran en vano los muros de su arquitectura: la casa debía habitarla gente, pero la gente está colmada de esa calidez de la vida que una vez se llamó alma. Tenía miedo de levantar edificios vacíos, esos en los que la gente vive solo por las inclemencias del tiempo.

Prushevski se quedó frío en la noche y bajó al foso empezado para la zanja de cimentación, donde había más calma. Se quedó un rato sentado en el fondo; debajo de él había piedras; a su lado se alzaba el corte del terreno y se veía que sobre el canto de la arcilla, sin proceder

de ella, yacía el suelo. ¿Se puede formar una superestructura desde cualquier tipo de base? ¿Toda producción de material vital dota al hombre con el producto adicional que es el alma? Y en el caso de que la producción mejore hasta la economía exacta, ¿va a originar productos circunstanciales, no esperados?

Desde que tenía veinticinco años, el ingeniero Prushevski sentía la estrechez de su conciencia y el final del subsiguiente concepto sobre la vida, como si un muro oscuro hiciera de tope delante de su mente perceptora. Y desde entonces sufría, removiéndose junto a su muro, y se tranquilizaba pensando que, en realidad, había concebido la estructura central y verdadera de la materia en la que están combinados el mundo y la gente, que toda la ciencia indispensable también estaba colocada antes del muro de su conciencia y que al otro lado del muro solo se encontraba un lugar aburrido al que uno podía no aspirar. Pero, aun así, sentía curiosidad por saber si alguien se asomaría antes al otro lado del muro. Prushevski volvió a acercarse a la pared del barracón y, agachado, miró al durmiente más cercano que estaba al otro lado, para captar algo desconocido de la vida, pero poco se podía ver allí, porque la parafina se había agotado en la linterna y solo se oía la respiración lenta, decreciente. Prushevski dejó el barracón y fue a afeitarse a la peluquería para los turnos de noche; le gustaba que lo rozaran unas manos en los momentos de melancolía.

Prushevski llegó a su piso —un ala en el jardín de los frutales— después de la medianoche, abrió la ventana a la oscuridad y se quedó sentado. El débil viento local empezaba ahora a agitar las hojas, pero enseguida se hizo de nuevo el silencio. Por detrás del jardín pasaba alguien cantando su canción; casi seguro que era el contable que regresaba de las clases vespertinas o puede que simplemente fuera alguien a quien le entraba la melancolía al dormir.

En la lejanía, en suspenso y sin salvación, brillaba una estrella poco clara, que nunca llegaría a estar más cerca. Prushevski la miró a través del aire empañado. El tiempo pasaba y él dudaba:

—¿Debería perecer yo?

Prushevski no veía quién lo podía necesitar tanto como para aguantar hasta la todavía lejana muerte. En lugar de esperanza, solo le quedaba paciencia, y en algún punto tras la sucesión de noches, tras los jardines florecidos y de nuevo echados a perder, tras la gente que se encontraba y lo esquivaba, estaba el momento en que tendría que tumbarse en un catre, ponerse de cara a la pared y morir sin haber aprendido a llorar. En el mundo se quedará su hermana, pero dará a luz a un niño, y la compasión por este será más fuerte que la tristeza por el hermano muerto, abatido.

—Es mejor que muera —pensó Prushevski—. Me utilizan, pero nadie se alegra al verme. Mañana escribiré una última carta a mi

hermana. Cuando se haga de día, tengo que comprar un sello.

Y habiendo tomado esta decisión, se tumbó en la cama y se quedó dormido con la felicidad que da la indiferencia por la vida. Sin tiempo para haber sentido toda esa felicidad, se despertó por culpa de ella a las tres de la madrugada y, tras iluminar el piso, se sentó en medio de la luz y del silencio, rodeado por los manzanos próximos, hasta el amanecer, momento en que abrió la ventana para oír a los pájaros y los pasos de los transeúntes.

Después del despertar general, al barracón de pernoctación de los cavadores llegó un hombre ajeno. De entre todos los operarios, el único que lo conocía era Kozlov, gracias a sus conflictos del pasado. Era el camarada Pashkin, el presidente del consejo de distrito del sindicato. Tenía ya cara de mayor y el tronco del cuerpo encorvado, no tanto por el número de años, cuanto por la carga social; a causa de estas dotes, hablaba en tono paternal y sabía o barruntaba casi todo.

«Bueno, qué se le va a hacer —solía decir en época de dificultad—, de todas formas la felicidad llegará históricamente». E inclinaba con resignación la cabeza abatida que ya no tenía nada que pensar.

Cerca de la zanja de cimentación empezada, Pashkin se colocó mirando hacia la tierra, como ante toda clase de producción.

—Ritmo suave —dijo a los operarios—. ¿Por qué os compadecéis del aumento de la productividad? El socialismo se las apañará sin vosotros, pero, sin él, vosotros viviréis en vano y palmaréis.

—Como suele decirse, camarada Pashkin, nos esforzamos —dijo Kozlov.

—Y ¿dónde está ese esfuerzo? ¡Solo habéis sacado un montón de tierra!

Incómodos con el reproche de Pashkin, los operarios respondieron con silencio. Estaban de pie y miraban: el hombre estaba en lo cierto, había que cavar la tierra cuanto antes y colocar la casa, o se morirían y no llegarían a tiempo. No importaba que la vida se marchara ahora como el flujo de la respiración, porque con ayuda de la estructura de la casa se la podía organizar de forma provechosa, para la futura felicidad inmovible y para la infancia.

Pashkin miró a lo lejos, a las llanuras y barrancos; allí, en algún lugar, empezaban los vientos, de allí provenían los fríos nubarrones, se propagaban diversas plagas mosquiteras y enfermedades, reflexionaban los kulaks[4] y dormía el atraso campesino, mientras el proletariado vivía solo, como un hijo de perra, en este vacío aburrido y se veía obligado a tener ideas sobre todo y por todos y a hacer a mano la materia de una vida duradera. Y Pashkin sintió pena de todos sus sindicatos, y experimentó en su interior bondad por los

trabajadores.

—Camaradas, voy a acondicionaros algunas ventajas por la vía sindical —dijo Pashkin.

—¿Y de dónde vas a sacar esas ventajas? —preguntó Safrónov—. Primero las tenemos que hacer nosotros y pasártelas, y luego tú a nosotros.

Pashkin miró a Safrónov con esos ojos melancólicos y previsores y marchó al interior de la ciudad, a trabajar. Tras él salió Kozlov, que en un aparte le dijo:

—Camarada Pashkin, resulta que Vóschev está apuntado con nosotros, pero no tiene el mandato de la bolsa de colocación; usted debería, dicen, darlo de baja…

—Yo no veo aquí conflicto alguno: ahora hay pérdidas en el proletariado —fueron las consideraciones de Pashkin, lo que dejó a Kozlov sin consuelo. Y al instante, empezó a caer en este la fe proletaria y quiso irse al interior de la ciudad para escribir allí denuncias difamatorias y organizar conflictos de diversa índole a fin de que la organización progresara.

Hasta bien entrado el mediodía, el tiempo transcurrió felizmente; no llegó a la zanja de cimentación nadie del personal organizativo o técnico, y la tierra seguía hundiéndose bajo las palas, aun contando solo con la fuerza y la paciencia de los cavadores. A veces, Vóschev se agachaba y levantaba una piedrecita, así como algo de polvo pegado, compacto, y se lo metía en los pantalones para guardarlo. Lo alegraba e intranquilizaba la presencia casi eterna de una piedrecita en el medio propio de la arcilla, en una acumulación de lobreguez: significaba que si a esta le salía a cuenta estar allí, con más razón era menester que el hombre viviera. Pero, aun así, la pena por el estado general empezaba a atormentar de nuevo a Vóschev. A veces sentía toda la vida exterior como interior y por momentos la garganta se le quedaba ronca cuando abría la boca para comunicarse.

Después del mediodía, Kozlov ya no podía respirar en condiciones: intentaba inspirar seria y profundamente, pero el aire no penetraba como antes hasta el estómago, sino que actuaba solo superficialmente. Kozlov se sentó en el terreno desnudo y llevó el desaliento de sus manos al rostro huesudo.

—¿Apenado? —le preguntó Safrónov—. Para ganar resistencia, deberías apuntarte a educación física, pero tienes demasiada estima a los conflictos: tus pensamientos se han quedado atrasados.

Sin bajar el ritmo y sin hacer pausas, Chiklin cargó una barra contra la placa de piedra nativa, sin pararse a pensar o a estar de algún humor; no tenía razones para vivir de otra forma: podía acabar convertido en ladrón o echando a perder la revolución.

—¡Kozlov vuelve a flaquear! —le dijo Safrónov a Chiklin—. No va a sobrevivir al socialismo, ¡le debe faltar alguna función!

Chiklin dejó de trabajar y se fijó en Kozlov, que ya se acariciaba con ambas manos. Y entonces Chiklin empezó a pensar que su vida no tenía donde irse, una vez que su salida por la tierra se había visto interrumpida; arrimó la espalda húmeda a la pendiente del pozo, observó la lejanía y se imaginó unos recuerdos: no era capaz de pensar nada más. En el barranco próximo a la zanja de cimentación había ido creciendo la hierba poco a poco y la arena insignificante yacía sin dar señales de vida; el sol constante derrochaba sin calcular su cuerpo en cada menudencia de la vida ruin del lugar, y también él, por medio de cálidos chaparrones, había excavado antaño el barranco, pero todavía no habían instalado nada con utilidad proletaria. Para poner a prueba su mente, Chiklin se fue al barranco y lo midió con el paso habitual, respirando con regularidad para contar. El barranco era completamente adecuado para una zanja de cimentación, solo había que planificar los taludes y horadar su profundidad en el acuícludo.

—Kozlov puede ponerse enfermo —dijo Chiklin, ya de regreso—. No vamos a seguir esforzándonos en cavar aquí, hundiremos la casa en el barranco y desde allí la ajustaremos para arriba. Kozlov llegará a verla.

En cuanto oyeron a Chiklin, muchos dejaron de sacar tierra y se sentaron a tomar aire. Pero Kozlov ya se había alejado de su cansancio y quería ir a ver a Prushevski, a decirle que ya no estaban cavandoy que había que reinstaurar la imprescindible disciplina. Sin embargo, Safrónov lo paró en cuanto echó a andar.

—¿Qué te pasa, Kozlov, has tomado el rumbo de la intelectualidad?[5] Mírala, ahí baja ella solita hasta nuestra masa.

Prushevski venía hacia la zanja de cimentación al frente de unos desconocidos. Había enviado la carta a su hermana y ahora lo que quería era actuar a porfía, preocuparse por los objetos del presente y construir cualquier edificio para provecho ajeno con tal de no alarmar a su conciencia, donde había instalado una indiferencia especial y delicada, acorde con la muerte y con el sentimiento de orfandad por la gente que se quedaba. Trataba con especial ternura a aquellas personas que antes no le habían gustado por la razón que fuera: ahora sentía que en ellos estaba el misterio casi principal de su vida y observaba fijamente los rostros bobos, ajenos y conocidos, emocionándose y sin comprender.

Los desconocidos resultaron ser los nuevos trabajadores que enviaba Pashkin para asegurar el ritmo estatal. Pero los recién llegados no eran obreros: Chiklin, sin fijarse mucho, enseguida descubrió en ellos a empleados urbanos reeducados, ermitaños varios de la estepa y gente acostumbrada a caminar a paso lento detrás del

caballo de labor; en sus cuerpos no se percibía ningún talento proletario para el trabajo, estaban más dotados para tumbarse boca arriba o para descansar de alguna otra manera.

Prushevski explicó a Chiklin que debía distribuir a los trabajadores frescos por la zanja de cimentación y ofrecerles aprendizaje, porque había que saber vivir y trabajar con la gente que había en el mundo.

—No pasa nada —opinó Safrónov—. Arrancaremos ese atraso y los rellenaremos de actividad.

—Eso es —dijo Prushevski, dejándole encargado, y se fue en pos de Chiklin hasta el barranco.

Chiklin dijo que el barranco era la mitad de una zanja de cimentación y que con ayuda del barranco se podía conservar a los débiles para el futuro. Prushevski estuvo de acuerdo porque, de todas formas, él moriría antes de que el edificio estuviera acabado.

—Pues a mí me agita una duda científica —dijo Safrónov frunciendo el rostro entre cortés y racional. Y todos prestaron oídos a su opinión. Safrónov miró a quienes lo rodeaban con una sonrisa de raciocinio enigmático.

—¿De dónde ha sacado el camarada Chiklin esa representación del mundo? —pronunció Safrónov poco a poco—. ¿Es que con pocos años recibió un beso especial y por eso antepone el barranco mejor que un científico? ¿Cómo es que puedes pensar, camarada Chiklin? Porque yo voy con el camarada Prushevski, como menudencia que soy, y no veo en mí ninguna mejora.

Chiklin estaba demasiado sombrío para astucias y no respondió con exactitud:

—Cuando la vida no tiene a donde ir, entonces es cuando te vienen pensamientos en la cabeza.

Prushevski miró a Chiklin como miraría a un mártir sin sentido, después pidió que se hiciera una horadación de exploración en el barranco y se marchó a su oficina. Aquí empezó un trabajo minucioso con las partes ya ideadas de la casa proletaria común para así sentir los objetos y olvidarse de la gente en sus recuerdos. Al cabo de unas dos horas, Vóschev le trajo muestras del agujero explorado.

Prushevski tomó en las manos una muestra del terreno del barranco y se quedó abstraído mirándola. Quería quedarse a solas con esa bola oscura de tierra. Vóschev retrocedió hasta la puerta y se ocultó detrás, cuchicheando para sí su tristeza.

El ingeniero examinó el terreno y, durante un buen rato, por la inercia de su razón que actuaba por sí sola, liberada de esperanzas y deseo por satisfacerse, contó con ese suelo para comprimirlo y deformarlo. Antes, durante su vida sensitiva y de apariencia de felicidad, Prushevski habría calculado la solidez del terreno con menor

exactitud, pero ahora le apetecía preocuparse sin cesar de los objetos y de las estructuras para tenerlos en su mente y en su vacío corazón en lugar de la amistad y el cariño por las personas. El dedicarse a la tecnología de inmovilidad del futuro edificio suministraba a Prushevski la indiferencia de una idea clara y cercana al placer, y los detalles de la edificación despertaban en él un interés mejor y más resistente que la emoción camaraderil con los correligionarios. Para Prushevski, esta materia eterna que no tenía necesidad de movimiento ni de vida, y que tampoco necesitaba desaparecer, había sustituido a algo olvidado e imprescindible, como la esencia de una amiga perdida.

Cuando hubo terminado la enumeración de sus magnitudes, Prushevski aseguró la inquebrantabilidad de la vivienda proletaria común y sintió consuelo en la solidez del material destinado a proteger a una gente que hasta ahora vivía en el exterior. Y entonces se sintió ligero y se hizo el silencio en su interior, como si estuviera viviendo no una vida indiferente y previa a la muerte, sino aquella que otrora los labios de su madre habían susurrado y que él ya había perdido incluso en los recuerdos.

Sin perturbar su paz y su asombro, Prushevski abandonó la oficina de los trabajos de terrapleno. En la naturaleza, el desolado día de verano se marchaba hacia la tarde; poco a poco, todo se iba acabando aquí cerca y allá lejos: los pájaros se ocultaban, la gente se echaba a dormir, humeaban pacíficas las viviendas campestres apartadas, donde un hombre ignoto y cansado estaba sentado junto al puchero esperando la cena, una vez que había tomado la decisión de soportar su vida hasta el final. La zanja de cimentación estaba vacía, los cavadores se habían trasladado a trabajar al barranco y era aquí donde tenían lugar sus movimientos. De pronto, Prushevski quiso estar en una lejana ciudad central, donde la gente pasa mucho tiempo sin dormir, se piensa y se debate, donde las tiendas de comestibles están abiertas por las tardes y huelen a vino y a pastelería, donde puedes encontrarte con una mujer desconocida y charlar con ella toda la noche, experimentando esa misteriosa felicidad de la amistad que te lleva a querer vivir eternamente en esa inquietud; y luego, a la mañana siguiente, tras despedirse bajo un farol de gas extinguido, separarse en el vacío del amanecer sin la promesa de un nuevo encuentro.

Prushevski se sentó en un banco junto a la oficina. Tiempo atrás, solía sentarse de la misma forma junto a la casa de su padre —las tardes de verano no habían cambiado desde esa época— y entonces le gustaba observar a los que pasaban por allí, le gustaban los otros, y se lamentaba de que todas las personas no se conocieran. Hasta el día de hoy, un único pensamiento seguía vivo y tristón en su interior: una vez, en una tarde parecida, junto a la casa de su infancia pasó una

muchacha, y él no era capaz de recordar ni su cara ni el año de ese hecho, pero desde entonces observaba con atención todas las caras femeninas y en ninguna de ellas reconocía aquella que, aun habiendo desaparecido, seguía siendo su única amiga, la que había pasado tan cerca sin detenerse.

Durante la revolución, por toda Rusia los perros ladraban día y noche, pero ya habían parado: había llegado el trabajo y los trabajadores dormían en calma. La milicia guardaba por fuera el silencio de las viviendas obreras para que el sueño fuera profundo y alimentador de cara al trabajo matinal. Los únicos que no dormían eran los turnos de noche de los constructores y el inválido sin piernas que se había encontrado Vóschev al llegar a la ciudad. Ahora iba en una telega pequeña y mala a ver al camarada Pashkin para recibir de este la porción de vida que iba a buscar una vez por semana.

Pashkin vivía en una casa maciza, hecha de ladrillo para que no pudiera arder, y las ventanas abiertas de su vivienda daban a un jardín cultivado, donde las flores resplandecían incluso por la noche. El deforme pasó junto a las ventanas de la cocina donde se producía la cena y que bullía cual sala de calderas, y se detuvo enfrente del despacho de Pashkin. El dueño estaba sentado a la mesa sin moverse, profundamente enfrascado en algo invisible para el inválido. Encima de la mesa había diversos líquidos y tarros para fortalecer la salud y desarrollar la actividad; Pashkin había adquirido para sí mucha conciencia de clase, estaba en la vanguardia, había acumulado ya suficientes logros y por eso cuidaba su cuerpo científicamente, no solo por la alegría personal de su existencia, también para las masas obreras cercanas. El inválido aguardó mientras Pashkin, ya levantado del ejercicio de pensar, hacía una gimnasia rápida con todos sus miembros y, habiendo alcanzado la frescura, se volvía a sentar. El monstruo iba a decir sus palabras por la ventana, pero Pashkin tomó un frasquito y, después de tres lentos suspiros, se bebió una gota.

—¿Voy a tener que esperarte mucho tiempo? —preguntó el inválido, que no tenía conciencia ni de la salud ni del valor de la vida —. ¿O es que quieres ganarte algo otra vez?

Pashkin se descuidó y empezó a inquietarse, pero se tranquilizó con el esfuerzo de su mente —nunca quería perder la nervosidad de su cuerpo.

—¿Qué te pasa, camarada Zháchev?, ¿qué no te han suministrado?, ¿a qué tanta excitación?

La respuesta de Zháchev fue directa:

—¿Qué dices, burgués, ya te has olvidado de por qué te soporto? ¿Quieres tener un peso en el ciego intestinal? Ya sabes que cualquier código será blando conmigo.

Y el inválido arrancó una fila de rosas que le caían a mano y, sin disfrutarlas, las tiró.

—Camarada Zháchev —respondió Pashkin—, no soy capaz de comprenderte, si tienes una pensión de primera categoría y ¿por qué? Pues porque yo siempre he salido a buscarte con lo que he podido.

—Mientes, sobrante de clase, era yo quien salía a pillarte, ¡no tú!

En el despacho de Pashkin entró su esposa,. Sus labios rojos devoraban carne.

—Lévochka, ¿ya estás otra vez con preocupaciones? —dijo—. Ahora le saco un paquetito, esto ya es insoportable, ¡esta gente echa a perder los nervios de cualquiera!

Se marchó con todo el cuerpo inquieto.

—¡Vaya, pues sí que has cebado bien a tu mujercita, gusano! —dijo Zháchev desde el jardín—. Incluso cuando marcha en vacío trabajan todas las válvulas, así que ¡sabes manejar a la perra!

Pashkin tenía demasiada experiencia en la dirección de atrasados como para enfadarse.

—Tú también, camarada Zháchev, podrías mantener sin problema a una amiga, en la pensión se tienen en cuenta todas las necesidades mínimas.

—Vaya, un gusano con tacto —determinó Zháchev desde la oscuridad—. Mi pensión no llega ni para mijo, solo para panizo. Quiero manteca y algo que lleve leche. Dile a esa miserable tuya que me llene la botella con nata más espesa.

La mujer de Pashkin entró en el cuarto del marido con un paquetito.

—Olia, también pide nata —le dijo Pashkin.

—¡Y qué más! Quizá también quieras comprarle crespón de la China para unos pantalones. ¡Qué no se le ocurrirá!

—Quiere que le rasgue la falda en la calle —dijo Zháchev desde el parterre—. O que me cuele por la ventana del dormitorio y que llegue bien dentro, hasta la mesita empolvada donde se sazona el hocico, ¡esta quiere ganarse algo!

La mujer de Pashkin recordaba que Zháchev había enviado a la Comisión regional de Control una denuncia sobre su marido y la investigación duró todo un mes, les pusieron peros hasta a los nombres: ¿por qué Lev y por qué Ilich[6]?, se trataba de encontrar algo. Por eso no perdió el tiempo y le sacó al inválido una botella de nata de la cooperativa; Zháchev recibió por la ventana el paquetito y la botella y se marchó del jardín de la hacienda.

—Ya comprobaré en casa la calidad de los víveres —informó parando su carro junto a la cancela—. Si ha caído otro trozo estropeado de vaca o hay solo restos, ya podéis contar con un ladrillo

en la tripa: soy mejor ser humano que vosotros, ¡necesito comida digna!

Ya a solas con su esposa, Pashkin no logró superar la inquietud causada por el monstruo hasta la medianoche. La mujer de Pashkin sabía pensar si se aburría y compuso una idea durante el silencio familiar.

—¿Sabes qué, Lévochka? Tendrías que organizar de alguna manera a ese Zháchev y después coger y promoverlo a algún empleo, ¡y que se vaya a dirigir lisiados! Porque todo hombre debe tener un mínimo de significado dominante, y así estará tranquilo, será decente… Si es que eres muy confiado y bobo, Lévochka.

Con las palabras de su mujer, Pashkin sintió amor y serenidad, la vida básica había regresado.

—Ólgusha, ranita mía, ¡tu forma de sentir a las masas es gigantesca! Deja que me organice cerquita de ti.

Pegó la cabeza al cuerpo de su mujer y se calmó disfrutando de la felicidad y de la calidez. La noche continuaba en el jardín, a lo lejos chirriaba la telega de Zháchev; por esa señal chirriante todos los habitantes menores de la ciudad se enteraban de que no había mantequilla, pues Zháchev siempre engrasaba la carreta con la mantequilla que recibía en los paquetitos de las personas adecuadas; gastaba a propósito el alimento para no añadir fuerza de más al cuerpo burgués, mientras que él no quería alimentarse de esa sustancia de acomodados. Por alguna razón, los últimos dos días Zháchev sentía apetito de ver a Nikita Chiklin y dirigió el movimiento de su telega a la zanja de tierra.

—¡Nikit! —llamó junto al barracón de pernoctación.

Después de este sonido se hicieron más manifiestos la noche, el silencio y la pena común de la débil vida en medio de la oscuridad. No llegó del barracón ninguna respuesta para Zháchev, solo se oía la respiración lastimera. «De no ser por el sueño, hace mucho que el hombre obrero habría desaparecido», pensó Zháchev y, sin hacer ruido, siguió su camino. Pero del barranco salieron dos personas con una linterna, así que podían ver a Zháchev.

—¿Quién eres? Ese tan bajo —preguntó la voz de Safrónov.

—Soy así porque el capital me redujo a la mitad —dijo Zháchev—. ¿No estará entre vosotros dos un Nikita?

—No es un animal, ¡sino todo un hombre! —fue la respuesta del mismo Safrónov—. Dile qué opinas, Chiklin.

Este iluminó con la linterna la cara y el breve cuerpo de Zháchev y después, confuso, apartó la linterna hasta el lado en tinieblas.

—¿Qué quieres, Zháchev? —preguntó en voz baja—. ¿Has venido a comer kasha? Vamos, nos ha quedado una ración, de todas formas,

mañana estará agria, tendríamos que tirarla.

Chiklin tenía miedo de que Zháchev se tomara a mal la ayuda, quería que se comiera la kasha con la conciencia de que no era de nadie y que, de todas formas, iban a tirarla. Ya antes, cuando Chiklin trabajaba limpiando el río de troncos y tocones, Zháchev solía pasar a verlo para alimentarse de la clase obrera; pero en medio del verano cambió su rumbo y empezó a hacerlo de la clase máxima, contando así con ser útil a todo el movimiento de desheredados en la subsiguiente felicidad.

—Te he echado de menos —le informó Zháchev—. Me atormenta la posición de los canallas y quería preguntarte cuándo vais a terminar de construir esa cosa absurda vuestra, ¡para quemar la ciudad de una vez!

—¡Intenta hacer grano de una hierba así! —dijo Safrónov sobre el monstruo—. Nos estamos estrujando el cuerpo para el edificio común y él nos viene con la consigna de que nuestra condición es absurda y que no hay ningún lugar donde sentir la mente.

Safrónov sabía que el socialismo era un asunto científico y pronunciaba palabras científica y lógicamente, dándoles dos sentidos para hacerlas resistentes: uno principal y otro de reserva, como a cualquier otro material. Los tres juntos habían llegado al barracón y pasaron dentro. Vóschev sacó de un rincón el puchero de hierro fundido con la kasha, envuelto en una chaqueta de guata para que conservara el calor, y se lo dio a comer al recién llegado. Chiklin y Safrónov se habían quedado realmente fríos y estaban empapados y cubiertos de arcilla; habían ido a la zanja de cimentación para horadar hasta la fuente subterránea de agua y cortarla a hito con un cerrojo de arcilla.

Zháchev no deshizo su paquetito, sino que se comió entera la kasha común, utilizándola para saciarse y para confirmar su igualdad con los dos que ya habían comido. Después de alimentarse, Chiklin y Safrónov salieron fuera a respirar un poco antes de dormir y a echar un vistazo en derredor. Y así se quedaron un tiempo. La noche estrellada y exacta no se correspondía con la tierra afanosa, la del barranco, y con la respiración desacompasada de los cavadores durmientes. Si se miraba solo abajo, a la menudencia seca del terreno y a la hierba que vivía en la espesura y en la pobreza, la vida no tenía esperanza alguna; la desagradable apariencia universal y general, así como el abatimiento inculto de la gente desconcertaba a Safrónov y quebrantaba su orientación ideológica. Incluso había empezado a dudar de la felicidad del futuro, que se imaginaba en forma de un verano azul alumbrado por un sol inmóvil: la noche y el día que había alrededor eran demasiado confusos y vanos.

—Chiklin, ¿cómo es que vives tan callado? Ya podías decir o hacer

algo para alegrarme.

—¿Y qué quieres que haga, que te dé un abrazo? —respondió Chiklin—. Terminaremos de cavar la zanja y ya está… Y tú habla con esos que nos ha enviado la bolsa o se compadecerán de su cuerpo a la hora de trabajar, ¡ni que tuvieran dentro algo!

—Puedo hacerlo —respondió Safrónov—, ¡puedo hacerlo sin vacilar! Convertiré a esos pastores y escribas en clase obrera en un visto y no visto, conmigo van a empezar a cavar de tal forma que todo el elemento mortal les saldrá a la cara… Pero, Nikit, ¿cómo es que el campo yace aburrido? ¿Será posible que dentro de todo el mundo haya melancolía y que nosotros seamos los únicos con un plan quinquenal?

Chiklin era de cabeza pequeña, pétrea, cubierta de pelo espeso, porque toda su vida había estado bien dando golpes con la almádena, bien cavando con la pala, y no había tenido tiempo de pensar, así que no le aclaró a Safrónov sus dudas.

Suspiraron en medio de la calma instaurada y se fueron a dormir. Zháchev ya estaba hecho un ovillo en la telega, dormido como podía, y Vóschev estaba tumbado boca arriba y sus ojos observaban con la impaciencia de la curiosidad.

—Que conocéis todo en el mundo decís —dijo Vóschev—, pero no hacéis sino excavar la tierra y dormir. Será mejor que os deje, iré a mendigar por los koljoses, de todas formas me da vergüenza vivir sin la verdad.

Safrónov puso en su rostro una expresión definida de superioridad y pasó junto a los pies de los durmientes con paso ligero de autoridad.

—Y a ver, dígame, camarada, ¿en qué estado desearía usted recibir ese producto, entero o líquido?

—Déjalo —indicó Chiklin—, todos vivimos en este mundo vacío, ¿o es que en tu alma hay paz?

Safrónov, al que le gustaba la belleza de la vida y la cortesía de la mente, sentía respeto por el destino de Vóschev, aunque también profunda inquietud: ¿la verdad no era un enemigo de clase?, después de todo, este bien podía presentarse incluso en forma de sueño o de imaginación.

—Camarada Chiklin, de momento abstente de hacer declaraciones —se dirigió a él Safrónov con gran trascendencia—. Se ha planteado una pregunta principal y hay que devolverla según toda la teoría de los sentimientos y de la psicosis de clase…

—Ya está bien, Safrónov, de recortarme el sueldo, como dicen por ahí —dijo Kozlov, despierto—. Deja de tomar la palabra cuando tengo ganas de dormir, ¡o presentaré una declaración contra ti! No te preocupes, resulta que el sueño también se considera salario, ya lo

aprenderás allí…

Safrónov pronunció con la boca un sonido moralizador y dijo con esa voz suya tan fuerte:

—Sírvase dormir con normalidad, ciudadano Kozlov, ¿qué clase de intelectualidad nerviosa es la que está aquí presente para que un sonido se convierta en burocratismo…? Y tú, Kozlov, ya que tienes un relleno mental y estás acostado en la vanguardia, incorpórate sobre el codo y dinos: ¿por qué la burguesía no le ha dejado al camarada Vóschev la relación del material inerte universal y vive con escasez y de forma tan ridícula…?

Pero Kozlov ya dormía y solo sentía la profundidad de su propio cuerpo. Vóschev se tendió boca abajo y empezó a lamentarse en susurros de la enigmática vida en la que cruelmente había nacido.

Los últimos que seguían en vela se acostaron y se calmaron; la noche quedó inmóvil justo antes del amanecer, y solo un pequeño animalillo, por angustia o por alegría, gritaba en algún lugar del horizonte estepario que se aclaraba. Chiklin estaba sentado entre los durmientes y en silencio sentía su vida; a veces le gustaba quedarse así, sentado en el silencio, y observar todo lo que era visible. Podía pensar, pero le costaba, y se afligía mucho por ello: muy a su pesar, se veía obligado únicamente a sentir y a inquietarse en silencio. Y cuanto más tiempo pasaba sentado, más densa era la tristeza agolpada en su interior debido a la inmovilidad, así que Chiklin se levantó y apoyó las manos en la pared del barracón, al menos así presionaba y se movía un poco. No tenía ganas de dormir, todo lo contrario, le encantaría poder ir al campo y danzar con varias muchachas y otra gente bajo las ramas, como hacía en los tiempos antiguos, cuando trabajaba en la fábrica de baldosas y azulejos. Una vez, la hija del dueño le dio un beso momentáneo: iba él por la escalera camino de la mezcladora de arcilla, era el mes de junio, y ella le salió al encuentro y, poniendo de puntillas los pies ocultos bajo el vestido, lo sujetó por los hombros y lo besó con sus labios hinchados y silenciosos en la pelusilla de la mejilla. Chiklin ya no recordaba ni su cara ni su carácter, pero entonces ella no le gustó, le pareció un animal descarado, así que pasó junto a ella sin pararse y puede que después ella llorara, la noble criatura.

Tras ponerse la chaqueta de guata color amarillo tifus, la única que Chiklin tenía desde los tiempos de sometimiento a la burguesía, equipado para la noche como si fuera invierno, se preparó para ir a andar un rato por el camino y, cuando hubiera acabado alguna tarea, dormir después en el rocío de la mañana.

Un hombre al principio desconocido entró en el recinto para dormir y se quedó parado en la oscuridad de la entrada.

—¡Todavía no duerme, camarada Chiklin! —dijo Prushevski—. Yo

también sigo en pie y no logro quedarme dormido, no hago sino tener la sensación de que he perdido a alguien y que no logro encontrarlo de ninguna manera…

Chiklin, que estimaba la mente del ingeniero, no se veía capaz de responder con compasión y guardó un silencio cohibido.

Prushevski se sentó en el banco e inclinó la cabeza; toda vez que había decidido desaparecer del mundo, ya no sentía vergüenza ante la gente y ahora buscaba su compañía.

—Ya me perdonará, camarada Chiklin, pero solo en el piso ando todo el tiempo intranquilo. ¿Puedo quedarme aquí hasta que llegue la mañana?

—Y ¿por qué no vas a poder? —dijo Chiklin—. Entre nosotros descansarás tranquilo, échate en mi sitio, yo me apañaré en cualquier lado.

—No, mejor me quedo aquí sentado. En casa de pronto me he sentido triste, con miedo, y no sé qué puedo hacer. Pero no vaya usted a pensar nada malo de mí, por favor.

Chiklin no había pensado nada.

—No te vayas de aquí —dijo—. No dejaremos que nadie te toque, ya no tienes que tener miedo.

Prushevski continuó sentado y con el mismo estado de ánimo; la lámpara iluminaba su rostro serio, ajeno a la disposición feliz, pero ya lamentaba haber actuado inconscientemente, haberse venido hasta aquí: al fin y al cabo ya no le quedaba mucho que soportar hasta que le llegara la muerte y la liquidación de todo.

Ante el ruido de la conversación, Safrónov entreabrió un ojo y pensó cuál sería la línea más adecuada que debería tomar en relación con el representante sedente de la intelectualidad. Cuando lo tuvo claro, dijo:

—Por los datos que tengo, camarada Prushevski, usted ha arruinado su sangre para idear la vivienda proletaria común en todas las condiciones. Y ahora, según observo, ha aparecido de noche entre la masa proletaria como si hubiera alguna furia en pos de usted. Pero puesto que también existe un rumbo para los especialistas, échese enfrente de mí para que así pueda ver mi cara en todo momento y duerma con decisión…

En la telega, Zháchev también se había despertado.

—¿Puede que lo que quiera sea comer? —preguntó por Prushevski —. Porque tengo comida burguesa.

—¿Cómo es esa comida burguesa y cuánto nutrimento tiene? —dijo Safrónov pasmado—. ¿Dónde se le ha presentado personal burgués?

—¡Tú calla, menudencia oscura! —respondió Zháchev—. Tu

trabajo es mantenerte entero en esta vida, y el mío, ¡desaparecer para dejar sitio libre!

—No tengas miedo —dijo Chiklin a Prushevski—, échate y cierra los ojos. Yo no estaré lejos, si te asustas, llámame.

Agachado para no hacer ruido, Prushevski se fue al sitio de Chiklin y se acostó vestido. Chiklin se quitó la chaqueta de guata y se la echó en las piernas para arroparlo.

—Llevo cuatro meses sin pagar la contribución al sindicato —dijo en voz baja Prushevski, que se quedó helado enseguida, mientras se tapaba—. Seguía pensando que me daría tiempo.

—Pues ahora eres un hombre al que han borrado mecánicamente: ¡es un hecho! —informó Safrónov desde su sitio.

—¡Dormid en silencio! —les dijo a todos Chiklin, y se salió fuera para estar un rato a solas en medio de la aburrida noche.

Por la mañana, Kozlov se quedó un buen rato contemplando el cuerpo durmiente de Prushevski; lo atormentaba que ese rostro inteligente y dirigente durmiera como un ciudadano insignificante en medio de esos bultos yacientes y que perdiera su autoridad. Kozlov se vio obligado a tener profundas consideraciones sobre una circunstancia que le causaba tanta perplejidad: no quería y no tenía fuerzas para permitir el daño a todo el Estado debido a una línea disonante del jefe de obras, hasta empezó a inquietarse y se lavó a toda prisa para estar listo. En esos minutos de la vida, en los minutos en que se cernía el peligro, Kozlov sentía dentro de sí cierta alegría social ferviente y deseaba emplear esa alegría en una hazaña y morir con entusiasmo para que toda su clase lo conociera y llorara por él. En ese momento Kozlov hasta tiritaba extasiado, olvidando por completo el tiempo veraniego. Con conciencia, se acercó a Prushevski y lo sacó del sueño.

—Váyase a su piso, camarada jefe de obras —dijo conservando la sangre fría—. Nuestros obreros todavía no han alcanzado la comprensión total y usted ejercerá su cargo de mala manera.

—No es asunto suyo —respondió Prushevski.

—Va a disculparme —objetó Kozlov—, pero, como suele decirse, todo ciudadano está obligado a cumplir la instrucción que le ha sido dada y, si usted se deshace de la suya, se iguala en el atraso. Esto no sirve de nada, iré a hablar con las instancias, está estropeando nuestra línea, se opone usted al ritmo y a la dirección, ¡ya lo ve!

Zháchev comía con las encías y callaba, prefería golpear ese mismo día pero más tarde a Kozlov en la tripa, por ser un gusano que se quejaba por adelantado. Y Vóschev, que oía esas palabras y exclamaciones, seguía echado sin hacer ruido, seguía sin aprehender

la vida, como antes. «Habría sido mejor nacer siendo un mosquito, raudo es su destino», pensaba.

Prushevski, sin decir nada a Kozlov, se levantó de la yacija, miró a Vóschev, al que conocía de antes, y después concentró la mirada en los que todavía dormían; quería pronunciar una palabra que lo consumía o un ruego, pero un sentimiento de tristeza similar al cansancio cruzó el rostro de Prushevski y se dispuso a marcharse. Llegando por el lado del amanecer, Chiklin le dijo a Prushevski que si por la tarde volvía a sentir miedo, que viniera de nuevo a pasar la noche, pero si quería alguna otra cosa, que era mejor que hablara.

Pero Prushevski no respondió y, en silencio, los dos continuaron a solas su camino. Con melancolía y calor empezaba el largo día; el sol, cual ceguera, se encontraba indiferente sobre la pobreza baja de la tierra; pero no había otro lugar para vivir.

—Una vez, hace mucho tiempo, casi era todavía un niño —dijo Prushevski—, reparé en una mujer que pasaba por mi lado, camarada Chiklin, era tan joven como yo lo era entonces. Debió de ocurrir en junio o en julio, y desde entonces he sentido melancolía y he empezado a recordar cada vez más y a comprender, no la vi pero quiero volver a mirarla. No quiero nada más.

—¿En qué localidad reparaste en ella? —preguntó Chiklin.

—Fue en esta misma ciudad.

—¡Pues seguro que era la hija del baldosador! —intuyó Chiklin.

—¿Por qué? —dijo Prushevski—. No entiendo nada.

—Yo también me la encontré en el mes de junio, y también me negué a mirarla. Y después, pasado un tiempo, cierta calidez por ella me creció en el pecho, una idéntica a la tuya. Tú y yo hemos tenido a la misma persona femenina.

Prushevski esbozó una sonrisa modesta:

—Pero ¿por qué?

—Porque yo te la traeré, podrás verla, ¡ojalá que siga en este mundo!

Chiklin podía imaginarse con exactitud la pena de Prushevski, porqué él mismo, aunque de una forma más distraída, penó también de esa misma pena… por la persona flaca, ajena y ligera que lo había besado en el lado izquierdo de la cara. Es decir, el mismo objeto encantador había actuado de cerca y de lejos sobre los dos.

—Lo más seguro es que ya sea mayor —dijo enseguida Chiklin—. Imagino que estará ya agotada y su piel se habrá vuelto parda o tendrá el tono de las cocineras.

—Es posible, sí —afirmó Prushevski—, ha pasado mucho tiempo y, si aún sigue viva, estará como el carbón.

Se habían parado en el borde de la zanja de cimentación en el

barranco; tenían que haber empezado bastante antes a cavar este precipicio debajo de la casa común, y así la criatura que necesitaba Prushevski se encontraría aquí íntegra.

—Pero lo más probable es que ahora tenga conciencia —dijo Chiklin—, y que actúe para nuestro bien: aquel que en los años jóvenes tuvo un sentimiento de infelicidad, después tiene cabeza.

Prushevski contemplaba la zona desierta de la naturaleza más próxima, y sintió pena de que su amiga perdida y mucha otra gente necesaria se viera obligada a vivir y a perderse en esta tierra muerta sobre la que aún no se había construido ninguna comodidad, y transmitió a Chiklin una opinión de las que afligen:

—Pero ¡si no conozco su cara! ¿Qué será de nosotros si viene, camarada Chiklin?

Este le respondió:

—La sentirás… y la reconocerás, ¡a pocos se olvida en este mundo! ¡Podrás recordarla solo gracias a tu tristeza!

Prushevski comprendió que decía la verdad y, con miedo a no complacer de alguna manera a Chiklin, sacó su reloj para mostrar preocupación por el inminente trabajo diario.

Safrónov, poniendo andares de intelectual y expresión pensativa en la cara, se acercó a Chiklin.

—He oído, camaradas, que habéis abandonado vuestra tendencia, así que os pido que seais más pasivos, ¡ha llegado el momento de la producción! Y tú, camarada Chiklin, tendrías que dirigir la orientación de Kozlov, está tomando la línea del sabotaje.

En ese momento, Kozlov se estaba tomando el desayuno con disposición melancólica: consideraba que sus méritos revolucionarios eran deficientes y que la utilidad social que aportaba diariamente era pequeña. Hoy se había despertado después de la medianoche y hasta la mañana se había consumido cuidadosamente con la idea de que la construcción organizativa principal avanzaba sin que él participara, que solo actuaba en el barranco, pero no en la gigantesca escala directora. Al llegar la mañana, Kozlov había dispuesto que pediría la pensión por invalidez, para entregarse por entero a una mayor utilidad social, con tal suplicio se pronunciaba en su interior la conciencia proletaria.

Safrónov, nada más oír esta idea de Kozlov, lo consideró un parásito y dijo:

—Kozlov, te has procurado tus propios principios y abandonas a la masa obrera, vas arrastrándote hasta la lejanía, eres un piojo ajeno que mantiene su línea apartada.

—Como suele decirse, ¡es mejor que te calles! —dijo Kozlov—. ¡O acabarás bien pronto con una notita! ¿Recuerdas que, durante el

mismísimo cambio hacia la colectivización, instigaste a un pobre a que degollara a un gallo y se lo comiera? ¿Lo recuerdas? ¡Sabemos quién quería debilitar la colectivización! ¡Sabemos lo preciso que eres!

Safrónov, en quien la idea se encontraba cercada por las pasiones cotidianas, dejó todos los argumentos de Kozlov sin respuesta y se alejó de él con sus andares de librepensador. No apreciaba que se quisiera presentar una declaración contra él.

Chiklin se acercó a Kozlov y le preguntó por todo aquello.

—Hoy iré al seguro social para convertirme en pensionista —le informó Kozlov—. Quiero estar pendiente de todo, frente al daño social y la rebelión pequeñoburguesa.

—La clase obrera no es el zar —dijo Chiklin—, no tiene miedo de las rebeliones.

—Que no lo tenga, vale —estuvo de acuerdo Kozlov—. Aun así, será mejor que estemos al acecho, como suele decirse.

Zháchev, subido en su pequeña telega, ya estaba cerca y, tras recular un poco, tomó carrerilla y, a toda velocidad, golpeó a Kozlov en el estómago con su taciturna cabeza. Del susto, Kozlov se cayó de espaldas y perdió por un minuto las ganas de una mayor utilidad social. Inclinándose, Chiklin levantó en el aire a Zháchev y a su carro y los arrojó lejos en medio de la inmensidad. Zháchev, que había conseguido mantener el equilibrio en medio del movimiento, pudo anunciar sus palabras desde la línea de vuelo: «¿A qué viene esto, Nikit? ¡Si yo lo que quería era que le dieran la primera categoría en la pensión!», y rompió en varias piezas el carro entre el cuerpo y la tierra gracias a la caída.

—¡Largo, Kozlov! —dijo Chiklin al hombre que estaba en el suelo —. Seguro que todos acabaremos yendo allí por turnos. Es hora de que tomes aliento.

Al recobrarse, Kozlov anunció que en sus sueños nocturnos había visto al camarada Románov, el jefe de la Dirección Central de Seguros Sociales, y a una comunidad variada de gente limpiamente vestida, así que llevaba toda la semana inquieto.

Poco después, Kozlov se había puesto la chaqueta y Chiklin y los demás le sacudieron la tierra y la basura pegada a la ropa. Safrónov consiguió traer a Zháchev, arrojó el cuerpo desfallecido a un rincón del barracón y dijo:

—Que se quede aquí esta materia proletaria, a ver si le crece algún principio.

Kozlov les dio la mano a todos y se fue a que le dieran la pensión.

—Hasta siempre —le dijo Safrónov—, ahora eres como el ángel de vanguardia del cuerpo obrero, en vista de su ascensión a las instituciones oficiales…

Kozlov sabía pensar ideas, por eso se alejó en silencio a una vida superior, de utilidad común; llevaba en las manos un baúl pequeño con sus pertenencias.

En ese momento, al otro lado del barranco, corría por el campo un hombre al que todavía no se podía distinguir bien ni parar; su cuerpo había enflaquecido dentro de la ropa y los pantalones se bamboleaban, como si estuvieran vacíos. El hombre llegó corriendo hasta la gente y se sentó aparte en un montón de tierra, como ajeno a todo. Cerró un ojo, pero con el otro miraba a todos, esperando algo malo, pero sin intención de quejarse; su ojo era de color amarillo campesino y valoraba todo rango visual con el dolor de la economía.

Poco después, el hombre suspiró y se tumbó bocabajo para dormitar. Nadie puso objeciones a que estuviera allí, porque eran pocos los que vivían sin participar en la construcción, y ya había llegado el momento de trabajar en el barranco.

Los trabajadores tenían sueños diferentes por las noches: unos expresaban una esperanza cumplida, otros presentían su propio ataúd en una tumba arcillosa; pero el tiempo diario se vivía de un modo idéntico, encorvado, con la paciencia del cuerpo que excavaba la tierra para plantar en el precipicio fresco la raíz pétrea y eterna de una arquitectura indestructible.

Los nuevos cavadores se fueron adaptando poco a poco y se acostumbraron a trabajar. Cada uno de ellos tenía pensada una idea para su futura salvación: uno quería acumular antigüedad y marcharse a estudiar, otro aguardaba el momento de la recualificación, mientras que un tercero prefería pasar al partido y desaparecer entre el aparato dirigente; y todos cavaban la tierra con ahínco, mientras recordaban constantemente su idea para la salvación.

Pashkin visitaba la zanja en días alternos y, al igual que antes, encontraba suave el ritmo. Normalmente llegaba a caballo, puesto que había vendido el carro en la época del régimen de ahorro económico y ahora observaba desde el lomo del animal la gran excavación. Sin embargo, Zháchev estaba también presente allí y, cuando Pashkin se ausentaba a pie a las profundidades de la zanja, era capaz de emborrachar al caballo, así que Pashkin se cuidaba de cabalgarlo y acudía en automóvil.

Vóschev, igual que antes, no sentía la verdad de la vida, pero se había apaciguado debido al agotamiento con el difícil terreno, y solamente en los días libres recogía de la naturaleza toda clase de menudencias infelices como documentos de la creación no planeada del mundo, como hechos de la melancolía de cualquier respiración con vida.

Y por las tardes, que ahora eran más oscuras y más largas, la vida

en el barracón se volvió aburrida. El aldeano de ojos amarillos, el que había llegado corriendo desde algún lugar del país campesino, vivía también entre el colectivo; estaba allí sin decir palabra, pero redimía su existencia con el trabajo femenino de la economía doméstica, incluso del arreglo tenaz de la ropa gastada. Safrónov ya había razonado consigo mismo si no era el momento de acompañar al aldeano al sindicato como fuerza de servicio, pero no sabía cuánto ganado tenía este en su casa del pueblo o si tenía braceros, por eso retrasaba su propósito.

Por las tardes, Vóschev se quedaba tumbado con los ojos abiertos y añoraba el futuro en que todo sería de conocimiento general y estaría instalado en un parco sentimiento de felicidad. Zháchev persuadía a Vóschev de que ese deseo suyo era insensato, porque la fuerza enemiga de los acomodados volvería a emerger y a obstruir la luz de la vida: tan solo había que proteger a los niños, la ternura de la revolución, y dejarles los mandatos.

—Bueno, camaradas —dijo una vez Safrónov—, ¿no deberían ponernos una radio para que estemos al tanto de los logros y las instrucciones? Tenemos aquí masas atrasadas y la revolución cultural sería beneficiosa para ellas, y también todo tipo de sonido musical, para que no se acumule humor sombrío en su interior.

—Más valdría traer a una niña huérfana y no tu radio —replicó Zháchev.

—¿Y qué méritos o lecciones tiene tu niña, camarada Zháchev? ¿Cómo sufre ella para levantar la construcción?

—Ahora no toma azúcar, todo por tu construcción, ahí tienes cómo sirve, hale, ¡saca de aquí tu alma unánime! —respondió Zháchev.

—Ajá —Safrónov dio su opinión—. Entonces, camarada Zháchev, tráenos en tu carro a esa niña lastimera, ante su aspecto melodioso empezaremos a vivir con mayor acuerdo.

Y Safrónov se paró delante de todos en posición de adalid de la alfabetización y la instrucción y, después, se dio una vuelta con paso convencido, con cara de pensador activo.

—Camaradas, es imprescindible que tengan aquí, en forma de infancia, al líder del futuro mundo proletario. Con esta idea el camarada Zháchev ha compensado su situación: su cabeza está entera, aunque sus piernas no lo estén.

Zháchev iba a darle una respuesta a Safrónov, pero prefirió tirar de la pernera del aldeano de caserío, que estaba cerca, y darle con la mano desarrollada dos golpes en el costado, como burgués culpable y presente allí. Los ojos amarillos del aldeano apenas se entornaron por el sufrimiento, y no hizo ningún gesto de defensa: se quedó quieto y en silencio sobre la tierra.

—Vaya, si eres un apero de hierro, ahí quietecito y sin miedo —Zháchev se enfadó y, desde el tejadillo, volvió a golpear al hombre con el brazo alargado—. Así que este, el zaheridor, ha estado en algún lugar aún más doloroso, y con nosotros es todo encantador, ¡pues a ver si hueles quién tiene el poder, amador de vacas!

El aldeano se sentó para tomar aire. Estaba acostumbrado a que Zháchev le diera golpes por su propiedad en la aldea y aguantaba el dolor sin hacer ruido.

—Y también sería conveniente que el camarada Vóschev se ganara un golpe castigador de Zháchev —dijo Safrónov—, que del proletariado él es el único que no sabe para qué vivir.

—¿Para qué, camarada Safrónov? —llegó la opinión de Vóschev desde la lejanía del cobertizo—. Yo busco la verdad para la productividad del trabajo.

Safrónov representó con la mano un gesto moralista y a su rostro llegó una idea cubierta de arrugas que expresaba pena por el hombre atrasado.

—¡El proletariado vive para el entusiasmo, camarada Vóschev! Ya es hora de que aceptes esta tendencia. ¡A todos los miembros de la unión les debe arder el cuerpo ante esta consigna!

Chiklin no estaba, andaba por los terrenos que rodeaban la fábrica de baldosas. Todo mantenía su antiguo aspecto, aunque había adquirido la vetustez de un mundo que caducaba; los árboles de la calle se habían resquebrajado de viejos y hacía mucho que se alzaban sin hojas, pero todavía alguien existía agazapado tras los marcos dobles en el interior de las pequeñas casas, viviendo con más solidez que los árboles. En la juventud de Chiklin, aquí olía a panadería, pasaban los carboneros y desde las telegas de madera se anunciaba a voces la leche. El sol de la infancia calentaba entonces el polvo de los caminos y su vida era eterna entre la tierra azul, confusa, que los pies desnudos de Chiklin recién habían empezado a rozar. Ahora el aire de la vetustez y de la memoria despidiéndose se alzaba por encima de la panadería extinguida y de los jardines de manzanos envejecidos.

El sentimiento de vida continuamente activo en Chiklin lo condujo hasta la pena, tanto más cuando vio la valla junto a la que se sentaba y disfrutaba de pequeño, y ahora esa valla estaba cubierta de moho escarchado, se había ladeado y los clavos antiguos sobresalían liberados de la estrechura de los leños por la fuerza del tiempo; resultaba triste y misterioso que Chiklin hubiera madurado, que, distraído, hubiera gastado sentimientos, que hubiera andado por lugares lejanos y tenido trabajos varios, mientras la anciana valla se había alzado inmóvil y, recordándolo, siguiera esperando el momento en que Chiklin pasaría junto a ella y acariciaría con mano

desacostumbrada a la felicidad las chillas por todos olvidadas.

La fábrica de baldosas estaba en una travesía herbosa por la que nadie cruzaba, porque se topaba con la pared ciega del cementerio. El edificio de la fábrica era ahora más bajo, pues poco a poco se había enraizado en la tierra, y su patio estaba desierto. Pero un viejo desconocido todavía se encontraba aquí, estaba sentado debajo del tejadillo para la materia prima y remendaba unos chanclos, pretendiendo, por lo visto, partir con ellos de regreso a los tiempos antiguos.

—¿Qué pasa aquí? —le preguntó Chiklin.

—Aquí, querido hombre, hay conservilación: el poder soviético está fuerte, pero la máquina local es endeble y ya no complace. Aunque ahora a mí casi me da igual: me queda poquísimo para respirar.

Chiklin le dijo:

—¡Solo te han tocado unos chanclos con todo lo que hay en el mundo! Espérame aquí, en este lugar, te enviaré algo de ropa o de alimento.

—Y tú, ¿quién serás tú? —preguntó el anciano, plegando el venerable rostro para expresar atención—. ¿Un granuja quizá?, ¿o simplemente un propietario burgués?

—Soy del proletariado —dijo sin querer Chiklin.

—Ajá, por consiguiente, eres el zar actual. Te esperaré.

Con la fuerza que dan la vergüenza y la pena, Chiklin entró en el viejo edificio de la fábrica; enseguida encontró la escalerilla de madera en la que una vez lo besara la hija del dueño: la escalerilla había envejecido tanto que se hundió bajo el peso de Chiklin a algún lugar de la oscuridad inferior; como último adiós solo pudo palpar su polvo extenuado. Después de un rato quieto en medio de la oscuridad, Chiklin vio una luz inmóvil, apenas viva, y una puerta que conducía no sabía a dónde. Detrás de esta puerta se encontraba una habitación sin ventanas, olvidada o no incluida en el plano, y en el suelo ardía un quinqué. Chiklin desconocía qué criatura se ocultaba en este ignorado refugio para conservarse, y se plantó en el centro del lugar.

En la tierra cerca de la lámpara había una mujer, la paja de debajo de su cuerpo ya estaba raída y la propia mujer estaba apenas cubierta de ropa; tenía los ojos profundamente cerrados, como si estuviera sufriendo o durmiera, y la niña sentada a la altura de su cabeza también dormitaba, pero continuamente pasaba por los labios de su madre una corteza de limón, no se olvidaba de hacerlo en ningún momento. Habiéndose despabilado un poco, la niña advirtió que la madre se había tranquilizado: tenía la mandíbula caída por la debilidad y la boca oscura y desdentada muy abierta; la pequeña se

asustó al ver así a su madre y, para no tener miedo, le sujetó la boca pasándole un pequeño cordel por detrás de la coronilla, de manera que los labios de la mujer quedaron de nuevo cerrados. Entonces, la muchacha se recostó junto a la cara de su madre, deseando sentirla y dormir. Pero la madre se medio despertó y dijo:

—¿Qué haces dormida? Úntame la boca con limón, ¿o no ves lo mal que estoy?

Y de nuevo la niña empezó a pasar la corteza de limón por los labios de la madre. La mujer se quedó inmóvil un instante, para percibir el alimento de los restos del limón.

—¿Y no te quedarás dormida o te irás y me dejarás aquí? —le preguntó a su hija.

—No, ya se me han pasado las ganas de dormir. En cuanto cierro los ojos, no hago más que pensar en ti, ¿no ves que eres mi madre?

La madre entrecerró los ojos —estaban recelosos, listos para todo tipo de desgracia en la vida, ya blancos por la indiferencia— y dijo en su defensa:

—Ya no me das pena y no necesito a nadie, me he vuelto como de piedra; apaga la lámpara y ponme de costado, quiero morir.

La niña guardaba un silencio deliberado mientras, como antes, humedecía la boca de su madre con piel de limón.

—Apaga la lámpara —dijo la mujer mayor—, pues, si no, sigo viéndote y vivo. Pero no te vayas todavía; cuando me muera, entonces sí, vete.

La niña sopló la lámpara y la luz cesó. Chiklin se sentó en el suelo con miedo a hacer ruido.

—Mamá, ¿estás viva o ya no estás aquí? —preguntó la niña en la oscuridad.

—Un poco —respondió la madre—. Cuando vayas a marcharte y dejarme aquí, no cuentes que estoy muerta. No le digas a nadie que yo te parí o te matarán de hambre. Vete muy lejos de aquí y olvídate de ti misma, de quién eres. Así vivirás…

—Mamá, ¿por qué te mueres?, ¿por ser burguesa o por la muerte…?

—Empecé a aburrirme, me agoté —dijo la madre.

—Porque naciste hace mucho, muchísimo, y yo no —decía la niña —. En cuanto mueras, no se lo diré a nadie, nadie sabrá si has existido o no. Y yo voy a vivir sola y a recordarte en mi cabeza… ¿Sabes una cosa? —se quedó callada un momento—, me voy a dormir una pizquita, menos, solo media pizquita, tú quédate ahí y piensa algo para no morirte.

—Quítame el cordel —dijo la madre—, me asfixia.

Pero la niña ya dormía en silencio y había completa calma; a

Chiklin no le llegaba siquiera su respiración. Por lo visto en esa habitación no vivía ni un solo bicho —ni ratas, ni gusanos: nada—, no se oía ni un solo ruido. Una única vez hubo un ruido sordo inexplicable: podía haber sido un ladrillo viejo que se hubiera caído en un refugio vecino olvidado o el terreno, que había cesado de soportar la eternidad y se desmoronaba en la menudencia de la destrucción.

—¡Que alguien se acerque!

Chiklin escuchó atento el aire y se arrastró con cuidado en las tinieblas, intentando no aplastar a la niña al pasar. Tuvo que desplazarse un buen rato, porque lo molestaba algún tipo de material que se encontraba en el camino. Habiendo palpado la cabeza de la niña, Chiklin llevó después la mano hasta la cara de la madre y se inclinó hasta sus labios para saber si era la antigua muchacha que una vez lo besara en esta misma hacienda. Después de darle un beso, reconoció en el sabor seco de los labios y en los restos insignificantes de ternura que quedaban en las grietas coaguladas que era la misma.

—¿Para qué lo quiero? —dijo la mujer, buena entendedora—. Ahora estaré por siempre sola. —Y, girándose, murió bocabajo.

—Hay que prender la lámpara —dijo Chiklin en voz alta y, después de afanarse un rato en la oscuridad, iluminó la habitación.

La niña dormía con la cabeza apoyada en la tripa de su madre; estaba encogida debido al aire fresco subterráneo y entraba en calor encogiendo sus miembros. Chiklin, deseando que la niña descansara, decidió esperar a que despertara y, para que la niña no perdiera calor sobre la madre, que ya empezaba a estar fría, la tomó en brazos y se quedó así hasta la mañana, como un último resto lastimoso de la madre muerta.

A principios del otoño, Vóschev sintió la longitud del tiempo y se quedaba sentado en la casa, rodeado por la oscuridad de las tardes extenuadas.

Las otras personas también se quedaban bien echadas, bien sentadas; la lámpara común iluminaba sus caras y todas ellas callaban. El camarada Pashkin había pertrechado la vivienda de los cavadores con un radiomegáfono para que, durante el descanso, pudieran adquirir con ayuda de ese tubo el sentido de la vida de las masas.

—¡Camaradas, debemos movilizar la ortiga al frente de la construcción socialista! La ortiga no es otra cosa que un artículo de necesidad en el extranjero…

—¡Camaradas, —el tubo pronunciaba peticiones minuto tras minuto— debemos recortar la cola y las crines de los caballos! ¡Por cada ochenta mil caballos tendremos treinta tractores…!

Safrónov escuchaba y festejaba, lamentando únicamente no poder hablar con el tubo y que así se oyera allá su sentimiento de actividad, su disposición a pelar a los caballos y su felicidad. Zháchev, por su parte, al igual que Vóschev, empezó a sentir una vergüenza sin fundamento ante los largos discursos de la radio; no tenían nada en contra del que hablaba e instruía, pero cada vez sentían más la deshonra personal. A veces la radio hacía que Zháchev no pudiera contener la desesperación abatida de su alma y gritaba en medio del ruido de la conciencia que se propagaba desde el megáfono:

—¡Parad ese sonido! ¡Dejadme responder…!

Y en ese mismo instante Safrónov se adelantaba con sus delicados andares.

—Camarada Zháchev, considero que ya ha tenido tiempo suficiente para lanzar sus expresiones y que es el momento de someterse completamente a la producción de la dirección.

—Deja tranquilo al hombre, Safrónov —decía Vóschev—, nuestra vida ya es aburrida de todas formas.

Pero el socialista Safrónov tenía miedo de olvidarse de la obligación de la alegría y respondía para todos y siempre con voz superior de poder:

—Quien tenga en los pantalones el carnet del partido debe preocuparse continuamente por tener entusiasmo en el cuerpo. ¡Lo desafío, camarada Vóschev, a competir en la felicidad suprema del estado de ánimo!

El tubo de la radio trabajaba a todas horas, cual ventisca fortísima; volvió a proclamar que todo trabajador debía ayudar a acumular nieve en los campos colectivos y, en ese momento, la radio se calló; seguramente se había roto la fuerza de la ciencia que hasta entonces había trasladado indiferente por la naturaleza esas palabras para todos imprescindibles.

Al darse cuenta del silencio pasivo, Safrónov empezó a actuar a modo de radio:

—Planteemos esta pregunta: ¿de dónde ha salido el pueblo ruso? Y respondamos: ¡de la menudencia burguesa! Podía haber nacido de algún otro sitio, pero no había más lugares. Y es por eso que debemos lanzar a todos y a cada uno a la salmuera del socialismo para que se pele su corteza de capitalismo y el corazón preste atención al calor de la vida alrededor de la hoguera de la lucha de clases y… ¡así se producirá el entusiasmo!

Como no podía dar salida a la fuerza de su mente, Safrónov la soltaba en las palabras y estuvo hablando mucho tiempo. Con la cabeza apoyada en las manos, algunos lo escuchaban para llenar con esos sonidos la vacía melancolía y angustia de su cabeza, mientras que

otros sentían una pena monótona y no prestaban atención a las palabras, pues vivían en un silencio personal. Prushevski estaba sentado en el umbral del barracón y miraba a la avanzada tarde del mundo. Veía árboles oscuros y a veces oía una música lejana que conmovía el aire. Prushevski no ponía objeciones a sus sentimientos. La vida le parecía buena cuando la felicidad era inaccesible y sobre ella solo susurraban los árboles y la cantaba una música de viento en el jardín del sindicato.

Pronto todo el colectivo, amansado por el agotamiento general, se quedó dormido igual que vivía: en camisas de día y en pantalones de calle, para no tener que complicarse en soltar los botones y así guardar fuerzas para la producción.

Safrónov era el único que quedaba sin dormir. Miraba a la gente acostada y, con pena, opinaba:

—¡Ay de ti, masa! ¡Es difícil organizar contigo una sopa líquida de comunismo! ¿Qué es lo que necesitas, canalla? ¡Has torturado a toda la vanguardia, gusano!

Y con la clara conciencia del pobre atraso de las masas, Safrónov se pegó a uno de los agotados y se perdió en la espesura del sueño.

Por la mañana, sin levantarse del catre, dio la bienvenida a una niña que había llegado con Chiklin como elemento del futuro y, a continuación, volvió a dormitar.

La niña se sentó con cuidado en un banco, observó un mapa de la urss entre las consignas de las paredes y le preguntó a Chiklin por las líneas de los meridianos:

—¿Qué son estas cosas, tío, cercas contra los burgueses?

—Son cercas para que salten y vengan con nosotros, hijita —le explicó Chiklin, que deseaban darle una mente revolucionaria.

—Pues mi madre no saltó ninguna cerca y, de todas formas, se murió.

—Qué se le va a hacer —dijo Chiklin—. Ahora las burguesas se están muriendo todas.

—Bueno, que se mueran —dijo la niña—. Porque, de todas formas, yo me acuerdo de ella y voy a verla en sueños. Solo que ahora no está su tripa, no tengo donde apoyar la cabeza para dormir.

—No pasa nada, puedes dormir sobre mi tripa —le prometió Chiklin.

—¿Y qué es mejor, el rompehielos Krasin[7] o el Kremlin?

—Eso no lo sé, pequeña, ¡yo soy nada! —dijo Chiklin y empezó a pensar en su cabeza, la única parte de todo su cuerpo que era incapaz de sentir y que, de haber sido capaz, le habría explicado todo el mundo a la pequeña para que supiera vivir sin peligros.

La cría recorrió aquel nuevo lugar en su vida y contó todos los

objetos y a todas las personas, deseando clasificarlos enseguida entre aquellos que le gustaban y los que no, con quien tratar y con quien no; después de esta ocupación ya se había acostumbrado al cobertizo de madera y le entraron ganas de comer.

—¡Dadme de comer! ¡Vamos, Yulia, o te arreo!

Chiklin le acercó un poco de kasha y cubrió la tripa infantil con un paño limpio.

—¿Qué es eso de darme fría la kasha, Yulia, a ver?

—¿Qué dices de Yulia?

—Cuando mi madre se llamaba Yulia, cuando todavía miraba con los ojos y respiraba todo el rato, pues entonces se casó con Martínych, porque era proletario, y Martínych en cuanto llegaba, le decía a mi mamá: eh, Yulia, ¡que te arreo! Y mi madre no decía nada y seguía teniendo trato con él.

Prushevski escuchaba y observaba a la niña; hacía mucho que no dormía, inquieto ante la aparición infantil y, al mismo tiempo, afligido por el hecho de que a esta criatura, rellena como el hielo de vida fresca, le aguardaran unos tormentos más complejos y duraderos que los suyos.

—He encontrado a tu muchacha —le dijo Chiklin a Prushevski—. Vamos a verla, todavía está entera.

Prushevski se levantó y fue, le daba todo igual: seguir tumbado o moverse hacia delante.

En el patio de la fábrica de baldosas el viejo había terminado de rematar los chanclos, pero tenía miedo de andar por el mundo con tal calzado.

—Camaradas, ¿no sabrán ustedes si me arrestarán por ir con chanclos o si no me tocarán? —preguntó el viejo—. Es que ahora hasta el último hombre lleva cañas de cuero; las mujeres desde la cuna iban en faldas y sin nada más, pero ahora también todas visten calzones de flores debajo de las faldas. Ya ven, ¡qué curioso se ha vuelto todo!

—¡Cómo si le hicieras falta a alguien! —dijo Chiklin—. Andando y calladito.

—¡No diré ni una palabra! Pero esto es lo que me da miedo: dirán, ajá, vas con chanclos, así que… ¡eres un pobretón! Y si eres pobre, ¿por qué vives solo y no te juntas con otros pobres? ¡Eso es lo que me da miedo! Si no, hace mucho que me habría ido.

—Piensa, viejo —le aconsejó Chiklin.

—No tengo nada con lo que pensar.

—Has vivido mucho: te basta la memoria.

—Pero si ya he olvidado todo, tendría que vivirlo todo de nuevo.

Cuando hubieron bajado al refugio de la mujer, Chiklin se agachó

y le dio otro beso.

—¡Está muerta! —se sorprendió Prushevski.

—¡Qué se le va a hacer! —dijo Chiklin—. Todos suelen morirse si se los atormenta. Además, la necesitabas no para vivir, sino únicamente para recordar.

De rodillas, Prushevski rozó los labios muertos, afligidos, de la mujer y, al sentirlos, no reconoció ni la alegría ni la ternura.

—No es la que vi de joven —dijo. Y de pie junto a la caída, añadió —: O puede ser que sí lo sea, después de los sentimientos más íntimos nunca reconocía a quien había querido, pero luego, en la distancia, penaba por ellas.

Chiklin guardaba silencio. En un hombre muerto, ajeno, solía sentir una especie de remanente cálido, familiar, si sucedía que tuviera que besarlo o llegar a él de alguna manera más profunda.

Prushevski no era capaz de apartarse de la difunta. Ligera y cálida, tiempo atrás pasó por su lado; entonces él quiso la muerte al verla marchar con los ojos bajos, al ver su cuerpo triste, bamboleante. Y después sintió el viento en el abatido mundo y la echó de menos. Puede que al haber temido una vez en su mocedad alcanzar a esa mujer, esa felicidad, la hubiera dejado indefensa para toda la vida, y ella, cansada de sufrir, se hubiera escondido aquí para fallecer de hambre y de pena. Yacía ahora boca arriba —Chiklin la había girado para el beso—, el cordel desde la coronilla hasta la barbilla mantenía sus labios cerrados, las piernas largas y desnudas estaban cubiertas de pelo espeso, casi vellón, que le había crecido por la enfermedad y el desamparo: alguna fuerza antigua revivida había convertido a la muerta —todavía en vida— en un animal cubierto de pellejo.

—Bueno, ya es suficiente —dijo Chiklin—. Que la protejan aquí los diferentes objetos muertos. Como los vivos, también son muchos los muertos, no se aburren cuando están entre ellos.

Y Chiklin acarició los ladrillos de las paredes, levantó una cosa desconocida y anticuada, la colocó cerca de la fallecida, y ambos hombres salieron. La mujer se quedó para yacer en la edad eterna, la que tenía cuando murió: treinta y dos años y tres meses.

Ya habían cruzado el patio, pero Chiklin se dio la vuelta y cegó la puerta que llevaba a la muerta con ladrillos rotos, con bloques de piedra viejos y otras materias pesadas. Prushevski no lo ayudó, pero sí preguntó luego:

—¿Por qué te esfuerzas?

—¿Cómo que por qué? —se sorprendió Chiklin—. Los muertos también son personas.

—Pero ella no necesita nada.

—Ella no, pero yo sí la necesito. Que se conserve algo de la

persona; cuando veo el dolor de los muertos o sus huesos siento por qué vivo.

El viejo que había estado haciendo los chanclos se había ido del patio; solo quedaban los restos de unos zapatos rotos tirados en su sitio, como memoria de algo que había desaparecido para siempre.

El sol ya estaba alto y hacía tiempo que había empezado la hora de trabajar. Por eso, Chiklin y Prushevski se apresuraron en llegar a la zanja por unas calles de tierra sin empedrar y cubiertas de hojas, bajo las que se guarecían y calentaban las semillas del futuro verano.

La tarde de ese mismo día los cavadores no pusieron en funcionamiento el megáfono altoparlante; una vez saciados, se sentaron a mirar a la niña, frustrando así el trabajo cultural del sindicato en la radio. Ya por la mañana, Zháchev había decidido que, en cuanto esta niña y los niños semejantes a ella maduraran un poquito, acabaría con todos los habitantes mayores del lugar; él era el único que sabía que la urss estaba poblada de enemigos declarados del socialismo, de egoístas y víboras del futuro mundo, y en secreto se consolaba con la idea de que en un momento cercano mataría a toda esa masa, dejando con vida solo a la niñez proletaria y a los huérfanos puros.

—¿Tú cómo vas a ser, niña? —preguntó Safrónov—. ¿A qué se dedicaban tu padre y tu madre?

—No soy nadie —dijo la niña.

—¿Y cómo que no eres nadie? Algún principio de género femenino te habrá dado el placer de nacer bajo el poder soviético, ¿no?

—Es que yo no quería nacer, tenía miedo de que mi madre fuera burguesa.

—Vaya, ¿y cómo te volviste organizada?

Incómoda y recelosa, la niña bajó la cabeza y empezó a darse tirones a la camisa; sabía bien que estaba en presencia del proletariado y cuidaba todo lo que hacía, como hace mucho le explicara largo y tendido su madre.

—¡Pero sé quién es el más importante!

—¿Quién? —quiso saber Safrónov.

—El más importante es Stalin y después va Semión Budionny. Antes no estaban, solo había burgueses y por eso yo no nacía, ¡porque no quería! Pero en cuanto llegó Stalin, yo también quise llegar.

—Vaya, pequeña —consiguió pronunciar Safrónov—, mujer juiciosa era tu madre. ¡Y enraizado está nuestro poder soviético si hasta los niños que no recuerdan a su madre ya sienten al camarada Stalin!

El desconocido aldeano de ojos amarillos gimoteaba en un rincón del barracón por la misma pena de siempre, pero no contaba cuál era,

solo intentaba complacer a todos a cual mejor. En su mente afligida se presentaba la aldea entre el centeno, sobre este se mecía el viento y hacía girar el molino de madera, que molía el grano pacífico, el pan de cada día. Ahí había vivido en un tiempo reciente, sintiendo saciedad en el estómago y felicidad familiar en el alma; y no importaban los años que hubiera mirado desde el pueblo a la lejanía y al futuro, lo único que había visto al final de la llanura era la fusión del cielo con la tierra y, por encima, la luz suficiente del sol y las estrellas. Para no seguir pensando, el aldeano se tumbaba bocabajo y, tan rápido como podía, se echaba a llorar con lágrimas que manaban inaplazables.

—¡Basta ya de lamentaciones, pequeñoburgués! —lo paraba Safrónov—. Ahora hay un pequeño viviendo con nosotros, ¿es que no sabes que hemos anulado la aflicción?

—Ya estoy seco, camarada Safrónov —declaró el aldeano desde lejos—. Me he conmovido por puro atraso.

La niña salió del lugar y apoyó la cabeza en la pared de madera. Echaba de menos a su madre, le daba miedo la noche nueva y solitaria y, además, pensaba en lo triste que iba a estar su madre y en cuánto tiempo iba a esperar a que su pequeña hija se hiciera vieja y muriera.

—¿Dónde está esa tripa? —preguntó volviéndose hacia quienes la miraban—. ¿Encima de qué voy a dormir?

Chiklin se tumbó al momento y se preparó.

—¡Y la comida! —dijo la niña—. Estáis ahí todos sentados como una Yulia cualquiera y, mientras, ¡estoy sin comer!

Zháchev se le acercó rodando en su pequeña telega y le ofreció un dulce de frutas que había requisado esa mañana al director de la tienda de comestibles.

—Come, pobrecita. Todavía no se sabe qué será de ti, pero qué será de nosotros, eso sí que esta claro.

La niña se lo comió y se tumbó con la cara sobre el regazo de Chiklin. Estaba pálida de cansancio y, olvidada de todo, envolvió a Chiklin con un brazo, como acostumbraba con su madre.

Safrónov, Vóschev y todos los demás cavadores estuvieron largo rato observando el sueño de esa pequeña criatura que iba a reinar sobre sus tumbas y a vivir en una tierra sosegada, colmada de sus huesos.

—¡Camaradas! —Safrónov empezó a definir el sentimiento general —. Ante nosotros yace sin conciencia el socialismo real. En la radio y demás material cultural oímos solo la línea, pero no tenemos nada que palpar. Sin embargo, aquí descansa la materia de la creación y la orientación final del partido: ¡un pequeño hombre destinado a ser el elemento universal! Por él se hace imprescindible que acabemos ya,

de la noche a la mañana, la zanja de cimentación, para que surja cuanto antes la casa y el personal infantil esté protegido del viento y de los resfriados por una pared de piedra.

Vóschev palpó la mano de la niña y la estudió entera, igual que de pequeño miraba los ángeles en el muro de la iglesia; ese cuerpo débil, abandonado sin familiares entre la gente, sentiría alguna vez la corriente reconfortante del sentido de la vida, y su mente vería un tiempo similar al primer día inmemorial.

Y en ese momento se decidió que desde el día siguiente empezarían a cavar una hora antes, para acercar el plazo de los mampuestos de los cimientos y de la restante arquitectura.

—Como monstruo que soy, solo puedo aclamar vuestra opinión, ¡pero no ayudaros! —dijo Zháchev—. Y ya que de todas formas vais a perecer, porque en vuestro corazón no queda nada, mejor será que améis a algo pequeño y vivo y que sea el trabajo lo que haga estragos. ¡Existid mientras tanto, canallas!

En vista del tiempo fresco, Zháchev obligó al aldeano a que se quitara el abrigo burdo de campesino y se lo puso para pasar la noche; el aldeano había acumulado capitalismo toda la vida, ahora era su turno de sentir calor.

Los días de descanso Prushevski los pasaba observando o escribiendo cartas a su hermana. El momento en que pegaba el sello y soltaba la carta en el buzón siempre le transmitía una felicidad tranquila, como si sintiera que esa necesidad que tenía alguien de él lo arrastrara a seguir viviendo y a actuar a conciencia por el bien común. Su hermana no le escribía nada, tenía muchos hijos y estaba consumida, vivía como desvanecida. Solo una vez al año, para la Pascua, le enviaba a su hermano una postal donde informaba: «¡Cristo ha resucitado, querido hermano! Vivimos como de costumbre, yo guiso, los niños crecen, al marido le han añadido una categoría, ahora trae cuarenta y ocho rublos. Ven a vernos. Tu hermana Ania».

Prushevski llevaba la postal en el bolsillo durante muchos días, la releía, a veces lloraba.

Solía irse lejos en sus paseos, a la extensión y a la soledad. Una vez se paró en un cerro, a un lado de la ciudad y del camino. El día estaba borroso, indeterminado, como si el tiempo no fuera a continuar más: en los días así dormitan las plantas y los animales y la gente recuerda a sus padres. En silencio, Prushevski observaba toda la vejez nublada de la naturaleza y veía al final unos edificios blancos y tranquilos que brillaban más que la luz que había en el aire. No conocía los nombres de esas construcciones ya terminadas ni su finalidad, aunque podía comprenderse que esos edificios lejanos se habían construido no solo para ser beneficio, también para dar alegría. Prushevski, con la

sorpresa de un hombre acostumbrado a la pena, observaba la dulzura precisa y la fuerza enfriada, encerrada, de aquellos monumentos apartados. Todavía no había visto una fe y una libertad así en las piedras apiladas y no conocía la ley de la autoiluminación para el color gris de su país. Como una isla, en mitad del resto del mundo en reconstrucción, se levantaba ese argumento blanco de edificaciones que brillaba en calma. Pero no todo era blanco en esos edificios: en algunos lugares había color azul, amarillo y verde, lo que le confería la belleza especial de una representación infantil. «Pero ¿cuándo se construyó?», dijo Prushevski con amargura. Le era más cómodo sentir aflicción por una estrella terrestre extinguida; la felicidad ajena y lejana despertaba vergüenza y alarma en su interior, le habría gustado que, sin él darse cuenta, el mundo inacabado y eternamente en construcción se pareciera a su vida desmoronada.

Volvió a contemplar con atención esa ciudad nueva, no quería olvidarla ni equivocarse, pero los edificios se alzaban igual de claros, como si alrededor de ellos no estuviera la turbieza del aire ruso, sino una fresca transparencia.

Mientras regresaba, Prushevski se fijó en las muchas mujeres que había en las calles de la ciudad. Las mujeres caminaban despacio a pesar de su juventud, seguramente paseaban mientras esperaban a la noche estrellada; sus pies pisaban con la fuerza de la avidez, mientras que sus armazones corporales se habían ensanchado y redondeado como depósitos del futuro, es decir, que todavía habría futuro, que el presente era infeliz y que el final aún quedaba lejos. La visión de estas mujeres inquietas le concedía aguante a Prushevski para su inexplicable existencia posterior, hasta la inmediata y deliberada muerte. Al llegar a la oficina técnica de las obras, Prushevski se sentó a componer el proyecto de su muerte, para así asegurarla de la forma más rápida y fiable. Después de terminar este proyecto se quedó tranquilamente dormido en el diván, estaba cansado. Para el día siguiente solo le quedaba la elaboración de una nota explicativa para el proyecto y, después, encontrar a una mujer con el encanto suficiente para un amor de una vez; después de la satisfacción del amor, a Prushevski siempre le entraba el deseo normal de acabar con su vida, y también ahora había hecho ese mismo cálculo.

Al amanecer, Chiklin llegó a la oficina con un hombre desconocido vestido únicamente con pantalones.

—Este viene a verte a ti, Prushevski —dijo Chiklin—. Pide que le devolvamos los ataúdes de su pueblo.

—¿Qué ataúdes?

El enorme hombre desnudo, abotargado por el viento y la desgracia, no dijo enseguida palabra alguna, al principio bajó la cabeza y se enfrascó en tensas consideraciones. Probablemente debía

de olvidarse una y otra vez de acordarse de sí mismo y de sus propias preocupaciones: bien se quedaba sin fuerzas, bien se moría en partes diminutas según pasaba la vida.

—¡Los ataúdes! —dijo con voz fogosa, lanuda—. Metimos en una cueva los ataúdes de chillas para después, y ahora estáis cavando toda la hondonada. ¡Devuelve los ataúdes!

Chiklin dijo que, en verdad, la tarde anterior cerca del piquete septentrional se habían descubierto cien ataúdes vacíos; dos de ellos los había cogido para la niña: en uno de los ataúdes le haría una cama para el futuro, para cuando empezara a dormir sin su tripa, y el otro se lo regalaría para que jugara, para que sirviera de cualquier bártulo para niños, así también ella tendría su propio rincón rojo.

—Devolved al aldeano los demás ataúdes —respondió Prushevski.

—Devuélveme todos —dijo el hombre—. Nos falta material inerte, el pueblo espera sus bienes. Esos ataúdes los hemos preparado con la tributación voluntaria, ¡no nos quites lo logrado!

—No —dijo Chiklin—. Déjale dos ataúdes a nuestra niña, de todas formas dan poca medida.

El hombre desconocido se quedó allí parado, sentía algo y no estaba conforme.

—¡Imposible! Entonces ¿dónde vamos a meter a nuestros niños? Hemos preparado los ataúdes por tamaño, y les pusimos marcas para saber dónde había que meter a cada uno. Nos mantenemos con vida gracias a que tenemos nuestro propio ataúd, ¡son nuestra única pertenencia! Les dimos forma antes de meterlos en la cueva.

El aldeano de ojos amarillos, el que hacía tiempo que vivía en la zanja, entró a toda prisa en la oficina.

—Yeliséi —dijo al semidesnudo—, los he atado con unas cintas para formar un convoy, vamos a llevarlos mientras esté la tierra seca.

—No has custodiado dos —dijo Yeliséi—. A ver dónde vas a echarte tú ahora.

—Debajo del bosquecillo de arces que tengo en el patio, Yeliséi Sávvich, debajo de un árbol fuerte. Ya tengo preparado un pequeño foso bajo la raíz. Y cuando me muera, mi sangre será zumo por el tronco, ¡llegará bien arriba! ¿O vas a decirme que mi sangre se ha aguado mucho y no va a gustarle al árbol?

El semidesnudo seguía parado sin impresión alguna y no respondió nada. Sin notar las piedras del camino ni el viento que enfriaba el alba, se fue con el aldeano a recoger los ataúdes. Tras ellos salió Chiklin, que observaba la espalda de Yeliséi, cubierta de toda una base de suciedad y en la que ya había crecido un vellón protector[8]. De cuando en cuando, Yeliséi se quedaba quieto en un sitio y observaba la extensión con ojos soñolientos y vaciados, como si recordara algo

olvidado o buscara una porción retirada para su lúgubre descanso. Pero su tierra natal se había vuelto para él ignorada, y bajó los ojos sosegados.

Los ataúdes formaban una larga hilera en una elevación seca por encima del borde de la zanja. El aldeano que había llegado corriendo antes al barracón estaba contento de haber encontrado los ataúdes y de que Yeliséi se hubiera presentado; ya había terminado de horadar en las cabeceras y los pies sepulcrales unos orificios y de anudar los ataúdes formando un tiro comunal. Colocándose el extremo de la cuerda del ataúd delantero por encima del hombro, Yeliséi se emperró para arrastrar, cual sirgador, esos objetos de chillas por el mar seco y cotidiano. Ni Chiklin ni el colectivo pusieron obstáculos a Yeliséi, y miraban el rastro que deslindaban los ataúdes vacíos en la tierra.

—Tío, ¿esos eran burgueses? —quiso saber la niña, agarrada a la mano de Chiklin.

—No, hijita —respondió Chiklin—. Viven en isbas pequeñitas de paja, siembran cereales y los comen con nosotros a partes iguales.

La niña miró hacia arriba, a todos los rostros viejos de la gente.

—Entonces, ¿para qué quieren los ataúdes? Si los burgueses son los únicos que van a morirse, ¡los pobres no!

Los cavadores se quedaron callados, pues todavía no eran conscientes de los detalles como para poder responder.

—¡Y uno estaba desnudo! —dijo la niña—. La ropa se le quita a quien no la necesita, para que pueda usarse. Mi mamá también está desnuda.

—Tienes razón, hijita, tienes toda la razón —resolvió Safrónov—. Esos dos que se están yendo son kulaks.

—¡Pues ve a matarlos! —dijo la niña.

—No se soluciona nada así, hijita, dos personas no hacen clase…

—Es uno más otro —hizo cuentas la niña.

—Pero en total es muy poco —Safrónov sintió lástima—. Aunque según la sesión plenaria, estamos obligados a liquidarlos como clase, solo así, para que el proletariado entero y el estamento bracero queden huérfanos de enemigos.

—¿Y con quién se quedarán?

—Con las tareas, con la línea dura de las futuras medidas, ¿comprendes algo?

—Sí —respondió la niña—. Significa que hay que matar a todas las personas malas, si no, habrá pocas buenas.

—Eres de la generación de clase, claramente —se alegró Safrónov —, comprendes con claridad todas las relaciones, a pesar de lo pequeña que eres. El monarquismo necesitaba a los hombres sin distinción para la guerra, pero para nosotros solo una clase es querida,

y pronto limpiaremos nuestra clase de elementos inconscientes.

—De canallas —adivinó la niña enseguida—. Y, entonces, solo quedará la gente más importante, la que más. Mi madre decía que ella también era una canalla cuando estaba viva, pero ahora está muerta y ya es buena, ¿a que sí?

—Sí —dijo Chiklin.

Al acordarse de que su madre se encontraba sola en la oscuridad, la niña se apartó en silencio, sin hacerse cuenta de nadie, y se sentó a jugar en la arena. Pero no estaba jugando, se limitaba a tocar algo con mano indiferente y a pensar.

Los cavadores se le acercaron e, inclinándose, preguntaron:

—¿Qué tienes?

—Nada —dijo la niña sin prestar mucha atención—. Me aburro aquí con vosotros, no me queréis. En cuanto os quedéis dormidos esta noche, os moleré a palos.

Los operarios se miraron con orgullo y a todos y cada uno le entraron ganas de levantar a la niña y estrecharla entre sus brazos para sentir el cálido lugar que desprendía el juicio y el encanto de esa pequeña vida.

Vóschev era el único que se mantenía débil y sombrío, observando la lejanía mecánicamente; seguía sin saber si había algo especial en la existencia común, no había quien le recitara de memoria el reglamento universal y los sucesos sobre la superficie de la tierra no lo cautivaban. Ligeramente apartado, se fue ocultando a paso suave en el campo y, una vez aquí, se acostó un rato, fuera de la visión de todos, contento de no ser un participante más de las desmesuradas circunstancias.

Más tarde encontró la huella de los ataúdes arrastrados por los dos aldeanos más allá del horizonte: hasta su país de zarzos encorvados e invadidos de lampazo. Quizá allí existiera la calma de los reinos cálidos de las casas con patio o se alzara en el viento de los caminos la orfandad de los campesinos pobres koljosianos, con un montón de material inerte en el centro. Vóschev echó a andar hacia allá con el paso de un hombre que se ausenta mecánicamente, sin ser consciente de que solo la debilidad del trabajo cultural en la zanja hacía que no se arrepintiera de la construcción de la futura casa. A pesar de que el sol era lo bastante brillante, tenía cierta sensación de falta de recompensa en el alma, tanto más cuanto que en el campo se extendía un tufo turbio de respiración y olor a hierba, y Vóschev andaba dentro de esa nube calentada de una vida de esfuerzos, sudada por el trabajo de su crecimiento. Miró a su alrededor: sobre aquellas extensiones se veía por doquier el vapor de la respiración viva, creando una invisibilidad soñolienta, sofocante; la paciencia se prolongaba cansada

en el mundo, como si todo lo viviente se encontrara en algún punto del centro del tiempo y de su propio movimiento: el principio por todos olvidado y el final, desconocido; y no quedaba sino marchar en todas direcciones. Y Vóschev desapareció por un camino abierto.

Kozlov llegó a la zanja de cimentación como pasajero de un automóvil que conducía Pashkin en persona. Kozlov llevaba puesto un terno gris claro, la cara le había engordado por alguna alegría constante y había empezado a querer con fuerza a la masa proletaria. Empezaba cada una de sus respuestas a los trabajadores con una serie de palabras válidas que se bastaban por sí mismas: «A ver, está bien, claro, está muy bien», y continuaba. Para sí, le gustaba decir: «¡… dónde estará usted ahora, insignificante fascista!» o «…es usted admirable, ¡como el legado de Lenin!» y muchas otras consignas-cancioncillas breves.

Esa mañana Kozlov había liquidado como sentimiento su amor por una dama media . Esta le había escrito cartas sobre su adoración, mientras que él, sobreponiéndose a la presión social, guardaba silencio, renunciando de antemano a la confiscación de sus caricias, puesto que buscaba a una mujer de un tipo más distinguido, más activo. Después de haber leído en el periódico sobre la carga de trabajo de correos y las imprecisiones de su trabajo, resolvió reforzar este sector de la edificación socialista por la vía de poner fin a las cartas que la dama le dirigía. Así que escribió a la sufriente dama una última postal, una conclusiva, quitándose de encima la responsabilidad del amor:

> «Donde antes estaba la mesa de los manjares
> ahora se alza una tumba.[9]
>
> Kozlov»

Acababa de leer este verso y se apresuró a no olvidarlo. Todos los días, al despertarse, leía libros en la cama y, después de memorizar fórmulas, consignas, versos, legados, toda clase de palabras de sabiduría, tesis de diferentes actas, resoluciones, estrofas de canciones y demás, salía a recorrerse todos los órganos y organizaciones donde lo conocían y respetaban como una fuerza social activa… y aquí Kozlov asustaba a los ya de por sí asustados empleados con su ciencia, sus horizontes y su preparación. Como complemento a la pensión de primera categoría, se había asegurado también víveres naturales. Una vez que pasó por la sociedad cooperativa, llamó al director para que se le acercara, sin moverse él ni un poco, y le dijo:

—A ver, está bien, claro, está muy bien, pero esto es una sociedad cooperativa, como suele decirse, de tipo Rochdale, ¡no soviético!

Entonces ¿no son un poste del camino jalonado al socialismo?

—No lo comprendo, ciudadano —respondía el director tímidamente.

—Bueno, pues otra vez: ¿no es la felicidad del cielo, sino el pan, el pan negro de cada día, lo que ha pedido él, el pasivo?[10] A ver, está bien, claro, está muy bien —dijo Kozlov y salió completamente ofendido; diez días después, se convirtió en presidente de la comisión de despachos de esa sociedad cooperativa. Y no llegó a enterarse de que había recibido el puesto a petición del propio director, que tenía en cuenta no solo el furor de las masas, sino la calidad de los furiosos.

Y ahora Pashkin estaba orgulloso de Kozlov, creía en el cercano día en que todo el proletariado aceptaría la forma de su vanguardia: y así, llegaría el socialismo. Por eso Pashkin mostraba por todas partes a Kozlov como elemento ejemplar de militante activo concebido entre las masas por la diestra dirección del sindicato. Gracias a la presencia de Kozlov, Pashkin ya no se alteraba al ver a Zháchev: sabía que simplemente había que darle un puesto a Zháchev, aunque fuera el de recaudador de las aportaciones de los miembros, y que así dejaría de exigir mantequilla a los responsables, pues él mismo lo sería la víspera del suministro de grasas.

Kozlov se apeó del automóvil, recorrió con aire de entendimiento el espacio de la construcción y se paró en su borde para tener una visión general de todo el ritmo de trabajo. En cuanto a los cavadores que estaban cerca, les dijo:

—¡No seáis oportunistas en la práctica!

Durante el descanso para comer, el camarada Pashkin informó a los operarios de que el estrato de campesinos pobres del pueblo había empezado a sentir nostalgia del koljós y que había que enviar algo especial proveniente de la clase obrera, para así empezar la lucha de clases contra los tocones rústicos del capitalismo.

—¡Hace mucho que llegó la hora de acabar con los parásitos acomodados! —se expresó Safrónov—. Ya no sentimos el calor de la hoguera de la lucha de clases, pero debe haber fuego, ¿dónde, si no, entrará en calor el personal activo?

Y, a continuación, el colectivo designó a Safrónov y a Kozlov para que fueran a la aldea vecina y que el campesinado pobre no siguiera siendo, en la época del socialismo, un completo huérfano o un pícaro individual en su guarida.

Zháchev se acercó a Pashkin en la telega, donde iba también la niña, y le dijo:

—Échale un vistazo a este socialismo que lleva el cuerpo desnudo. ¡Inclínate ante los huesos cuya grasa te has comido, canalla!

—¡Eso es! —intervino la niña.

También aquí Safrónov determinó su opinión:

—Camarada Pashkin, anota a Nastia, es nuestro futuro objeto de alegría.

Pashkin sacó la agenda y puso un punto; ya había muchos puntos pintados en la agenda de Pashkin y cada uno de ellos indicaba alguna atención a las masas.

Esa tarde Nastia le preparó a Safrónov una cama aparte y se sentó un rato con él. El propio Safrónov le pidió a la niña que sintiera algo de añoranza por él, porque allí era la única mujer con corazón. Y Nastia se quedó tranquila toda la tarde junto a él, intentando pensar en cómo se marcharía Safrónov al lugar aquel donde las gentes pobres vivían tristes en sus isbas, y en cómo allí se convertiría en piojoso entre ajenos.

Después Nastia se acostó en la cama de Safrónov, la calentó y se marchó a dormir sobre la tripa de Chiklin. Mucho tiempo atrás se había acostumbrado a calentar la cama de su madre, antes de que allí se echara a dormir su padrastro.

El lugar matriz para la casa de la futura vida estaba listo; ahora tocaba introducir el relleno en la zanja de cimentación. Pero Pashkin estaba pensando continuamente pensamientos luminosos e informó al jefe revolucionario de la ciudad que la talla de la casa era estrecha, pues las mujeres socialistas iban a estar repletas de frescura y plétora y toda la superficie de la tierra iba a cubrirse de infancia correteando; ¿acaso los niños iban a tener que vivir fuera, en medio del tiempo desorganizado?

—No —respondió el jefe revolucionario, tirando con un movimiento fortuito la abundante rebanada de pan que había en la mesa—. Seguid cavando la zanja matriz, hacedla cuatro veces más grande.

Pashkin se agachó y devolvió la rebanada a la mesa.

—No hacía falta que se agachara —dijo el revolucionario—. Para el año que viene hemos proyectado una producción agrícola de quinientos millones por distrito.

Y entonces Pashkin colocó la rebanada de vuelta en la papelera, temiendo que lo tomaran por un hombre que vivía al ritmo de la época del régimen de la economía.

Prushevski esperaba a Pashkin cerca del edificio para transmitir inmediatamente los mandatos para el trabajo. Y Pashkin, mientras avanzaba por el vestíbulo, le daba vueltas a aumentar la zanja no cuatro, sino seis veces, y así se aseguraba que complacía y se adelantaba a la línea del partido, para posteriormente encontrársela alegremente en un lugar puro, y entonces la línea lo vería a él y él

grabaría en ella un punto eterno.

—Seis veces más grande —indicó a Prushevski—. ¡Ya dije que el ritmo era suave!

Prushevski se alegró y esbozó una sonrisa. Pashkin, al darse cuenta de la felicidad del ingeniero, también se puso contento, porque pudo sentir la disposición de la sección ingeniero-técnica de su unión. Pero Prushevski experimentó placer no por la dimensión, sino porque los cavadores agotarían su vida en la zanja a la misma velocidad con la que él moriría; prefería tener amigos muertos que vivos para extraviar los propios huesos entre los huesos comunes y no dejar en la superficie diaria de la tierra ni memoria ni testigos: que el futuro sea extraño y vacío, pero que el pasado descanse en tumbas, en la estrechura de unos huesos que alguna vez se abrazaron, en el polvo de unos cuerpos queridos y olvidados, ya descompuestos.

Prushevski se fue a ver a Chiklin para trazar la ampliación de la zanja. Ya antes de llegar, vio a los cavadores reunidos y un carro campesino en medio de gente callada. Chiklin sacó del barracón un ataúd vacío y lo colocó en la telega; después trajo el segundo ataúd, mientras Nastia iba detrás esforzándose en sacar de la caja sus dibujos. Para que la niña no se enfadara, Chiklin la sujetó por un brazo y, estrechándola contra él, pasó a llevar el ataúd solo con la otra mano.

—Pero, si están muertos, ¿para qué quieren las cajas? —se indignaba Nastia—. ¿Dónde voy a colocar mis cosas ahora?

—Hay que hacerlo así —respondía Chiklin—. Todos los muertos… son personas especiales.

—¡Importantes, importantes! —se sorprendía Nastia—. Entonces ¿por qué todos están vivos? ¡Mejor que se mueran y se vuelvan importantes!

—Viven para que no haya burgueses —dijo Chiklin, y colocó el último ataúd en la telega, donde estaban sentados dos: Vóschev y el aldeano prokulak que se había ido con Yeliséi.

—¿A quién le enviáis los ataúdes? —preguntó Prushevski.

—Safrónov y Kozlov han muerto en una isba y les han dado mis cajas. ¿Qué vas a hacer? —le informó Nastia de los detalles, y se apoyó en la telega, preocupada por tanto descuido.

Vóschev, que había llegado en carro de lugares desconocidos, arreó al caballo para ir de vuelta a la extensión donde había estado. Dejando a Zháchev la tarea de velar por la niña, Chiklin echó a andar detrás de la telega que se alejaba.

Hasta bien entrada la noche lunar anduvo siguiendo la lejanía. De cuando en cuando, en los lados que lindaban con el barranco, ardían luces modestas y, también allí, ladraban con melancolía unos perros, quizá sintieran añoranza o, quizá, habían reparado en los

comisionados que habían entrado y estaban asustándolos. Delante de Chiklin seguía yendo el carro con los ataúdes, no se separaba de él.

Vóschev, con la espalda apoyada en los ataúdes, miraba arriba desde la telega al conjunto de estrellas y a la muerta nebulosidad de masas que era la Vía Láctea. Esperaba que allí también se adoptara una resolución sobre la anulación de la eternidad del tiempo, sobre la expiación de las fatigas de la vida. Sin muchas esperanzas, se adormeció y se despertó cuando se pararon.

Chiklin llegó al carro pocos minutos después y empezó a mirar a su alrededor. Cerca se veía una aldea antigua, la vetustez general de la pobreza la cubría y los zarzos decrépitos, pacientes, y los árboles del borde del camino que se encorvaban en silencio tenían el mismo aire de tristeza. Había luz en todas las isbas del pueblo, pero nadie fuera de ellas. Chiklin dio unos pasos para acercarse a la primera isba y prendió una cerilla, quería leer el papel blanco de la puerta. En este papel se indicaba que era la Casa Socializada n.º 7 del koljós Línea General y que allí vivía un militante activo de las obras colectivas en cumplimiento de las disposiciones estatales y de cualquier campaña llevada a cabo en aquel lugar.

—¡Abre! —Chiklin llamó a la puerta.

El militante activo salió y le dejó entrar. Después, redactó el acta de recepción de los ataúdes y ordenó a Vóschev que fuera al sóviet de la aldea y se quedara toda la noche de guardia de honor junto a los dos cuerpos de los camaradas caídos.

—Iré yo —aclaró Chiklin.

—Vete —respondió el militante—. Solo dame tus datos, voy a inscribirte en el cuadro movilizado.

Chiklin empezó a decírselos y el militante lo anotó para una hora en el cuadro; y le dio a Vóschev otra carga: palpar de noche a todas las aves y así tener calculada la presencia de huevos recién puestos en la mañana.

—Mi mano es grande, no creo que pueda apañarme bien —dijo Vóschev.

—¿Qué te pasa, que te estás siguiendo al punto flaco? —se sorprendió demoledor el militante activo—. ¿Quién existe en el mundo, el partido o tú?

—Él, no —respondió sobre Vóschev el aldeano de ojos amarillos; hasta ese momento había estado callado, pero ahora se había asustado.

Vóschev se pasó las manos por el cuerpo y pensó: tengo que dejar de pensar, vamos a vivir algo común; ¿a qué se debe que vaya penando únicamente por mi propio torso?, ¿tan grande es?

Encorvándose para dar un menor tamaño e indiferencia, Vóschev

desapareció y fue a ocuparse del caso de las gallinas. El militante activo se inclinó sobre sus papeles, sondeando con ojos concienzudos todas las tesis y tareas precisas; con la avidez de la pertenencia, sin memoria de la felicidad doméstica, construía el imprescindible futuro, preparándose la eternidad en él, y por eso ahora estaba despoblado, abotagado por las preocupaciones y cubierto de pelo ralo por la cara gruesa, similar al aspecto femenino. Una bombilla lucía justo delante de su mirada de sospecha, que observaba desde un punto de vista intelectual y efectivo a los canallas kulaks.

El militante activo se quedó toda la noche a la luz de la lámpara no extinguida, atento a si pasaría por el camino a oscuras el jinete de la provincia para bajar alguna instrucción a la aldea. Leía cada nueva instrucción con la curiosidad del futuro placer, como si observara a escondidas secretos apasionados de gente adulta, central. Rara era la noche en que no aparecía una instrucción, y el militante la estudiaba hasta la mañana, acumulando para el amanecer el entusiasmo de la acción inquebrantable. Y solo de cuando en cuando parecía quedarse inmóvil por un instante añorando la vida y, entonces, miraba lastimero a cualquiera que se encontrara delante de su vista; era él sintiendo el recuerdo de ser chapucero y negligente, pues así lo llamaban a veces en los papeles de la provincia. «¿No debería unirme a la masa?, ¿no debería olvidarme en una vida común dirigida?», resolvía en esos momentos el militante activo, pero en seguida se recuperaba, porque no quería formar parte de la orfandad general y tenía miedo a una prolongada cocción del socialismo mientras todos los pastores llegaban a sentirse en medio de la alegría, porque ahora se podía ser ayudante de la vanguardia y tener inmediatamente todo el provecho del tiempo futuro. Sobre todo, el militante activo le dedicaba tiempo a examinar las firmas en los papeles: esas letras habían salido a la luz por la mano cálida de un revolucionario y la mano es una parte del cuerpo completo que vive en la abundancia de la gloria a la vista de las masas entregadas, convencidas. En los ojos del militante llegaban a brotar las lágrimas cuando admiraba la precisión de las firmas manuales y las imágenes de los globos terrestres en los timbres; porque todo el globo terráqueo, toda su pulpa, enseguida caería en unas manos precisas, de hierro, ¿acaso podría quedarse él sin influir en el cuerpo universal de la tierra? Y con la escasez de la felicidad cubierta, el militante activo se acariciaba el pecho extenuado por las cargas.

—¿Qué haces ahí sin moverte? —le dijo a Chiklin—. Vete a montar guardia a los cadáveres políticos de la infamia acomodada: ¡ya ves cómo cae nuestro heroico hermano!

Atravesando la oscuridad de la noche koljosiana, Chiklin llegó hasta la sala desierta del sóviet de la aldea. Aquí descansaban en

estado eterno sus dos camaradas. La lámpara más grande, la destinada a iluminar las reuniones, ardía sobre los difuntos. Estos yacían cerca, sobre la mesa presidencial, cubiertos por una enseña hasta la barbilla, para que no quedaran a la vista las funestas mutilaciones y los vivos no temieran morir así.

Chiklin se colocó a la altura de los pies de los fallecidos y, totalmente tranquilo, se quedó embobado mirando los rostros silenciosos. Safrónov ya no diría nada que saliera de su mente y a Kozlov ya no le dolería el alma por la construcción organizativa ni recibiría la pensión que le hubiera correspondido.

El tiempo presente avanzaba tranquilo en las tinieblas de la medianoche en el koljós; nadie perturbaba la propiedad socializada ni el silencio de la conciencia colectiva. Chiklin se encendió un cigarrillo, se acercó a las caras de los muertos y los tocó con la mano.

—¿Qué tal, Kozlov, te aburres?

Kozlov continuaba con su aspecto callado, aun estando muerto; Safrónov también estaba tranquilo, como una persona satisfecha, y su bigote pelirrojo, que pendía sobre la boca aflojada, semiabierta, le crecía desde los labios, porque nadie lo había besado en vida. Alrededor de los ojos de Kozlov y de Safrónov se veía la sal seca de antiguas lágrimas, así que Chiklin tuvo que limpiarla y pensar por qué habrían llorado al final de su vida Safrónov y Kozlov. Seguro que se habían emocionado imaginándose la música que iban a tocar por ellos después de su final.

—¿Y a ti qué te pasa, Safrónov, te has acostado para siempre o aún piensas en levantarte?

Safrónov no podía responder, porque su corazón yacía en el pecho destruido y no tenía sentimientos.

Chiklin prestó atención a la lluvia recién empezada en el patio, al prolongado sonido doliente que cantaba en el follaje, en los zarzos y en las tranquilas techumbres de la aldea; indiferente, como en el vacío, se derramaba la humedad fresca y solamente la melancolía de aunque fuera un único hombre escuchando la lluvia podría haber recompensado este agotamiento de la naturaleza. De cuando en cuando lanzaban gritos las gallinas que Vóschev palpaba en las zonas valladas alejadas, pero Chiklin ya no les hizo caso y se acostó bajo la enseña común entre Kozlov y Safrónov, porque los muertos también son gente. Sobre ellos, la bombilla del sóviet lució sin tino hasta la mañana, cuando en el lugar apareció Yeliséi, que tampoco apagó la luz: a él le daba igual si había luz u oscuridad. Se quedó un tiempo sin hacer nada beneficioso y después salió como había llegado.

Apoyando el pecho en la vara clavada para la bandera, Yeliséi fijó la vista en la humedad turbia de un lugar vacío, libre. Aquí se habían reunido los grajos para su partida a las cálidas lejanías, aunque el

momento de su despedida con la tierra local aún no había llegado; seguramente los grajos desearan partir antes de tiempo para así pasar en un país soleado el otoño koljosiano organizado y regresar después para la calma general institucional. Antes de la partida de los grajos, Yeliséi había visto la desaparición de las golondrinas, y entonces quiso convertirse en el cuerpo ligero y poco consciente de un pájaro, pero ya no pensaba como para convertirse en grajo, porque ya no podía pensar. Vivía y miraba con los ojos únicamente porque tenía documentos de campesino intermedio y su corazón latía por ley.

Desde el sóviet de la aldea llegaron unos ruidos y Yeliséi se acercó a la ventana y se apoyó en el cristal; continuamente prestaba atención a toda clase de sonidos que procedieran de las masas o de la naturaleza, porque nadie decía ni una palabra ni daba nociones, así que era menester sentir incluso el sonido más apartado.

Yeliséi vio a Chiklin sentado entre los dos que yacían bocarriba. Chiklin fumaba y con sus palabras consolaba indiferente a los muertos.

—Has muerto, Safrónov, ¿y qué? Yo me he quedado, seré como tú, me haré más inteligente, empezaré a hablar teniendo un punto de vista, lograré ver toda tu tendencia… puedes no existir…

Yeliséi no lograba comprender y solo oía sonidos a través del cristal limpio.

—Y tú, Kozlov, tampoco te preocupes por vivir. Me olvidaré de mí y empezaré a tenerte a ti continuamente. Toda tu vida caída, todas tus tareas las esconderé dentro de mí y no las abandonaré nunca, así que considérate vivo. Seré activo día y noche, no quitaré ojo a todo lo que tenga que ver con la organización y pediré la pensión, ¡quédate tranquilo, camarada Kozlov!

Yeliséi había empañado de niebla el cristal y solo veía débilmente a Chiklin, con todo, seguía mirando, ya que no había otro sitio donde mirar. Chiklin se quedó un momento callado y, sintiendo que Safrónov y Kozlov ahora estaban alegres, les dijo:

—Podría dejarse que toda la clase muriera, yo me quedaré por ella y haré todas sus tareas en este mundo. De todas formas, no sé vivir para mí. ¿De quién es esa jeta que nos mira tanto? ¡Entra aquí, extraño!

Al momento, Yeliséi entró en el sóviet y se quedó parado sin comprender que los pantalones se le caían de la tripa, aunque el día anterior se le sujetaban sin problema. Yeliséi no sentía apetito alguno por los alimentos y por eso adelgazaba cada día que transcurría.

—¿Los has matado tú? —preguntó Chiklin.

Yeliséi se subió los pantalones y ya no los soltó más, sin responder nada, fijando en Chiklin sus ojos pálidos y vacíos.

—Entonces, ¿quién? Anda ve y tráeme a quien quiera que esté matando a nuestra masa.

El aldeano se puso en marcha y echó a andar a través del lugar vacío y húmedo donde había estado la última aglomeración de grajos; los grajos le habían dado un camino y Yeliséi vio a aquel aldeano, el que tenía los ojos amarillos; había arrimado un ataúd a un zarzo y escribía en él su apellido con letras de imprenta, sacando con dedo plástico una especie de sedimento de una botella.

—¿Qué tienes, Yeliséi? ¿Has sabido de alguna disposición?

—Así así… —dijo Yeliséi.

—Entonces está bien —dijo tranquilo el aldeano que escribía—. ¿Y todavía no han lavado a los muertos del sóviet? Me asusta que el inválido del Estado venga en su telega y su mano me toque porque yo estoy vivo y ellos dos, muertos.

El aldeano se fue a limpiar a los muertos para mostrar así su simpatía y compasión. Yeliséi se arrastraba en pos de él, sin saber dónde iba a encontrarse mejor.

Chiklin no puso objeciones mientras el aldeano quitaba la ropa a los difuntos y los llevaba por turnos en estado de desnudez a sumergirlos en un estanque; después los secó bien con lana de oveja y volvió a vestirlos y a colocar los dos cuerpos sobre la mesa.

—Muy bien, perfecto —dijo entonces Chiklin—. ¿Y quién los ha matado?

—Eso lo desconocemos, camarada Chiklin, nosotros mismos vivimos por descuido.

—¡Por descuido! —exclamó Chiklin y le soltó un golpe en la cara al aldeano, para que así empezara a vivir a sabiendas. El aldeano estuvo a punto de caerse, pero tuvo miedo de apartarse demasiado, no fuera que Chiklin pensara algo acomodado de él, y se acercó más, deseando una mutilación más fuerte para, a base de súplicas, hacerse después con el derecho a la vida de un campesino pobre. Chiklin, al ver ante sí a semejante ser, lo golpeó mecánicamente en el estómago, y el aldeano se volcó, los ojos amarillos cerrados.

Yeliséi, que había estado callado y apartado, dijo poco después que el aldeano estaba muerto.

—¿Es que te da pena? —preguntó Chiklin.

—No —respondió Yeliséi.

—Ponlo ahí en el centro, entre mis camaradas.

Yeliséi arrastró al aldeano hasta la mesa y, alzándolo con todas sus fuerzas, lo tiró transversalmente sobre los anteriores muertos, y luego ya lo acomodó como era debido, tendiéndolo en la estrechura, cerca de los costados de Safrónov y de Kozlov. Cuando Yeliséi se hubo apartado, el aldeano abrió los ojos amarillos, pero ya no pudo

cerrarlos y así se quedó, mirando.

—¿Tiene mujer o algo? —preguntó Chiklin a Yeliséi.

—Estaba solo —respondió este.

—¿Para qué existía?

—No existir le daba miedo.

Vóschev llegó hasta la puerta y le dijo que fuera, que lo reclamaba la estructura activa.

—Ten, un rublo —Chiklin se apresuró en darle el dinero a Yeliséi —. Vete a la zanja y echa un vistazo, a ver si la niña Nastia sigue bien, cómprale confite. Me duele el corazón por ella.

El militante activo estaba con tres de sus ayudantes, que habían adelgazado a causa del incesante heroísmo y que eran gente realmente pobre, pero sus caras representaban el mismo sentimiento firme: abnegación laboriosa. El militante hizo saber a Chiklin y a Vóschev que, según una instrucción del camarada Pashkin, los dos debían hacer coincidir sus fuerzas ocultas en favor del despliegue koljosiano.

—¿Y la verdad le corresponde al proletariado? —preguntó Vóschev.

—Al proletariado le corresponde el movimiento —informó el militante—, y todo lo que le salga al encuentro es suyo: ya puede ser la verdad o un blusón saqueado de los kulaks, todo va al perol organizado, ¡y tú no verás nada! ¿Has comprobado las gallinas?

—He estado toda la noche palpando, ni una sola ave tiene huevos.

El militante activo se concentró; sus ayudantes también se quedaron convenientemente pensativos: ¿sería posible que las aves fueran secuaces de los kulaks?

—Hay que disponer de todas las gallinas, convertirlas en muertas… y comérselas —declaró uno de la estructura activa, habiendo meditado una idea.

—¿Has notado que hubiera algún gallo? —preguntó el militante.

—Nada —dijo Vóschev—. Había un hombre en el patio y me ha dicho que tú te comiste el último cuando pasaste por el koljós y de pronto sentiste hambre.

—Lo importante es aclarar quién se comió el primero, no el último —declaró el militante.

—¿Quizá el primero la palmó solo? —ofreció como conjetura un ayudante del militante activo.

—¿Y cómo iba a palmar él solo? —se sorprendió este—. ¿Acaso es un saboteador consciente que va y se muere en un determinado momento? Vamos a hacer un interrogatorio directo y continuo: aquí hay otro fundamento.

Y todos se levantaron y se marcharon a buscar al comilón dañino que, por su propia alimentación, había destruido al primer gallo. Vóschev y Chiklin también se movieron en pos de la estructura activa.

—Esto es cosa seria —dijo Chiklin—, si no comen huevos, nuestros niños enflaquecerán y no alcanzarán la altura adecuada.

—Claro —corroboró Vóschev, aunque, en verdad, él penaba porque estaba dispuesto a vivir sin huevos de gallina hasta el día de su muerte con tal de conocer la estructura fundamental del mundo.

Tras haber recorrido unas diez casas con un interrogatorio preciso que solo estaba dando resultados pasivos, la estructura activa se cansó y se apoyó en una isba para pensar un poco en qué hacer a continuación. Para entonces, a la estructura activa se habían incorporado unas cien personas más y toda esta masa penaba visiblemente por el primer gallo comido por una boca desconocida, causa de que hubiera caído también el último. Para que las gallinas no se pusieran melancólicas, las llevaban en brazos y les acariciaban las plumas con la palma de la mano. Las gallinas habían tenido que anidar por separado en esas manos, pero estaban contentas.

Muy pronto, todo el koljós estaba ante el militante activo gracias a ese cálculo disciplinario según el cual es mejor que mil hombres den cien pasos a que uno solo recorra cinco verstas.

—¿Dónde está el gallo, camaradas? —rayando en la indiferencia lanzaba el militante activo a todo el que se le pegaba—. ¿Cómo va a haber huevos si nuestra masa aviar no posee en su medio una dirección eficiente?

La población del koljós, ocultando sus pensamientos, guardaba silencio cerca de la estructura activa y, con tristeza, bajaba el rostro común; hubo una mujer que empezó a cubrirse de lágrimas silenciosas, pero después le entraron tal disgusto y sufrimiento que se desmoronó y hubo que apartarla y llevarla a una despensa.

Los grajos, que estaban no muy lejos del lugar, alzaron el vuelo y partieron a otros países; algunos aldeanos miraron a los grajos, pero otros no lo hicieron, al fin y al cabo los grajos iban a regresar, buscaran lo que buscaran allá lejos, y a los aldeanos les iba bien la falta de movimiento.

—¿Dónde está el gallo, ciudadanos? —probaba melancólico el militante—. ¿Así es como complacéis al poder soviético? ¿Y sabéis que es la deskoljosización? Pues tened en cuenta que no va a ser como la deskulakización, en la que todo desheredado está contento. También deskoljosizaré a los desheredados: ¡que bastantes pobres tenemos ya sin vosotros!

La clase entera estaba allí de pie, incapaz de responder a esta única pregunta. Las gallinas estériles empezaron a gemir bajito en sus

brazos; de la lejana naturaleza llegó un viento enfriado que agitó el follaje que permanecía en el árbol local.

—¡Porque no hay gallo alguno! —dijo afligido el militante activo.

—¡No-o-o, no-h-a-ay! —pronunció la mujer entristecida más cercana.

El militante se recobró de la influencia del ambiente que lo rodeaba y se marchó rápidamente a la oficina, y después de él acabaron por marcharse todas las otras personas organizativo-activas. Quedaba solo Chiklin, que no quería que el koljós se quedara atrás en su desarrollo por culpa de un gallo.

—A ver, ¿qué pasa aquí?, ¿vais a estar mucho tiempo sin gallo? —dijo.

Solo un participante del koljós se movió en la masa, balbuceó algo allá dentro, pero por irreflexión o por estrechura volvió a quedarse petrificado.

—El que se ha movido, ¡aquí! —llamó Chiklin.

Y salió un hombre no muy grande, pero ya mayor, en gorro y pantalones, su camisa estaba secándose en algún zarzo después de la colada. Sujetaba en las manos un pájaro, uno que parecía un pollito pringado de excrementos de vaca, y se lo entregó a Chiklin.

—Mire, camarada, nos nació un mestizo pequeñito, hará unos cuatro años y poquito a poco va creciendo.

—Pero ¿esto qué es, un gallo?

—Puede tomarse casi por uno, sí.

—Pues entonces, que se vaya a trabajar —concluyó Chiklin y se dirigió al sóviet de la aldea.

De la casa donde vivía la estructura activa sacaron unas enseñas; el militante activo cerraba la marcha, pues no quería apresurarse a la despedida eterna de los camaradas muertos. No se mostró sorprendido cuando Chiklin le comunicó su informe sobre el gallo descubierto, el militante sabía de sobra que bajo su dirección tenía lugar toda clase de hechos progresivos y que gallos también habría.

En el sóviet de la aldea, junto a los muertos, el militante sintió cierta pena al principio, pero después, al acordarse del futuro en reconstrucción, sonrió animado y ordenó a quienes lo rodeaban que movilizaran al koljós para el cortejo funerario y que así todos sintieran la solemnidad de la muerte durante el radiante momento de socialización de la propiedad que se estaba desarrollando.

El brazo izquierdo de Kozlov colgaba hacia abajo y todo su cuerpo difunto se inclinaba desde la mesa, listo para caer sin sentido. Chiklin colocó a Kozlov y reparó en que los muertos apenas tenían espacio para yacer: eran cuatro en lugar de tres. Al cuarto, Chiklin no lo recordaba y se dirigió al militante para que iluminara esa desgracia,

aunque el cuarto no era proletario, sino un cansado aldeano que descansaba de lado con respiración cesada. El militante le comunicó a Chiklin que ese elemento de corral era el saboteador mortal de Safrónov y Kozlov, pero que había notado su aflicción a causa del movimiento organizado que iba tras él y que se había presentado por su cuenta, se había tumbado en la mesa entre los difuntos y había muerto personalmente.

—De todas formas, habría dado con él dentro de media hora —dijo el militante activo—. Ahora no tenemos ni una gota de los cuatro elementos, ¡no hay donde esconderse! Pero ¡si hay uno de más!

—Con ese he acabado yo —explicó Chiklin—. Pensaba que era el gusano, que se había presentado y pedía que le pegaran. Yo le di y él flojeó del todo.

—Pues bien hecho: en la provincia no me habrían creído si les digo que solo había un asesino, pero dos… ¡ya es toda una clase y una organización de kulaks!

Después del entierro, el sol se ocultó por un lateral del koljós y al momento el mundo se volvió desierto y ajeno; desde detrás del borde matinal de la provincia había asomado una espesa nube subterránea, para la medianoche debía llegar hasta los campos locales y derramar sobre ellos todo el peso de la lluvia fría. Al mirar en esa dirección, los koljosianos empezaron a sentir frío, mientras que las gallinas hacía un buen rato que cloqueaban en sus rincones, presintiendo la longitud del tiempo en la noche otoñal. Poco después se hizo sobre la tierra una densa oscuridad, intensificada por la negrura del terreno hollado por las masas en su deambular; pero por arriba todavía había luz: entre la humedad, el viento silencioso y la altura estaba el brillo amarillo del sol que había llegado hasta ahí y se reflejaba en el último follaje de los jardines encorvados en el silencio. La gente no tenía ganas de estar dentro de las isbas —donde se les caían los pensamientos y el ánimo —, andaban por todos los lugares abiertos de la aldea e intentaban verse continuamente; además, prestaban delicada atención, no fuera a resonar a lo lejos, en el aire húmedo, algún sonido que ofreciera consuelo en un espacio tan difícil. El militante ya hacía tiempo que había puesto en funcionamiento una instrucción oral sobre la observancia de la salubridad en la vida popular, para lo que la gente debía estar todo el tiempo en la calle, y no ahogarse en las isbas familiares. Así, cuando la estructura activa celebraba sus sesiones, le resultaba más sencillo observar a las masas desde las ventanas y guiarlos siempre hacia delante.

Al militante también le había dado tiempo a reparar en el crepúsculo amarillo vespertino similar a la luz de un entierro y decidió fijar para el día siguiente, temprano en la mañana, una marcha de los transeúntes koljosianos bajo las estrellas hasta las aldeas cercanas que

se aferraban a la unipersonalidad y, después, anunciar unos juegos populares.

El presidente del sóviet de la aldea, un viejecito de los campesinos medios, se había acercado a ver al militante en busca de alguna disposición, porque tenía miedo a estar inactivo, pero este lo despidió con un gesto de mano diciéndole solamente que el sóviet de la aldea debía asegurar las conquistas posteriores de la estructura activa y guardar de los kulaks rapiñadores a los campesinos pobres ahora dominantes. El viejecito presidente se tranquilizó con gratitud y marchó a hacerse con un mazo de guardia.

Vóschev tenía miedo a las noches, se quedaba tumbado sin dormir y le entraban dudas; su sentimiento principal sobre la vida aspiraba a algo que fuera necesario en el mundo, y la esperanza misteriosa de un pensamiento le había prometido una lejana salvación del anonimato de la existencia general. Se iba a pernoctar cerca de Chiklin, pero le inquietaba que este se tumbara y se quedara dormido enseguida y él se quedara solo mirando con los ojos a la oscuridad sobre el koljós.

—Hoy no duermas, Chiklin, que tengo miedo.

—No temas. Dime quién te da miedo, que lo mato.

—Me da miedo la perplejidad de mi corazón, camarada Chiklin, ni yo mismo sé lo que es. No hago más que tener la sensación de que en la lejanía hay algo especial o quizá un objeto lujoso e irrealizable, y vivo afligido.

—Pues le daremos alcance. Como suele decirse, Vóschev, no te apenes.

—¿Cuándo, camarada Chiklin?

—Cuenta con que ya lo hemos hecho, mira, ahora el todo ya es nada para nosotros…

En el extremo del koljós se encontraba el Patio de la Organización, donde el militante activo y otros campesinos pobres dirigentes promovían la animación de las masas; aquí también residían los kulaks no probados y varios miembros del colectivo que habían cometido alguna falta: algunos de ellos estaban en el patio porque habían caído en la mezquina disposición de la duda; otros, por haber llorado en momentos de ánimo y haber besado las estacas de su patio que marchaban a la socialización; unos terceros por alguna otra cosa y, finalmente, un viejecito que había aparecido en el Patio de la Organización espontáneamente: era el guarda de la fábrica de baldosas, iba por allí de paso hacia otra parte, pero lo retuvieron porque tenía expresión de ajenidad en la cara.

Vóschev y Chiklin se sentaron en una piedra en medio del Patio, contando con quedarse dormidos enseguida debajo del tejadillo del lugar. El viejo de la fábrica de baldosas recordaba a Chiklin y se le

acercó; hasta ese momento había estado sentado en la hierba cercana y con un método seco limpiaba la suciedad de su cuerpo bajo la camisa.

—¿Qué te ha traído por aquí? —le preguntó Chiklin.

—Iba de camino y me ordenaron que me quedara. Quizá vivas en vano, me dijeron, a ver que lo averigüemos . Yo iba a pasar por ahí al lado, tranquilito, pero me cortaron el paso y de vuelta: ¡alto, kulak!, me gritaron. Desde entonces aquí vivo, comiendo patatas.

—Bueno, con tal de no morir, a ti te da igual dónde vivir —dijo Chiklin.

—Qué razón tienes ahí. Y me acostumbro a lo que quieras, aunque al principio sí que sufro. Aquí me han enseñado las letras y me han obligado a saber los números, vas a ser un viejo de clase como corresponde, me dicen. Pues nada, lo seré…

El anciano habría seguido hablando toda la noche, pero Yeliséi regresó de la zanja de cimentación con una carta de Prushevski para Chiklin. A la luz del farol que iluminaba el letrero del Patio de la Organización, Chiklin leyó que Nastia estaba viva y que Zháchev había empezado a llevarla todos los días a la escuela, donde ella sentía amor por el gobierno soviético y recogía para este restos metálicos para reusarlos como materia prima; el propio Prushevski sentía gran nostalgia por la muerte de Kozlov y Safrónov, y Zháchev derramaba lágrimas enormes por ellos.

«Es bastante difícil —escribía el camarada Prushevski—, y tengo miedo de que me guste una mujer y de casarme, puesto que no tengo significado social. La zanja está terminada y en primavera vamos a rellenarla con ripio. Resulta que Nastia sabe escribir con letras de imprenta, te envío su notita».

Nastia escribía a Chiklin:

«Liquida a los kulaks como clase. ¡Viva Stalin, Kozlov y Safrónov! Tío Chiklin, Stalin es solo una gotita peor que Lenin, y Budionny, dos. Saluda al koljós pobre. A los kulaks, no».

Chiklin susurró largo rato estas palabras escritas y se emocionó profundamente, sin saber arrugar el rostro para la pena y el llanto; después se fue a dormir.

En la casa principal del Patio de la Organización había una cámara enorme y en su suelo dormían todos debido al frío. Cuarenta o cincuenta personas del pueblo habían abierto la boca y respiraban hacia arriba, y debajo del techo bajo pendía una lámpara entre una niebla de suspiros que se balanceaba en silencio por alguna sacudida terrestre. En medio del suelo yacía Yeliséi; sus ojos, durmiendo, estaban casi completamente cerrados y miraban, sin pestañear, a la lámpara encendida. Tras haber encontrado a Vóschev, Chiklin se

tumbó a su lado y se quedó tranquilo hasta entrada la mañana luminosa.

Por la mañana, los transeúntes descalzos del koljós se pusieron en fila en el Patio de la Organización. Cada uno de ellos tenía una bandera con una consigna en las manos y una bolsa con alimentos a la espalda. Esperaban al militante activo, el hombre elemental del koljós, para saber por él la razón de ir a lugares ajenos.

El militante llegó al Patio junto con el personal de vanguardia y, habiendo distribuido a los transeúntes en forma de estrella quíntuple, se situó en medio de todos y pronunció sus palabras, que indicaban a los transeúntes que fueran al medio de la pobreza campesina circundante y le mostraran la naturaleza del koljós por la vía de alistarse al orden socialista, pues de todas formas en lo venidero les iría mal. Yeliséi sujetaba la bandera más larga y, tras escuchar sumiso al militante, arrancó a andar con paso acostumbrado sin saber dónde debía detenerse.

La mañana estaba húmeda y soplaba el frío desde los lugares hueros y lejanos. Esta circunstancia tampoco la dejó pasar la estructura activa.

—¡Desorganización! —dijo con abatimiento el militante sobre ese viento de la naturaleza que daba frío.

Los viajeros pobres y medianos continuaron su camino y desaparecieron en la lejanía, en las extensiones vacías. Chiklin seguía con la mirada aquella colectivización descalza que se marchaba, sin saber qué debía proponerse a continuación, mientras que Vóschev estaba callado y sin ideas. De una nube grande que se había parado encima de la tierra labrantía apartada y remota empezó a caer un muro de lluvia que envolvió a los que marchaban en medio de la humedad.

—Pero ¿dónde se han ido? —dijo un prokulak aislado de la población por dañino en el interior del Patio. El militante activo le había prohibido que saliera más allá del zarzo y el prokulak se manifestaba a través de él—. Estos zapatos son para diez años, ¿a dónde se van a arrastrarlos?

—¡Arréale! —le dijo Chiklin a Vóschev.

Vóschev se acercó al prokulak y le golpeó en la cara. Este no volvió a abrir la boca.

Vóschev regresó cerca de Chiklin con su habitual perplejidad sobre la vida circundante.

—Chiklin, mira cómo sale el koljós al mundo: mustio y descalzo.

—Precisamente por eso van, porque están descalzos —dijo Chiklin —. No tienen razón para estar alegres: el koljós es un asunto cotidiano.

—Supongo que Jesucristo también caminaba mustio, y en la naturaleza había lluvia insignificante.

—Tienes mente de campesino pobre —respondió Chiklin—. Jesucristo caminaba solo y se desconoce para qué, mientras que aquí se mueven montones enteros para existir.

El militante activo también se encontraba en el Patio de la Organización; la noche pasada había pasado para él de balde: la instrucción no había bajado al koljós, y él había dejado pasar la corriente de una idea a su propia cabeza, pero la idea le había traído el miedo a las omisiones. Temía que el bienestar se agolpara en los patios individuales y él lo pasara por alto. Al mismo tiempo, recelaba del exceso de celo, por eso había socializado solo el ganado equino, sufriendo por las vacas, ovejas y pájaros solitarios, porque en manos de un campesino individual aleatorio o en el de las cabras puede estar la palanca del capitalismo.

Haciendo frente a la fuerza de su propia iniciativa, inmóvil estaba el militante en medio de la calma general del koljós y sus camaradas ayudantes miraban esos labios callados sin saber hacia dónde debían moverse. Chiklin y Vóschev salieron del Patio y se dirigieron a buscar el material inerte para comprobar su aptitud.

Habiendo recorrido cierta distancia, se pararon en el camino porque en el lado derecho de la calle se abrió solo, sin el trabajo de un hombre, un portalón y empezaron a salir unos caballos tranquilos. Con paso regular, sin bajar la cabeza hasta el alimento que crecía en la tierra, los caballos dejaron atrás la calle como una masa compacta y bajaron al barranco, donde se conservaba el agua. Una vez hubieron bebido dentro de la norma, los caballos entraron en el agua y se quedaron aquí el tiempo de limpiarse; después, salieron a la aridez de la orilla y emprendieron el camino de vuelta, sin perder ni la formación ni la compactación entre ellos. Pero al llegar a las primeras casas, los caballos se dispersaron: uno se paró a la altura de un tejado de paja y empezó a arrancarla; otro, inclinado, recogía en la boca los haces restantes de heno ralo, mientras que los caballos más taciturnos entraron a una hacienda y cogieron en los lugares conocidos, familiares, una gavilla cada uno y, con ella en la boca, salieron a la calle. Cada animal había recogido porciones de alimento con arreglo a sus fuerzas y las transportaba con cuidado en dirección al portalón del que habían salido antes todos los caballos. Los que habían llegado primero se habían quedado parados en el portalón común y esperaban a la masa equina que faltaba y, cuando ya se hubieron reunido todos, el caballo de delante empujó de par en par el portalón con la cabeza y toda la formación equina y su alimento se marchó al patio. Dentro, los caballos abrieron la boca, el alimento cayó a un montón central y, entonces, el ganado socializado se situó alrededor y empezó a comer

lentamente, amansado organizadamente sin desvelos humanos.

Vóschev miraba asustado a los animales por una rendija del portalón; lo sorprendía la tranquilidad espiritual de las bestias masticando, como si todos los caballos se hubieran convencido con precisión del sentido koljosiano de la vida y él fuera el único que vivía y penaba peor que un caballo.

Más allá del patio de los caballos se encontraba una isba desheredada que se alzaba sin hacienda ni tapia en un lugar de tierra pelada. Chiklin y Vóschev entraron en la isba y observaron que había un aldeano tumbado bocabajo en un banco. Su mujer recogía el suelo y, al ver a los huéspedes, se enjugó la nariz con el extremo de su pañuelo y entonces le empezaron a correr lágrimas habituales.

—¿Qué tienes? —le preguntó Chiklin.

—Ay, corazón, ay —dijo la mujer, y su llanto se hizo más abundante.

—¡Sécate ya mismo y habla! —Chiklin hizo que entrara en razón.

—Aquí mi aldeano, que no es el primer día que está hundido y tumbado… Mujer, me dice, méteme la comida en las entrañas, yo estoy aquí acostado y hueco, mi alma se ha marchado de mi cuerpo y mi carne, me da miedo salir volando, ponme en la camisa algo que pese, me grita. En cuanto llega la tarde, le ato el samovar a la tripa. ¿Cuándo llegará algo?

Chiklin se acercó al campesino y le dio la vuelta, era en verdad ligero y delgado, y sus ojos pálidos y petrificados no expresaban siquiera timidez. Chiklin se agachó hasta él.

—Bueno, ¿qué?, ¿respiras?

—Si me acuerdo, tomo aire —respondió débilmente el hombre.

—¿Y si te olvidas de respirar?

—Entonces, palmaré.

—Puede que no sientas el sentido de la vida, aguanta un poco —dijo Vóschev al acostado.

La mujer del dueño examinaba poco a poco pero con precisión a los recién llegados y, a causa de la acritud de sus ojos, se le secaron con insensibilidad las lágrimas.

—Lo presentía todo, camaradas, ¡lo veía todo con el alma! Pero en cuanto se llevaron el caballo para la organización, se tumbó así y dejó de hacerlo. Al menos yo lloro un poco, pero él, nada.

—Estaría bien que llorara, se sentirá mejor —fue el consejo de Vóschev.

—Ya se lo he dicho. ¿Acaso puede uno tumbarse y no hablar? La autoridad puede asustarse. Por si acaso, y esto es verdad verdadera, se ve que ustedes son buena gente, en cuanto salgo a la calle, me deshago en lágrimas. Y resulta que el camarada militante me vio,

andaba mirando por todas partes, porque estaba contando astillas; pues en cuanto me vio, me ordenó: llora, mujer, llora con más fuerza, ha salido el sol de la vida nueva y su luz hiere vuestros ojos oscuros. Pero su voz era normal, así que veo que no me va a pasar nada y lloro con todas mis ganas…

—Por lo tanto, este aldeano tuyo hace muy poco que existe sin aplicación espiritual —se informó Vóschev.

—Cuando dejó de reconocerme como su mujer, cuenta que desde entonces.

—Su alma es el caballo —dijo Chiklin—. Deja que viva ahora sin carga ni mercancía, el viento lo soplará.

La mujer abrió la boca, pero se quedó sin sonido, porque Vóschev y Chiklin ya habían salido por la puerta.

Había otra isba dentro de la hacienda grande cercada con zarzos y, dentro de esta isba, había un aldeano tumbado en un féretro vacío, cual finado, que abría los ojos ante cualquier ruido. Sobre la cabeza del semidifunto una mariposa llevaba ardiendo varios días y, de cuando en cuando, el propio yaciente le añadía aceite de una botellita. Vóschev apoyó la mano en la frente del difunto y notó que el hombre estaba caliente. El aldeano lo sintió y contuvo por completo la respiración, deseando enfriar más su exterior. Apretó los dientes y no permitió que el aire pasara a su hondura.

—Y ahora se ha puesto frío —dijo Vóschev.

Con todas sus fuerzas oscuras, el aldeano detuvo el latido interior de vida, pero la vida no podía cesar en él por su longeva aceleración. «Vaya cómo eres, venerable fuerza —pensaba entre tanto el yaciente —; voy a agotarte de todas formas, así que es mejor que te mueras sola».

—Parece que ha vuelto a coger calor —descubrió Vóschev según transcurrió cierto tiempo.

—Eso es que todavía no tiene miedo, fuerza prokulak —dijo Chiklin.

Por su cuenta, el corazón se le subió al alma al aldeano, a la estrechez de la garganta, y aquí se le encogió, liberando el calor de la peligrosa vida hasta la piel superior. El hombre sacudió los pies para ayudar al corazón a temblar, pero el corazón, sin aire, estaba agotado y no podía hacer esfuerzos. Abrió muchísimo la boca y gritó de angustia por la muerte, compadeciéndose de sus huesos enteros reducidos a polvo, de la fuerza sanguínea de su cuerpo descomponiéndose en podredumbre, de sus ojos desaparecidos para la luz del día y del patio de su eterna orfandad.

—Los muertos no hacen ruido —dijo Vóschev al aldeano.

—No lo haré —accedió el yaciente y se quedó quieto, feliz por

haber complacido a la autoridad.

—Se enfría —Vóschev palpó el cuello del aldeano.

—Apaga la mariposa —dijo Chiklin—. La luz prendida justo encima, pero tiene los ojos fruncidos, mira dónde no tenemos avaricia para con la revolución.

Cuando hubieron salido al aire libre, Chiklin y Vóschev se encontraron con el militante activo, iba a la isba de lectura por asuntos de la revolución cultural. Después de esto, su obligación era visitar una vez más a todos los campesinos medios individuales que se habían quedado sin koljós para convencerlos de la irracionalidad del capitalismo de patio cercado.

En la isba de lectura estaban las mujeres y muchachas del koljós, organizadas de antemano.

—¡Saludos, camarada militante! —dijeron todas a la vez.

—¡Saludos al cuadro! —respondió pensativo el militante y se paró para hacer una consideración silenciosa—. Y ahora vamos a repetir la letra «a», prestad atención a mis noticias y escribid…

Las mujeres se apoyaron en el suelo, porque la isba de lectura estaba completamente vacía, y empezaron a escribir con trocitos de yeso en tablillas. Chiklin y Vóschev también se agacharon y se sentaron, con el deseo de reforzar su conocimiento del abecedario.

—¿Qué palabras empiezan por «a»? —preguntó el militante activo.

Una muchacha feliz se incorporó sobre las rodillas y respondió con toda la rapidez y ánimo de su inteligencia:

—Avance, activo, aleluyador, adelante, archiizquierdista, ¡antifascista! Hay que poner signo duro en todas, solo archiizquierdista no lo necesita.[11]

—Correcto, Makárovna —apreció el militante activo—. Escribid estas palabras sistemáticamente.

Aplicadas, las mujeres y las jóvenes se apoyaron en el suelo y, perseverantes, empezaron a dibujar letras utilizando yeso arañador. El militante activo, mientras, se quedó embobado mirando por la ventana, meditando sobre algún camino que vendría después o, quizá, penando por su solitaria conciencia.

—¿Para qué escriben el signo duro? —preguntó Vóschev.

El militante giró la cabeza.

—Porque en las palabras se manifiestan las líneas y las consignas y nos resulta más útil el signo duro que el blando. Hay que derogar al blando ese, mientras que el duro es inevitable: forma la rigidez y la precisión de las formulaciones. ¿Os ha quedado claro a todas?

—Sí, a todas —respondieron todas.

—A continuación, escribid conceptos con la «b». ¡Dinos, Makárovna!

—Bolchevique, burgués, bulto, presidente estable, el koljós es el bien del pobre, ¡bravo, bravo, leninistas! Se pone signo duro en bolchevique y también al final de koljós, ¡allí hay sitios blandos por doquier!

—Has olvidado burocratismo —dictaminó el militante—. Hale, a escribir. Makárovna, tú acércate corriendo a la iglesia para encenderme la pipa.

—Ya voy yo —dijo Chiklin—. No distraigas de la mente al pueblo.

El militante desmenuzó en la pipa briznas de lampazo y Chiklin se fue a encenderla con fuego. La iglesia estaba en un extremo de la aldea y detrás de ella ya había empezado la vacuidad del otoño y el eterno espíritu de conciliación de la naturaleza. Chiklin observó esa calma pobre, las lejanas varas de sauce helándose en el campo arcilloso, pero de momento no fue capaz de poner objeciones a nada.

Cerca de la iglesia crecía hierba vieja y olvidada y no había senderos ni otras huellas de tránsito humano, es decir, que la gente hacía mucho que no oraba en el templo. Chiklin atravesó la espesura de plantas de sal y lampazo hasta la iglesia y luego puso un pie en el atrio. No había nadie en el nártex frío, solo un gorrión que, acurrucado, vivía en un rincón; pero este no se asustó de Chiklin, se limitó a mirar en silencio al hombre, decidido, al parecer, a morir pronto en la oscuridad del otoño.

En el templo ardían muchas velas; la luz de la cera silenciosa, abatida, volvía bastante definido todo el interior de la estancia hasta lo más latente de la cúpula, y los pulcros rostros de los santos con expresión de indiferencia miraban el aire muerto como habitantes de ese mundo, del tranquilo, pero el templo estaba vacío.

Chiklin encendió la pipa en una vela próxima y vio que en la parte delantera, en el ambón, había alguien más fumando. Y así era: en un peldaño del ambón estaba sentado un hombre, y fumaba. Chiklin se acercó.

—¿Viene de parte del camarada militante? —preguntó el fumador.

—¿A ti qué más te da?

—Lo sé por la pipa.

—¿Y tú quién eres?

—Era pope, pero ahora me he desligado de mi propia alma y me he pelado al estilo foxtrot, ¡echa un vistazo!

El pope se quitó el gorro y le enseñó a Chiklin la cabeza, elaborada como la de una muchacha.

—No está mal, ¿verdad? De todas formas, no se fían, dicen que creo en secreto y que soy un canalla claro para el campesinado pobre. Es menester que trabaje y gane antigüedad para que me acepten en el círculo del ateísmo.

—¿Y cómo se la está ganando un veneno como tú? —preguntó Chiklin.

El pope plegó la amargura en el corazón y respondió de buena gana:

—Vendo velas al pueblo, ya lo ves, toda la sala brilla. El dinero se amontona en el cepillo y va al militante activo para un tractor.

—¡Déjate de cuentos! ¿Dónde está el pueblo devoto?

—Aquí no puede haber un pueblo —le informó el pope—. El pueblo solamente compra velas y se las pone a Dios, que está huérfano, en el lugar de sus oraciones, y al momento sale a ocultarse.

Chiklin lanzó un suspiro furibundo y preguntó otra vez:

—A ver, ¿y por qué el pueblo no se santigua aquí, canalla?

El pope se puso de pie delante de él para mostrar respeto, decidido a informar con precisión:

—No está permitido santiguarse, camarada: eso yo lo anoto rápido y veloz en la hoja de responsos…

—¡Sigue! ¡Más deprisa! —indicó Chiklin.

—Yo no ceso en mis palabras, camarada brigada, es que soy de ritmo débil, aguante un poco… Y esas hojas con las indicaciones de la persona que hace la señal de la cruz con mano activa, que inclina su cuerpo ante la fuerza celestial o que realiza cualquier otro acto de honra a los santos prokulaks… Yo personalmente acompaño a medianoche a esas hojas a que vean el camarada activo.

—Acércate más —dijo Chiklin.

El pope bajó presto del pequeño umbral del ambón.

—Arruga el ceño, asqueroso.

El pope cerró los ojos y su cara expresó amabilidad complaciente. Chiklin, sin balancear el tronco, le dio al pope un golpe de conciencia en el pómulo. El pope abrió los ojos y volvió a fruncirlos, pero no podía caerse, no fuera a darle a Chiklin idea de insubordinación.

—¿Quieres vivir? —preguntó este.

—Mi vida es inútil, camarada —respondió el pope juiciosamente —. Ya no siento los encantos de la creación, me he quedado sin Dios y Dios, sin el hombre…

Habiendo dicho estas últimas palabras, el pope se inclinó sobre la tierra y empezó a rezar a su ángel de la guarda, rozando el suelo con la cabeza estilo foxtrot.

En la aldea resonó un largo silbido y, después, los caballos empezaron a relinchar.

El pope detuvo la mano orante y descifró el significado de la señal.

—Reunión de fundadores —dijo con humildad.

Chiklin salió de la iglesia a la hierba. Por la hierba caminaba una

mujer en dirección a la iglesia, enderezando a su paso las plantas de sal aplastadas, pero, al ver a Chiklin, se quedó atónita en el sitio y, del susto, le tendió una moneda por una vela.

Un gentío denso tapaba el Patio de la Organización; estaban presentes los miembros organizados y los campesinos individuales no organizados, también quien era pobre y débil de conciencia o tenía una porción de vida prokulak y no había ingresado en el koljós.

El militante activo estaba situado en un porche elevado y con tristeza callada observaba el movimiento de la masa viva sobre la tierra vespertina, húmeda; quería calladamente al campesinado pobre que, habiendo comido apenas un sencillo pan, se lanzaba deseoso hacia delante, hacia un futuro invisible, pues de todas formas para ellos la tierra estaba vacía e inquieta; a escondidas regalaba confites urbanos a los chiquillos de los desheredados y, con la llegada del comunismo a la economía agrícola, decidió aceptar la situación hacia el casamiento, tanto más cuanto entonces salieron a la luz más mujeres. Y ahora un niño pequeño estaba cerca del militante activo y lo miraba a la cara.

—¿Qué haces ahí mirándome así? —preguntó el militante—. Toma, un confite.

El niño cogió el confite, pero solo el alimento era poco para él.

—Tío, ¿por qué si eres el más inteligente no llevas gorra de paño? [12]

Sin responder, el militante activo acarició la cabeza del chiquillo; el niño mordisqueó y rompió sorprendido el confite entero, pétreo: brillaba como el hielo partido y en su interior no había otra cosa sino dureza. El niño le devolvió al militante la mitad del confite.

—Termínatelo tú, no tiene corazón de confitura, es una colectivización completa, ¡pocas alegrías nos quedan!

El militante activo sonrió con conciencia perspicaz, y es que había presentido que aquel niño iba a recordarlo a él en la madurez de su vida, que lo recordaría en medio del mundo en llamas del socialismo, obtenido por la fuerza concentrada de las estructuras activas de las casas con zarzos de las aldeas.

Vóschev y otros tres aldeanos convencidos llevaban troncos hasta la puerta cochera del Patio y aquí los apilaban (el militante les había dado de antemano indicaciones para este trabajo). Chiklin había seguido a los trabajadores y, haciéndose con un tronco cerca del barranco, lo cargó hasta el Patio: que hubiera más provecho en el perol común para que no hubiera tanta tristeza alrededor.

—Bueno, ¿cómo lo vamos a hacer, ciudadanos? —dijo el militante activo a la materia del pueblo que se encontraba enfrente de él—. ¿Qué habéis pensado, tenéis intención de volver a sembrar capitalismo

o habéis reconsiderado vuestra conducta?

Los organizados se habían sentado en el suelo y fumaban, acariciándose con sentimiento de satisfacción unas barbas que en el último medio año parecieran haber crecido más ralas; mientras, los no organizados seguían de pie venciendo a su alma inútil, pero un ayudante de la estructura activa les había explicado que en su interior no había alma, sino solo disposición para la propiedad, y ahora no sabían qué iba a ser de ellos en vista de que no iba a haber propiedades. Otros, encorvados, se golpeaban el pecho y escuchaban las ideas provenientes de ahí, pero el corazón latía flojo y triste, como hueco, y no respondía. La gente que estaba de pie no se apartaba ni por un instante de la vista del militante; los que estaban más cerca del porche miraban al dirigente con deseo en unos ojos no parpadeantes para que aquel pudiera ver su preparada disposición.

Para entonces, Chiklin y Vóschev ya habían puesto fin al transporte de troncos y se pusieron a desbastarlos, quitando las puntas de todos los extremos e intentando organizar un objeto grande. No había sol en la naturaleza, ni el día anterior ni en ese momento, y la abatida tarde cayó pronto sobre los campos húmedos; el silencio se extendía por todo el mundo visible, solo el hacha de Chiklin daba golpes en medio de él y respondía con un crujido decrépito al cercano molino y a los zarzos.

—Bueno, ¿qué me decís? —dijo paciente el militante desde arriba —. ¿O vais a quedaros ahí parados entre el capitalismo y el comunismo? Mirad que ya es hora de moverse, ¡en la provincia ya vamos por la decimocuarta sesión plenaria!

—Camarada activo, permita que nos quedemos un ratín más en el medio —pidieron los aldeanos de detrás—. Quizá así nos hagamos a las costumbres, para nosotros la costumbre es un asunto importante, ¡así soportamos todo!

—Bien, quedaos ahí mientras el campesinado pobre esté sentado — autorizó el militante—. De todas formas, al camarada Chiklin no le ha dado tiempo a ensamblar los troncos en un único bloque.

—¿Y para qué estropear los troncos, camarada activo? —preguntó un campesino medio que estaba por detrás.

—Para la liquidación de clase se está organizando una balsa, para que en el día de mañana el sector kulak baje por el río hasta el mar y más lejos todavía…

Sacando las hojas de responsos y el registro de estratificación de clases, el militante empezó a hacer señales en los papeles; su lápiz era de colores y él utilizaba, bien el color azul, bien el rojo, y otras veces simplemente resoplaba y pensaba, sin poner señales hasta haber tomado una decisión. Los aldeanos que estaban de pie tenían la boca abierta y miraban al lápiz con la angustia del alma débil que había

surgido en su interior de los últimos restos de propiedad, y que había empezado a sufrir. Chiklin y Vóschev aplanaban con dos hachas a la vez, y los troncos iban acumulándose y formando un lugar espacioso.

Un campesino medio que estaba cerca apoyó la cabeza en el porche y se quedó así un tiempo tranquilo.

—Camarada activo, pero camarada…

—Habla claro —le propuso el militante mientras seguía con sus cosas.

—Permite que nos aflijamos por nuestra pena en la noche restante, ya después nos alegraremos toda la vida con vosotros.

El militante pensó brevemente.

—La noche es larga. Y a nuestro alrededor los ritmos los marca el distrito, afligíos hasta que esté lista la balsa.

—Bueno, al menos hasta la balsa, eso ya es una alegría —dijo el aldeano medio, y se echó a llorar para no perder el tiempo de su última pena. Las mujeres, que estaban detrás de los zarzos del Patio, soltaron todas a una tales alaridos sinceros que Chiklin y Vóschev dejaron de cortar el árbol con las hachas. El campesinado pobre —los miembros organizados— se levantó del suelo, contento de que no le tocara lamentarse, y se marchó a mirar la propiedad común, esencial, de su aldea.

—Retírate tú también por un rato —le pidieron al militante activo dos campesinos medios—. Déjanos no verte.

El militante se apartó del porche y se fue a casa, donde con avidez empezó a escribir un informe sobre el cumplimiento exacto de las medidas para la colectivización completa y sobre la liquidación, por medio de la flotación de una balsa, de los kulaks como clase; en este sentido, el militante no pudo poner después de la palabra «kulak» una coma, puesto que en la instrucción no estaba.[13] A continuación, le pidió a la provincia una nueva campaña militar para que la estructura activa local trabajara sin interrupción y con claridad trazara la línea general en el camino hacia delante. El militante habría deseado también que en su resolución la provincia lo hubiera declarado el más ideológico de toda la superestructura provincial, pero ese deseo se apaciguó sin consecuencias, porque se acordó de que después de la campaña de acopio de grano le tocó declarar sobre sí mismo que era la persona más inteligente de la aldea en esa etapa y, al oírlo, un aldeano se declaró mujer.

La puerta de la casa se abrió y por ella llegó el ruido de las cuitas de la aldea; el hombre que había entrado se limpió la humedad de la ropa y después dijo:

—Camarada activo, ha empezado a nevar y sopla el frío.

—Que nieve, ¿o es que nos pasa algo?

—A nosotros nada, a nosotros da igual lo que nos pase, ¡que lo domeñaremos! —no tuvo objeción alguna el campesino pobre de mediana edad que había aparecido. Estaba continuamente sorprendido de estar todavía vivo y en este mundo, porque no tenía nada, excepto las hortalizas de su huerto y unas ventajas para el campesinado pobre, y no lograba en modo alguno alcanzar una vida superior de satisfacción.

—Dime, camarada principal, para que me consuele: ¿me apunto al koljós para descansar tranquilo o me espero?

—Apúntate, claro, ¡o te mandaré al océano!

—Los campesinos pobres no tenemos miedo en ningún lado. Me habría apuntado hace mucho, es solo que me da miedo sembrar a Zoia.

—¿A qué Zoia? Si te refieres a la soja, ¡es un cereal oficial!

—Esa puta, sí.

—Bien, no siembres, tendré en cuenta tu psicología.

—Sí, por favor.

Tras inscribir al campesino en el koljós, el militante activo estaba obligado a darle un recibo de su admisión como miembro y de que en el koljós no habría Zoia, y se inventó allí mismo un modo oportuno de hacer ese recibo, porque el campesino pobre no se iría sin él ni por asomo.

Afuera en ese momento caía una nieve fría cada vez más espesa; con la nieve la tierra se amansaba, pero los sonidos de la disposición de ánimo de los campesinos medios impedían que llegara la calma completa. El viejo labrador Iván Semiónovich Krestinin besaba los árboles jóvenes de su jardín y los destruía desde la raíz fuera del terreno; mientras, su mujer se lamentaba sobre las ramas desnudas.

—No llores, vieja —decía Krestinin—. En el koljós serás la buscona de los aldeanos. Pero estos árboles son mi carne, deja que se me atormente ahora, ¡ya se aburrirá cuando se socialice en el cautiverio!

Al oír las palabras de su marido, la mujer empezó a revolcarse por el suelo, mientras que otra mujer —quizá una vieja solterona o una viuda en vida— primero echó a correr por la calle y vociferó en tono monástico de arenga que Chiklin quería pegarle un tiro, pero después vio que la mujer del campesino rodaba por el suelo y también se tiró y empezó a agitar las piernas con medias de paño.

La noche había cubierto todas las dimensiones de la aldea, la nieve hacía el aire impenetrable y cerrado, un aire donde el pecho se ahogaba, pero aun así las mujeres lanzaban gritos por doquier y, para acostumbrarse a la pena, sostenían un aullido permanente. Los perros y otros animales pequeños y nerviosos también sostenían los sonidos de la pena, y el koljós estaba alborotado e inquieto como en la ropería

de una casa de baños; los aldeanos medios y altos trabajaban en silencio en patios y establos, guarecidos del lamento de las mujeres en los portalones abiertos de par en par. Los caballos restantes, los no socializados, dormían tristes en los potros, atados a ellos con la firmeza necesaria para que no se cayeran, porque algunos caballos ya estaban muertos; a la espera del koljós, los aldeanos sin pérdidas mantenían a los caballos sin alimentos, para así socializar solo su cuerpo y no arrastrar a los animales al dolor.

—¿Estás viva, sustento nuestro?

El caballo dormitaba en la cuadra, la cabeza sensible agachada para siempre, un ojo estaba débilmente entornado, para el otro no tenía fuerzas, así que se quedó mirando las tinieblas. El cobertizo se había quedado frío sin la respiración caballar, la nieve había empezado a caer en el interior, se posaba en la cabeza de la yegua y no se derretía. El dueño apagó la cerilla, abrazó al equino por el cuello y se quedó allí con su orfandad, olfateando de memoria el sudor de la yegua, como si estuviera en el campo de labor.

—Entonces, ¿has muerto? Bueno, no pasa nada, yo también moriré pronto, estaremos en paz.

Sin ver al hombre, un perro entró en el cobertizo y olfateó la pata trasera de la yegua. Después empezó a gruñir, hincó la boca en la carne y arrancó un trozo de bovino. El blanco de los dos ojos de la yegua se hizo visible en la oscuridad —utilizaba los dos para ver— y, cambiando de pata, se movía adelante y atrás: el sentimiento de dolor no le dejaba olvidarse de la vida.

—¿Quizá vayas al koljós? Vete, yo esperaré —dijo el dueño de la casa.

Tomó un manojo de heno de un rincón y lo acercó a la boca de la yegua. Los sitios oculares del equino se oscurecieron, ya había clausurado su última vista, pero todavía sentía el olor de la hierba, por eso sus ollares se agitaban y la boca se separó en dos, aunque no podía masticar. Su vida se volvía cada vez más reducida, aun siendo capaz de haber regresado dos veces para doler y para comer; después los ollares ya no se agitaron más ante el heno y dos perros nuevos roían con indiferencia una pata trasera, pero la vida de la yegua todavía estaba entera: solo se empobrecía en su distante miseria, dividiéndose en trozos cada vez más menudos y no terminaba de fatigarse.

La nieve caía sobre la tierra fría con intención de quedarse en invierno; antes de dormir, su manto apacible se estiró sobre toda la tierra visible, y solamente alrededor de las vaquerizas se derretía la nieve y estaba negra la tierra, porque la sangre cálida de las vacas y de las ovejas salía al exterior por debajo de las tapias y los sitios veraniegos quedaban al descubierto. Habiendo liquidado sus últimos bienes vivos y respirantes, los aldeanos se pusieron a comer carne de

bovino y castigaron a todos los suyos haciendo que también la comieran; se tomaron el bovino en un breve periodo de tiempo, como en una eucaristía: nadie quería comer, pero había que esconder la carne del ganado familiar en el cuerpo propio y protegerla así de la socialización. Otros aldeanos más calculadores se habían hinchado tiempo atrás con la comida carnicera y les costaba andar, parecían cobertizos en movimiento; había otros que vomitaban continuamente, pero no eran capaces de separarse de las bestias y apuraban hasta los huesos, sin esperar ninguna utilidad de su estómago. El que había tenido tiempo para comerse por adelantado a sus animales o el que los había soltado en la reclusión koljosiana se tumbaba en un ataúd vacío y vivía allí dentro, como si fuera una casa estrecha, sintiendo una paz tapiada.

En una noche así, Chiklin abandonó el desbaste de la balsa. Vóschev también había debilitado hasta tal punto su cuerpo sin ideología que no podía levantar el hacha, y se tumbó sobre la nieve: de todas formas, no existía la verdad en este mundo o quizá hubiera estado en alguna planta o en una criatura heroica, pero debía de haber pasado un pobre viajero y haberse comido la planta o pisoteado a la criatura hasta enterrarla, y este habría muerto después en un barranco otoñal y el viento habría soplado su cuerpo hasta la nada.

El militante activo vio que la balsa no estaba lista en el Patio de la Organización; sin embargo, a la mañana siguiente debía enviar a la provincia el balance total, por eso soltó un silbido rápido para una asamblea constituyente general. El pueblo acudió desde casa al silbido y se presentó en la plaza del Patio como una estructura aún sin organizar. Las mujeres ya no lloraban y tenían la cara seca, los aldeanos también se conducían con abnegación, dispuestos a organizarse para siempre. Acercándose unos a o otros, la gente formó sin hablar una espesura completa de campesinos medios y no apartaba la vista del porche, donde se encontraba el militante con un farol en la mano; debido a esa luz propia, no podía ver la variada menudencia en los rostros de la gente, pero a él sí que lo observaban todos con claridad.

—¿Estáis preparados o qué? —preguntó el militante.

—Espera —le dijo Chiklin—. Deja que se despidan hasta la vida futura.

Los aldeanos ya se estaban preparando para algo, pero uno de ellos pronunció en el silencio:

—¡Danos otro instante de tiempo!

Habiendo dicho estas palabras, el aldeano abrazó a su vecino, lo besó tres veces y se despidió de él.

—¡Hasta siempre, Yegor Semiónych, perdóname!

—No hay nada que perdonar, Nikanor Petróvich, perdóname tú a mí también.[14]

Todos y cada uno empezaron a besar a toda una sucesión de gente, abrazando un cuerpo hasta entonces extraño, y todas las bocas besaban a todos y cada uno con pena y afecto.

—Hasta siempre, tía Daria; no me guardes rencor porque te quemara el cobertizo de las gavillas.

—Dios te perdone, Aliosha. De todas formas, el cobertizo ahora no es mío.

Muchos de los que se rozaban con labios recíprocos se quedaban cierto tiempo en tal sentimiento y así recordar para siempre al nuevo pariente, porque hasta ese momento habían vivido sin memoria el uno del otro y sin piedad.

—Hale, Stepán, seamos hermanos.

—Hasta siempre, Yegor, hemos vivido con ferocidad, pero moriremos siguiendo nuestra conciencia.

Después de los besos, hicieron reverencias hasta el suelo —cada uno a todos los suyos— y después se quedaron estirados, libres y vacíos de corazón.

—Camarada activo, ahora estamos listos, escríbenos a todos en una sola casilla y nosotros mismos te mostraremos a los kulaks.

Pero el militante activo ya tenía marcados de antes a todos los habitantes: quién iba al koljós y quién, a la balsa.

—¿Es que habíais empezado a hablar con conciencia? —dijo—. Eso quiere decir que el trabajo de clase de la estructura activa ha obtenido respuesta. Pues ahí está, ¡esa es la línea exacta hacia el mundo futuro!

Entonces Chiklin salió al porche elevado y apagó el farol del militante; incluso sin parafina la noche era clara por la nieve reciente.

—¿Bien ahora, camaradas? —preguntó Chiklin.

—Sí —dijeron por todo el Patio—. Ahora no podemos sentir nada, solo ha quedado polvo dentro de nosotros.

Vóschev estaba tumbado en un lado y no lograba en modo alguno quedarse dormido sin sentir la paz de la verdad en su propia vida, así que se levantó de la nieve y entró en el medio de la gente.

—¡Hola! —le dijo alegrándose al koljós—. Ahora sois como yo, yo también soy nada.

—¡Hola! —todo el koljós se alegró por un solo hombre.

Chiklin tampoco podía aguantar estar apartado en el porche mientras la gente estaba junta abajo; bajó al suelo, encendió una hoguera con material de zarzo y todos resolvieron entrar en calor cerca del fuego.

Ya era tarde, la noche se alzaba confusa sobre la gente y nadie más pronunció ni una sola palabra, solo se oía al perro que ladraba a la

antigua en una aldea extraña, como si existiera en una constante eternidad.

Chiklin fue el primero en despertarse, porque había recordado algo esencial, pero, cuando abrió los ojos, ya lo había olvidado. Delante de él estaba Yeliséi con Nastia en brazos. Llevaba unas dos horas con la niña cogida, por miedo a despertar a Chiklin, y la niña dormía tranquila, calentándose en el pecho cálido y entrañable de él.

—¿No habrás hecho daño a la niña? —preguntó Chiklin.

—No me atrevería —dijo Yeliséi.

Nastia abrió los ojos sobre Chiklin y empezó a llorar por él, pensaba que en el mundo todo era verdadero y para siempre y, si Chiklin se había ido, significaba que ella ya no lo encontraría en ningún otro sitio de este mundo. En el barracón, Nastia solía ver en sueños a Chiklin y ni siquiera quería dormir para no sufrir por la mañana, cuando esta empezara sin él.

Chiklin cogió en brazos a la niña.

—¿No te ha pasado nada?

—Nada —dijo Nastia—. ¿Estás haciendo aquí un koljós para Stalin? ¡Enséñame el koljós!

Chiklin se levantó del suelo, pegó la cabeza de Nastia a su cuello y marchó a deskulakizar.

—¿Zháchev no te ha ofendido?

—¿Cómo va a ofenderme si yo voy a quedarme en el socialismo y él se va a morir pronto?

—Claro, no podría —dijo Chiklin y prestó atención a la multitud. Un pueblo ajeno, forastero, se había instalado formando montones y pequeñas masas por todo el Patio, mientras el koljós todavía dormía en un agolpamiento general cerca de la hoguera nocturna, ahora extinguida. Por la calle del koljós también encontraron gente de fuera; en silencio y de pie aguardaban esa alegría por la que hasta aquí los habían traído Yeliséi y otros transeúntes koljosianos. Algunos de los viajeros rodeaban a Yeliséi y le preguntaban:

—¿Dónde está el bien koljosiano? ¿Es que hemos venido en vano? ¿Nos queda mucho de vagar sin detenernos?

—Dado que os han guiado hasta aquí, la estructura activa lo sabrá —respondía Yeliséi.

—Y tu activa está durmiendo, imaginamos.

—La estructura activa no puede dormir —dijo Yeliséi.

El militante salió al porche con sus ayudantes, cerca de él estaba Prushevski, mientras que Zháchev se arrastraba el último de todos. A Prushevski lo había enviado al koljós el camarada Pashkin, porque Yeliséi había pasado el día anterior por la zanja de cimentación y

había comido kasha donde Zháchev, pero a causa de la ausencia de su mente no fue capaz de decir ni una sola palabra. Al enterarse, Pashkin decidió lanzar cuanto antes a Prushevski al koljós, como cuadro de la revolución cultural, pues sin mente la gente organizada no debía vivir, mientras que Zháchev había partido por deseo propio como monstruo, y por eso aparecieron los tres con Nastia en brazos, y esto sin contar a los aldeanos del camino a los que Yeliséi ordenó que los siguieran para que se regocijaran en el koljós.

—Rápido, vaya y acabe la balsa —le dijo Chiklin a Prushevski—, enseguida vuelvo con usted.

Yeliséi se fue con Chiklin para mostrarle el bracero más oprimido, que llevaba desde que el mundo es mundo trabajando de balde en las casas acomodadas, pero ahora hacía de martillador en la herrería del koljós y recibía alimento y vituallas como herrero trasmano; sin embargo, este martillador no figuraba entre los miembros del koljós, sino que se le consideraba persona asalariada, y la línea sindical, habiendo recibido información sobre este bracero oficial, el único en toda la provincia, sentía profunda inquietud. Pashkin estaba realmente triste por ese proletario desconocido, el último de la provincia, y quería liberarlo cuanto antes de su opresión.

Cerca de la fragua estaba parado un automóvil y quemaba gasolina en el sitio; de él acababa de bajarse Pashkin, recién llegado junto con su mujer para descubrir con avidez activa al bracero residual y, proveyéndole de la mejor porción de vida, disolver a continuación el comité sindical provincial por negligencia en el servicio a la masa de miembros. Pero Chiklin y Yeliséi ni siquiera habían llegado a la herrería cuando el camarada Pashkin ya había salido del local y se marchaba de vuelta en el coche, la cabeza gacha mirando a la carrocería, como si no supiera qué iba a ser de él ahora. La esposa del camarada Pashkin no había salido del coche: se limitaba a guardar a su hombre de mujeres encontradizas y adorantes de la autoridad de su marido y que tomaban la firmeza de su dirección por la intensidad del amor que él podría darles.

Chiklin entró en la herrería con Nastia en los brazos; Yeliséi se quedó de pie fuera. El herrero bombeaba aire a la forja con un fuelle, mientras que un oso golpeaba a lo humano con un martillo una tira de hierro incandescente contra el yunque.

—¡Más rápido, Misha,[15] ya sabes que somos la brigada avanzada! —dijo el herrero.

El oso no necesitaba que le dijeran nada para esforzarse con tal celo que le olía el pelo chamuscado, quemado con las chispas del metal, pero, como se sentía útil, no se daba cuenta.

—Ya está, ¡para un poco! —determinó el herrero.

El oso dejó de dar golpes y, alejándose un poco, se bebió medio

cubo de agua de la sed que tenía. Se secó después la cara agotada de proletario, se escupió en la pata y se puso de nuevo con su labor de martillador. Ahora el herrero lo había puesto a forjar una herradura para un campesino individual de las afueras del koljós.

—Misha, espabila y termínalo, el dueño vendrá a la tarde, ¡correrá el líquido! —Y el herrero se señaló el cuello cual caño para el vodka. El oso, comprendiendo el futuro deleite, empezó a hacer la herradura con más ahínco—. Y tú, hombre, ¿a qué has venido? —preguntó el herrero a Chiklin.

—Deja libre al martillador para que nos muestre a los kulaks, dicen que tiene una gran experiencia proletaria.

El herrero meditó un poco sobre algo y dijo:

—¿Has acordado esta cuestión con la estructura activa? Porque la herrería tiene un plan financiero-industrial y puedes hacerlo fracasar.

—Está completamente acordada —respondió Chiklin—. Y si tu plan fracasa, yo mismo vendré a aumentar la producción. Has oído hablar del monte Ararat, ¿no? Pues si amontonara toda la tierra de mi pala en un solo sitio, habría sido así de alto.

—Bueno, entonces que vaya —se expresó el herrero—. Vete al Patio de la Organización y toca la campana para que Misha se entere de que es la hora del almuerzo o no se moverá, adora la disciplina.

Mientras Yeliséi iba indiferente camino del Patio, el oso había hecho cuatro herraduras y pidió más trabajo. Pero el herrero lo envió por leña para quemar después con ella el carbón, y el oso trajo un zarzo entero apropiado. Al ver al oso ennegrecido y atezado, Nastia se alegró de que estuviera de nuestra parte y no con los burgueses.

—El también pena, ¿verdad?, así que está con Stalin, ¿no? —decía Nastia.

—¡Y de qué manera! —respondía Chiklin.

—¡Las fieras también tienen sentimientos! —informó Nastia.

Resonó el tañido de la campana y acto seguido el oso dejó sin atender su trabajo; hasta ese momento había estado troceando el zarzo en partes diminutas, pero ahora estaba completamente estirado y suspiraba esperanzado: fin, era suficiente, decía. Bajó las patas al cubo con agua para remojarlas en algo limpio y después salió para recibir su comida. El herrero le señaló a Chiklin y el oso se fue tranquilamente detrás de él, acostumbrado a mantenerse estirado sobre las patas traseras. Nastia tocó el hombro del oso y el oso la rozó suavemente con la pata y bostezó con la boca bien abierta, de donde salió olor a su último alimento.

—Mira, Chiklin, está todo canoso.

—Ha vivido con gente, le han salido canas por la pena.

El oso esperó a que la niña volviera a mirarlo y, cuando se acabó la

espera, le guiñó un ojo; Nastia se echó a reír, el martillador se golpeó el estómago de forma que algo le empezó a gorgotear allí, con lo que Nastia se rio más todavía, pero el oso ya no prestaba atención a la pequeña.

Cerca de algunas casas hacía tanto frío como en el campo, pero cerca de otras podía sentirse calor. Las vacas y los caballos yacían en las haciendas con los cuerpos abiertos descomponiéndose, y el calor de la vida, longevo, acumulado bajo el sol, todavía salía de ellos al aire, al espacio completamente invernal. Chiklin y el martillador ya habían dejado atrás muchas casas, pero no habían liquidado kulaks en ningún sitio.

La nieve, que hasta entonces caía de los lugares más altos, ahora lo hacía con más frecuencia y rigurosidad: el viento encontradizo empezaba a producir ventisca, algo que solía pasar cuando el invierno se asentaba. Pero Chiklin y el oso andaban a través de la frecuencia de nieve fustigante en el orden directo de la calle, porque Chiklin era incapaz de tener en cuenta la disposición de ánimo de la naturaleza, se limitaba a esconder a Nastia del frío en su seno, dejando fuera solo la cabeza, para que no se agobiara en el calor oscuro. La niña estaba todo el tiempo pendiente del oso —le parecía bien que un animal también fuera clase obrera—, mientras que el martillador la miraba como a la hermana olvidada con la que había vivido y nutrido de grasa junto al vientre materno en el bosque veraniego de su infancia. Deseando dar una alegría a Nastia, el oso miraba a su alrededor: ¿qué podría agarrar o partir como regalo para ella? Pero cerca no había ni el más mínimo objeto feliz, solo viviendas de barro y paja y zarzos. Entonces, el martillador se quedó mirando fijamente el viento nevado y rápidamente atrapó en él algo pequeño, después, acercó la pata cerrada a la cara de Nastia. Esta extrajo de la pata una mosca, aunque sabía que ahora no había moscas: morían a finales del verano. El oso empezó a perseguir moscas por toda la calle, estas volaban formando nubarrones enteros y mezclándose con la nieve flotante.

—¿Cómo que hay moscas si es invierno? —preguntó Nastia.

—Por culpa de los kulaks, pequeña —dijo Chiklin.

Nastia aplastó en la mano la mosca kulak gorda que le había regalado el oso y dijo como añadidura:

—¡Mátalas como clase! O habrá moscas en invierno, pero no en verano, y los pájaros se quedarán sin nada para comer.

De pronto, el oso empezó a bramar cerca de una isba limpia y resistente y no quiso seguir andando, olvidado de las moscas y la niña. La cara de una mujer se clavó en el cristal de la ventana y por este rodó el líquido de unas lágrimas, como si la mujer las tuviera todo el tiempo listas. El oso abrió las fauces para la mujer visible y rugió con más furia, tanta que la mujer saltó hacia atrás dentro de la vivienda.

—¡Kulaks! —dijo Chiklin y se coló en el patio para abrir el portalón desde dentro. El oso también traspasó el límite de la propiedad y entró en la hacienda.

Chiklin y el martillador inspeccionaron primero los lugares domésticos más apartados. En el cobertizo, colmado de aristas, había cuatro o más ovejas para carne muertas. Cuando el oso tocó una de las ovejas con el pie, varias moscas alzaron el vuelo: vivían nutriéndose en las ranuras bovinas del cuerpo de la oveja y, alimentándose con celo, volaban saciadas entre la nieve, sin enfriarse ni un poco por ello. Del cobertizo al exterior salía el aliento del calor: en las rendijas cadavéricas del ganado cárnico debía de hacer calor como en la tierra de turba descomponiéndose en verano, y las moscas vivían allí con total normalidad. A Chiklin le costaba estar en el cobertizo grande, le parecía que estaban encendidas las estufas de una casa de baños, y Nastia frunció el ceño por el hedor y pensaba en por qué en el koljós hacía calor en invierno y no tenían las cuatro estaciones del año de las que le había hablado Prushevski en la zanja, cuando en los vacíos campos otoñales cesó el canto de los pájaros.

El martillador se fue del cobertizo a la isba y, rugiendo en el zaguán con voz hostil, lanzó por encima del porche un baúl añoso y enorme del que se esparcieron unas bobinas de coser.

Chiklin halló en la isba a una mujer y a un chiquillo; este andaba enfurruñado en el orinal y su madre, en cuclillas, parecía haber anidado en medio de la estancia, como si toda la sustancia de su interior se hubiera posado abajo; ya no gritaba, se limitaba a tener la boca abierta e intentaba respirar.

—¡Marido, ay, hombre mío! —empezó a llamar sin moverse por la debilidad que le causaba la pena.

—¿Qué? —respondió una voz desde la estufa; después crujió un ataúd resquebrajado y su dueño se asomó.

—Han venido los zares —pronunció despacito la mujer—, ven a recibirlos… ¡Ay, pobre de mí, qué amargura…!

—¡Fuera! —ordenó Chiklin a toda la familia.

El oso palpó la oreja del niño y este saltó del orinal; el oso, que no sabía qué era aquello, se sentó a probar la vasija baja.

El niño se quedó de pie con solo una camisa puesta y, al darse cuenta, miró al oso sedente.

—Oye, ¡devuélveme la caca! —pidió, pero el martillador le soltó un rugido leve, tenso por la incómoda posición.

—¡Fuera! —dijo Chiklin a la población kulak.

El oso, sin moverse del orinal, soltó un sonido por la boca, y el acomodado respondió:

—No alboroten, jefes, ya nos vamos.

El martillador recordó que en otros tiempos había descuajado tocones en los terrenos de ese aldeano y comido hierba de silenciosa hambre, porque el aldeano solo le daba de comer por las tardes de lo que les sobraba a los cerdos, mientras que los cerdos se acostaban en la artesa y se comían en sueños la ración del oso. Al acordarse de todo esto, el oso se levantó de la vasija, abrazó cómodamente el cuerpo del aldeano y, estrechándolo con tal fuerza que del hombre se salieron el sebo adquirido y el sudor, empezó a gritarle a la cabeza a diferentes voces: la cólera y los rumores hacían que el martillador casi hablara.

El acomodado, tras esperar a que el oso se librara de él, salió como estaba a la calle y pasó junto a la ventana, y solo entonces la mujer salió disparada tras él y el niño se quedó sin familia en la isba. Tras un momento de molesta perplejidad, agarró el orinal del suelo y salió corriendo detrás de su padre y de su madre.

—¡Es muy astuto! —dijo Nastia sobre el niño que se había llevado el orinal.

Después los encuentros con los kulaks se hicieron más densos. Solo tres casas después el oso empezó a bramar de nuevo indicando la presencia de su enemigo de clase. Chiklin entregó a Nastia al martillador y entró solo en la isba.

—¿Qué haces aquí, querido? —preguntó un aldeano amable, tranquilo.

—¡Sal fuera! —respondió Chiklin.

—¿Cómo? ¿Es que no he complacido a alguien?

—Necesitamos este koljós, ¡no nos lo descompongas!

El aldeano pensaba sin prisa, como si estuviera en una conversación cordial.

—Para koljós no os va a servir…

—¡Fuera, gusano!

—En fin, haréis de toda la república un koljós y toda la república será una explotación agrícola individual…

A Chiklin se le cortó la respiración, se lanzó sobre la puerta para abrirla y que se viera la libertad —de igual forma se había golpeado tiempo atrás contra la puerta cerrada de la cárcel, sin comprender el cautiverio, y había empezado a gritar por la fuerza que rechinaba en su corazón. Le dio la espalda al sensato aldeano para que este no sintiera su pesar transitorio, que solo atañía a la clase trabajadora.

—¡No es asunto tuyo, canalla! Podemos designar al zar cuando nos sea útil, y también podemos derribarlo de un solo soplido. Y tú… ¡desaparece!

Chiklin agarró al hombre por un lado, lo sacó fuera y lo tiró a la nieve; por pura avaricia, el aldeano no estaba casado, pues había empleado todo su cuerpo en la acumulación de propiedades, en la

felicidad de la solidez de la existencia, y ahora no sabía que debía sentir.

—¿Nos habéis liquidado? —dijo desde la nieve—. Mira, ahora yo no existo, mañana seréis vosotros quienes no existiréis. ¡Y resultará así que al socialismo llegará solo el importante!

Cuatro casas después el martillador volvió a rugir con odio. Del interior salió casi saltando su pobre habitante con una tortita en las manos. Pero el oso sabía que este amo lo había golpeado con una raíz leñosa cuando, por cansancio, paraba de tirar del tronco de la muela del molino. Ese aldeanucho hacía que el oso trabajara en el molino en lugar del viento para no pagar impuestos y, mientras, él gañía al estilo de los braceros y comía con su mujercita debajo de una manta. Cuando su mujer se quedaba grávida, el molinero con sus propias manos la hacía abortar, pues solo quería a su hijo mayor, al que hacía tiempo que había colocado entre los comunistas de la ciudad.

—¡Come, Misha! —El aldeano le regaló la tortita al martillador.

El oso se envolvió la pata con la tortita y golpeó la oreja del kulak con este forro cocido, tanto que la boca del aldeano balbuceó y luego este cayó derribado.

—¡Evacúa la propiedad bracera! —dijo Chiklin al caído—. ¡Fuera del koljós y no se te ocurra seguir vivo en este mundo!

El acomodado primero se quedó tumbado, luego se recobró.

—¡Enséñame el papel de que en verdad eres alguien!

—¿Qué dices de ser alguien? —respondió Chiklin—. Yo no soy nadie, somos un partido, ahí tienes quiénes somos.

—Pues enséñame al menos el partido, quiero examinarlo.

Chiklin esbozó una mínima sonrisa.

—No lo reconocerás por su cara, yo mismo apenas lo siento. ¡Preséntate ahora mismo en la balsa, capitalismo inmundo!

—Y que vaya por el mar, hoy aquí, mañana allá,[16] ¿no? —dijo Nastia—. Con el inmundo nos vamos a aburrir.

A continuación Chiklin y el martillador liberaron otras seis isbas adquiridas con el cuerpo y sangre de los braceros, y regresaron al Patio, donde permanecían a la espera de algo las masas purificadas de kulakismo.

Habiendo confrontado la clase kulak recién llegada con su propio registro estratificado, el militante activo encontró una exactitud total y se alegró mucho con la acción de Chiklin y el martillador de la herrería. Chiklin también dio el visto bueno al militante:

—Eres un valiente con conciencia —dijo—, sientes la clase como un animal.

El oso no podía expresar su opinión y, después de un rato apartado, se marchó a la herrería a través de la nieve que caía, donde

seguían zumbando las moscas; Nastia fue la única que lo vio marcharse y se compadeció de ese hombre anciano, chamuscado.

Prushevski ya había terminado los últimos retoques de los troncos de la balsa y ahora contemplaba a todos con disposición.

—Asqueroso —le dijo Zháchev—, ¿qué miras así, como si estuvieras en tu mundo? Vive con más valor, estrecha mi mano, ¡y dame dinero para grano! ¿Piensas que esta gente existe de veras? ¡Para nada! No es sino piel externa, todavía tenemos que ir lejos para llegar a la gente, ¡eso es lo que me da pena!

A una palabra del militante activo, los kulaks se agacharon y empezaron a mover la balsa hasta bien cerca del valle del río. Zháchev se arrastró detrás de colectivo kulak para garantizarle una zarpa segura al mar por la corriente y para con mayor fuerza tranquilizarse con que el socialismo llegaría, que Nastia lo recibiría como dote de soltera y que él, Zháchev, moriría muy pronto, como un prejuicio fatigado.

Zháchev no se tranquilizó con la liquidación de los kulaks en la lejanía, incluso se sentía peor, aunque desconocía la razón. Se quedó un buen rato observando cómo se alejaba sistemáticamente la balsa por el río que fluía nevado, cómo el viento de la tarde agitaba el agua oscura, muerta, que corría entre terrenos enfriados hacia su remoto abismo, y sintió tedio, sintió pesar en el pecho. Y es que el socialismo no necesitaba al estrato de tristes monstruos, y muy pronto también a él lo liquidarían enviándolo a alguna calma lejana.

El kulakismo miraba desde la balsa a un único lado: a Zháchev; la gente quería percibir para siempre su patria y al último hombre feliz sobre ella.

El convoy fluvial de kulaks empezaba a pasar un recodo de arbustos ribereños y Zháchev ya perdía la visibilidad del enemigo de clase.

—¡Eh, parásitos, hasta siempre! —gritaba Zháchev por el río.

—¡Has-ta-siem-pre! —contestaban los kulaks que flotaban hacia el mar.

En el Patio empezó a sonar una música que llamaba a avanzar; Zháchev se arrastró rápidamente por la pendiente de arcilla para llegar a los festejos del koljós, aunque sabía bien que aquí solo se liquidaba a los antiguos participantes del imperialismo, que Nastia y la demás infancia no contaban.

El militante había salido al porche del Patio con el megáfono de una radio, en él sonaba la marcha de la gran expedición y todo el koljós, junto con los invitados a pie de los alrededores, pataleaban alegres sin moverse del sitio. Los aldeanos del koljós tenían la cara

luminosa, como lavada, en su vacío espiritual ahora ya no sentían lástima por nada, nada les resultaba ignoto o frío. Cuando la música cambió, Yeliséi salió a un lugar central, dio un golpe con la planta y empezó a bailar en la tierra, sin encorvarse lo más mínimo y sin que sus ojos blancos hicieran un solo guiño; andaba como una pértiga —solo entre los que allí estaban—, trabajando los huesos y el tronco con exactitud. Poco a poco los aldeanos empezaron a resoplar y a dar vueltas, y las mujeres levantaron los brazos con alegría y comenzaron a mover los pies bajo las faldas. Los invitados se quitaron los bolsos, dieron una voz a las muchachas del lugar e iniciaron movimientos rápidos y animosos y, como obsequio, besaban a sus amiguitas koljosianas. La música de la radio alborotaba la vida cada vez más; los aldeanos pasivos lanzaban exclamaciones de satisfacción, los más avanzados desarrollaban desde todos los puntos de vista el siguiente ritmo de la fiesta y, al oír los ruidos de la felicidad humana, incluso los caballos socializados se acercaron de uno en uno al Patio y empezaron a relinchar.

El viento nevoso cesó; una luna difusa surgió en el cielo lejano y vaciado de ráfagas y nubarrones, en un cielo que estaba tan desierto que daba pie a la libertad eterna, y era tan terrible que para esa libertad se necesitaba la amistad.

Bajo ese cielo, sobre la nieve limpia, emporcada aquí y allá por las moscas de la carne, todo el pueblo festejaba como buenos camaradas. Gente que vivía desde hacía mucho en este mundo, también esta correteaba y pataleaba, fuera de sí.

—¡Eh, madre nuestra, nuestra urss! —gritaba con alegría un aldeano olvidado, mostrando sus maneras y destrezas y dándose palmadas en la barriga, en las mejillas y en la boca—. Muchachos, id a rondar a nuestro zarato-estado: ¡está sin casar!

—¿Es soltera o viuda? —preguntó según bailaba un invitado de las afueras.

—¡Soltera! —le explicó el aldeano girante—. ¿O es que no ves la guasa que tiene?

—Anda, ¡deja que se guasee! —convino el mismo invitado forastero—. ¡Y que se dé aires! Y después haremos de ella una mujercita mansa, ¡todo irá bien!

Nastia se bajó de los brazos de Chiklin y también se puso a patalear cerca de los aldeanos que volaban, tenía muchas ganas. Zháchev reptaba entre todos, apartando los pies que lo molestaban, y al aldeano invitado que deseaba casar a la joven urss con un campesino individual le golpeó en el costado para que no albergara esperanzas.

—¡No te atrevas a pensar lo primero que se te ocurra! ¿O quieres ganarte una marcha espontánea por el río?

Al invitado le entró miedo de haber ido hasta allí.

—No pensaré más, camarada tullido; ahora voy a susurrar.

Chiklin contempló largo rato la radiante espesura del pueblo y sintió en el pecho la calma del bien; desde lo alto del porche veía la pureza lunar de las dimensiones lejanas, la aflicción de la luz extinguida y el sueño resignado de todo el mundo, sobre cuya estructura había pasado tanto trabajo y tormento, olvidado ahora por todos para no conocer el miedo a seguir viviendo.

—Nastia, no vayas a quedarte fría, ven aquí conmigo —llamó Chiklin.

—No he cogido ni un poquito de frío, si todos resoplan —dijo Nastia, corriendo para alejarse de un Zháchev cariñoso y berreante.

—Frótate las manos o te quedarás yerta: el aire es grande y tú, pequeña.

—¡Ya me las he frotado! ¡Calla ya!

De pronto, la radio dejó de sonar en mitad de un tema. El pueblo ya no podía parar, y el militante activo dijo:

—¡Quietos hasta el sonido de turno!

Prushevski logró arreglar la radio en poco tiempo, pero entonces no se oyó música, sino a un hombre:

—Presten atención a nuestro mensaje: ¡haced acopio de cortezas de sauce…!

Y la radio volvió a cortarse. Al escuchar el mensaje, el militante se quedó pensativo para memorizarlo, para no olvidarse de la campaña sauco-cortezosa y no tener fama de chapucero y negligente en toda la provincia, como ya le ocurrió la última vez, cuando se olvidó de la organización para matorrales y todo el koljós andaba sin varillas. Prushevski se puso de nuevo a reparar la radio y pasaba el tiempo mientras el ingeniero, con las manos heladas, ajustaba meticuloso el mecanismo; pero no le salía, porque no estaba seguro de si la radio concedía consuelo a los pobres o si le traía desde algún lugar una voz para él querida.

Entre tanto, el militante temía que se viniera abajo la buena disposición del koljós; para que algo así no sucediera, empezó a tocar música con los labios y, a pesar de todo, el koljós empezó a bailar al ritmo de los sonidos de su boca. Yeliséi, que se había quedado petrificado en la calma reinante, se movió de nuevo y pataleaba y danzaba, y todo el pueblo agrupado en el patio alborotaba como antes de una felicidad aún no sentida, pero ya imprescindible.

El militante empezaba a quedarse ronco de la larga interpretación labial, pero la gente no se calmaba y seguía moviendo el cuerpo, así que Chiklin gritó al koljós:

—¿Sentís algo?

—¡Sí, sentimos! —respondió el koljós.

—¿Y qué es lo que sentís?

—Sentimos todo, excepto a nosotros mismos.

Chiklin miró esas opiniones y sueños y bajó del porche para danzar también, igual que había danzado tiempo atrás, de joven, con las muchachas bajo las ramas.

—Activo, toca con más seriedad, para que tengamos alegría y lástima a partes iguales.

El militante empezó a tocar más alto e hizo que Prushevski también cantara con los labios, para ayudarlo.

En medio de la densidad de la gente, Chiklin se había olvidado de todos los restos de su vida y utilizaba tanto los pies que la nieve que tenía debajo desapareció y la tierra húmeda se secó. Yeliséi se acercó a Chiklin e intentaba no quedarse atrás en el esfuerzo por la felicidad, pero no terminaba de dominarlo. Chiklin, por su parte, miró a Yeliséi y fue perdiendo fuerza para bailar, hasta que al final se paró en el sitio. Yeliséi no se dio cuenta y siguió agitando los pies, sin guiñar los ojos ateridos. Al final Chiklin, que no sabía cómo hacerlo parar, lo agarró y el hombre se derrumbó sobre él, sin querer, sin respiración. Chiklin dejó a Yeliséi en el suelo; este respiraba silenciosa y espaciadamente, con la mirada tan vacía como si el viento le hubiera atravesado el cuerpo y se hubiera llevado el sentimiento cálido de la vida.

—¿Te encuentras mal? —preguntó Chiklin.

—¿Yo? Para nada —pudo decir Yeliséi.

Chiklin le tapó los ojos con el gorro para que Yeliséi no mirara a ningún sitio y se olvidara de sí mismo. El militante hizo unos pocos sonidos más y luego se calló, pues se le habían hinchado los labios y, lo más importante, le dolía la conciencia de la tensa respiración. Pero el pueblo no detuvo su baile general, se había acostumbrado tanto al ritmo continuo de la alegría que podía bailar de memoria. «Que se regocijen», pensó Chiklin susurrando las palabras.

Se alejó hacia Zháchev, que se había cobijado debajo de un zarzo y abrazaba a Nastia, dándole calor con la tripa y el pecho; el lisiado hasta se había subido la camisola para que la cría aprovechara por completo su calor corporal. La niña dormía profundamente, y Zháchev estaba contento de cuidar y dar calor no a una idea soñadora que olvidas mientras duermes, sino a una persona del futuro, desconocida, que respiraba cerca de él.

—¿Dónde está Vóschev? —preguntó Chiklin, inclinándose hacia el monstruo para apartarse del ruido del koljós bailando en silencio.

—Imagino que durmiendo por ahí —dijo Zháchev—. Un gusano así no la palma fácilmente.

—No, hace mucho que no duerme.

—Sabe que vive en vano, por eso no duerme —explicó el inválido.

La medianoche ya debía de estar cerca; la luna estaba bien alta sobre los zarzos y sobre la aldea pacífica y decrépita, y el lampazo muerto brillaba cubierto de nieve diminuta, congelada. Una mosca despistada probó a posarse en el lampazo helado, pero enseguida se desprendió y salió volando y empezó a zumbar en las alturas de la luz de la luna, como una alondra bajo el sol.

El koljós, sin cortar el baile pesado y pataleador, empezó además a cantar poco a poco con voz débil. Era imposible entender las palabras de la canción, pero, aun así, en ellas resonaba cierta felicidad lastimera y la melodía de un hombre errante.

—¡Zháchev! —dijo Chiklin—. Ve a parar el movimiento. Ni que quisieran morir de puro contento, anda que no bailan.

Zháchev reptó con Nastia hasta el Patio y, tras arreglarle un sitio para dormir, regresó.

—¡A ver, organizados, ya está bien de bailar! ¡Ya os habéis alegrado de sobra, gusanos!

Pero el arrebatado koljós no aceptó las palabras de Zháchev y pataleaba con autoridad, cubriéndose con el canto.

—¿Queréis ganar algo? ¡Ahora veréis!

Zháchev bajó del porche, penetró las piernas agitadas y simplemente empezó a agarrar a la gente por las extremidades inferiores y a tumbarlos para que descansaran en la tierra. La gente caía cual pantalones vacíos; Zháchev hasta sintió lástima, porque casi seguro que no sentían sus manos y se callaban al mismo tiempo.

Tras acostar a todo el koljós, Zháchev siguió vigilando que nadie se moviera más, y a uno que se agitaba le dio, para tranquilizarlo, un golpe en la cabeza con el rebujo de la pierna, y el agitado se durmió. Los caballos, al verlo, empezaron a recular desde el Patio y, ya en la calle, partieron al galope a su cerca común.

—¿Dónde está Vóschev? —Chiklin estaba preocupado—. ¿Qué andará buscando por ahí lejos nuestro pequeño proletario?

Sin esperar a que apareciera, Chiklin se marchó a buscarlo pasada la medianoche. Pasó toda la calle desierta de la aldea hasta el final y en ningún sitio se distinguía hombre alguno, en todos los alrededores lunares solo el oso roncaba en la herrería y, de cuando en cuando, tosía el herrero.

Todo estaba en calma, se veía bonito. Chiklin se paró perplejo en sus reflexiones. El oso seguía roncando sumiso, como antes, acumulando fuerzas para el trabajo del día siguiente y para un sentimiento nuevo en su vida. Ya no vería más al kulakismo que lo había torturado y se alegraba de existir. Probablemente ahora el

martillador iba a golpear las herraduras y el hierro de las llantas con aplicación más cordial, una vez que en el mundo existía una fuerza desconocida que había dejado en la aldea solo a la gente media, como a él le gustaba, la que en silencio hacía materia útil y sentía la felicidad parcial; todo el sentido exacto de la vida y la alegría absoluta y universal debían sufrir en el pecho de la clase proletaria que cavaba la tierra, para que el corazón del martillador y el de Chiklin solo tuvieran esperanzas y respiraran, para que la mano trabajadora fuera precisa y paciente.

Chiklin, solícito, cerró un portalón abierto, después examinó el orden de la calle —¿todo estaba donde debía?— y, al reparar en un abrigo burdo perdido en el camino, lo recogió y lo metió en el zaguán de la isba más cercana: mejor que se conservara para el bien laboral.

Con el cuerpo hacia delante por la esperanza confiada, Chiklin recorrió la parte trasera de las casas, seguía buscando a Vóschev. Salvó una estructura de zarzos, pasó junto a los muros de arcilla de las viviendas, reforzó las estacas torcidas y continuamente veía que en las pobres cercas empezaba un invierno infinito y vacío. Nastia podía quedarse fría a la primera en un mundo tan ajeno, porque la tierra no estaba hecha para la infancia que sentía frío, solamente la vida del oso podía aguantar aquí, y este ya estaba cano por culpa de la opresión. «Yo aún no había nacido y tú ya yacías aquí, ¡pobre inmóvil mía! —dijo muy cerca la voz de Vóschev, del hombre—. Así que hace mucho que aguantas, ¡ven, entra en calor!».

Chiklin medio giró la cabeza y vio que Vóschev estaba agachado detrás de un árbol y metía algo en un saco que ya estaba lleno.

—¿Qué haces, Vóschev?

—Nada —dijo el otro, que hizo un nudo en el cuello del saco y se colocó a la espalda la carga.

Se fueron los dos a pasar la noche al Patio de la Organización. La luna declinaba ya a lo lejos, la aldea se alzaba entre sombras negras, todo cesó en un silencio tupido, únicamente el río, condensado por el frío, se movía en las orillas habitables de la aldea.

El koljós dormía sólidamente en el Patio; sus miembros, tal cual habían caído cuando Zháchev los acostó, así se encontraban, sin comodidad alguna. La cara de Yeliséi seguía como antes, tapada con el gorro de Chiklin (el propio Chiklin ya no se acordaba de esta prenda). En el Patio lucía una luz de seguridad, una única lámpara en toda la aldea apagada; al lado de la lámpara, haciendo labores intelectuales, estaba sentado el militante activo: trazaba las casillas de los registros donde quería anotar todos los datos del acondicionamiento técnico del campesinado pobre y medio para que hubiera un cuadro eterno y formal y un experimento como base.

—¡Apunta también mis bienes! —le pidió Vóschev mientras

desempaquetaba su saco.

Había ido recogiendo por la aldea todos los objetos pobres, repudiados, todas la menudencias del desconocimiento y toda clase de desmemoria… para la venganza socialista. Esta vetustez paciente y desgastada en tiempos concernía a la carne vital de los braceros, en esas cosas estaba estampado para siempre el peso de una vida encorvada, gastada sin sentido racional y arruinada sin gloria en algún lugar bajo el centeno pajizo de la tierra. Vóschev, sin llegar a entenderlo por completo, con avaricia había acumulado en el saco los restos materiales de las personas perdidas que habían vivido, al igual que él, sin la verdad y que habían sucumbido antes del final victorioso. Ahora presentaba a esos trabajadores liquidados ante la autoridad y el futuro para que, gracias a la organización del eterno sentido de los hombres, se alcanzara la venganza… por aquellos que ahora yacían en silencio en las profundidades de la tierra.

El militante se puso a tomar nota de las cosas que habían llegado con Vóschev, organizándolas en una casilla lateral especial bajo el título de «Relación del proletariado liquidado mortalmente por los kulaks como clase conforme al residuo de propiedades mostrencas». En lugar de gente, el militante anotaba signos de su existencia: un chanclo del siglo pasado, un arete de estaño de una oreja de pastor, una pernera de estopa y otros aperos diversos del cuerpo trabajador, desheredado.

Para entonces Zháchev, que había estado durmiendo en el suelo con Nastia, se las había apañado para despertar sin querer a la niña.

—Aparta la boca, tonto, que no te lavas los dientes —dijo Nastia al inválido que le obstruía el frío de la puerta—. Los burgueses te cortaron las piernas, ¿es que quieres quedarte también sin dientes?

Del susto, Zháchev cerró la boca y empezó a expulsar el aire por la nariz. La niña se estiró, se colocó en la cabeza el pañuelo cálido con el que había estado durmiendo, pero no logró conciliar el sueño, se había despejado.

—¿Han traído restos para materia prima? —preguntó sobre el saco de Vóschev.

—No —dijo Chiklin—, son juguetes que han recogido para ti. Anda, levántate a elegir.

Nastia se levantó cuan larga era, pataleó un poco para estirarse y, dejándose caer en el sitio, envolvió con las piernas separadas el montón registrado de objetos. Chiklin le pasó la lámpara de la mesa al suelo para que la niña viera mejor qué le gustaba; el militante podía escribir a oscuras sin equivocarse.

Al cabo de un rato, el militante bajó el registro al suelo para que la cría marcara que había recibido en su totalidad toda la propiedad

adquirida de los braceros muertos sin familia y que iba a utilizarla de forma provechosa. Nastia dibujó lentamente una hoz y un martillo y devolvió el registro.

Chiklin se quitó la chaqueta acolchada de guata, se descalzó y anduvo por el suelo en medias, contento y tranquilo de que ya no hubiera nadie que privara a Nastia de su porción de vida en el mundo, de que la corriente de los ríos fuera solo en dirección a los abismos marinos y de que quienes navegaban en la balsa no volverían a hacer sufrir al martillador, a Mijaíl. Y tampoco debía sentir eterna melancolía en la tierra la gente anónima de quien solo quedaban chanclos y aretes de estaño, aunque ya no pudieran levantarse.

—¡Prushevski! —llamó Chiklin.

—Aquí —respondió el ingeniero; estaba sentado con la espalda apoyada en un rincón y dormitaba indiferente. Hacía mucho que su hermana no le escribía nada; por si estaba muerta, había decidido que se marcharía a cocinar alimentos para sus hijos y así agotarse hasta perder el alma y fallecer en algún momento como un hombre viejo, acostumbrado a vivir sin sentir; era igual que morir ahora, solo que aún más triste; si se fuera a vivir por su hermana, quizá recordaría más tiempo y con más pena a la muchacha que pasó en su juventud, esa que ahora apenas ya existía. Prushevski quería que se quedara un poco más en este mundo, aunque fuera solo en un sentimiento secreto suyo, la mujer joven y emocionada, olvidada por todos, si estaba muerta; haciendo sopas para sus hijos, si estaba viva.

—¡Prushevski! ¿Podrán o no los avances de la ciencia suprema resucitar de vuelta a los hombres que se han podrido?

—No —dijo Prushevski.

—¡Mentira! —le reprochó Zháchev sin abrir los ojos—. El marxismo todo lo puede. ¿Por qué, si no, Lenin está en Moscú todo entero? Está esperando a la ciencia, ¡quiere resucitar!

—Claro —dijo Nastia—. Se levantará y vivirá como un viejecito. Ahora que Stalin ha echado a todos los burgueses, Lenin ya va a estar bien.

—Pues a Lenin también le buscaría un trabajo —informó Zháchev —. Le mostraría quién más debería cobrar algo más por añadidura. No sé por qué, pero a los gusanos los veo venir desde el principio.

—Porque eres tonto —le explicó Nastia mientras hurgaba en los restos de los braceros—. Solo ves, y lo que hay que hacer es trabajar. ¿A que sí, tío Vóschev?

Vóschev ya había tenido tiempo de taparse con el saco vacío y estaba acostado, prestando atención al latido de su torpe corazón que tiraba de todo su cuerpo hacia cierta lejanía indeseable de la vida.

—Lo ignoro —respondió Vóschev a Nastia—. Trabajas y trabajas, y

cuando has llegado al final de tu trabajo, cuando ya sabes todo, entonces estás agotadísimo y te mueres. No crezcas, pequeña, ¡empezarás a sentir nostalgia!

Nastia no se quedó contenta.

—Solo los kulaks mueren, tú eres tonto. Zháchev, guárdame otra vez, me han entrado ganas de dormir.

—Ven, pequeña, ven conmigo, apártate de ese prokulak, pretendía cobrar, ¡pues mañana verá!

Todos se callaron para alargar pacientes la noche, el militante era el único que seguía escribiendo sin parar, y los logros se extendían y se extendían frente a su mente racional, de forma que ya opinaba de sí mismo: «Has causado daño a la Unión, diablo pasivo, podrías haber incitado a la colectivización a toda la provincia, pero estás penando en un solo koljós; es el momento de enviar al socialismo trenes repletos de población y tú te esfuerzas en escalas diminutas. ¡Qué desgracia!».

Desde la limpia calma lunar llamó a la puerta una mano silenciosa y en los sonidos de dicha mano todavía podía oírse el miedo-supervivencia.

—Entra, no hay reunión —dijo el militante.

—Ya —respondió desde allá el hombre, sin entrar—. Pensaba que estabais pensando.

—Entra, no me sulfures —soltó Zháchev.

Yeliséi entró; se veía que había dormido mucho en la tierra, se le habían oscurecido los ojos por la sangre interna y había recobrado fuerzas por la costumbre de estar organizado.

—El oso está dando golpes en la herrería y brama canciones, todo el koljós ha abierto los ojos, ¡y nos aburrimos sin ti!

—Hay que ponerle solución —resolvió el militante.

—Ya voy yo —aclaró Chiklin—. Quédate y sigue apuntando. Lo tuyo son los asuntos de la mente.

—¡Solo mientras yo sea tonto! —advirtió Zháchev al militante—. Muy pronto todos nos activaremos, ¡deja que las masas se agoten y que los niños crezcan!

Chiklin se fue a la herrería. Grande y fría era la noche sobre él, desinteresadas brillaban las estrellas sobre la pureza nevada de la tierra y retumbaban a lo lejos los golpes del martillador, como si el oso se avergonzara de dormir bajo esas estrellas expectantes y les respondiera como sabía y podía. «El oso es un viejo proletario de verdad», Chiklin sintió respeto mental por él. Después, el martillador empezó a lanzar prolongados rugidos de satisfacción, informando así en voz alta de alguna cancioncilla feliz.

La fragua estaba abierta a la noche lunada, a toda la clara superficie terrestre; en la herrería ardía un fuego soplador que

alimentaba el propio herrero: tumbado en el suelo, tiraba de la cuerda del fuelle. Mientras, el martillador, realmente contento, batía llantas calientes y cantaba canciones.

—No hay forma de que me deje dormir —se quejó el herrero—. Se ha levantado, se ha liado a rugir, le he encendido la forja y se ha puesto a sacudir… Siempre ha sido tranquilo, pero ahora… ¡parece haber perdido la cabeza!

—Pero, ¿por qué? —preguntó Chiklin.

—A saber. Ayer regresó de la deskulakización y agitaba los pies y lanzaba gruñidos buenos. Imagino que le habían dado gusto. Pero luego ha venido también un viceactivo, y va y se pone a coser una tela al zarzo. Y veo que Mijaíl mira para allá y como que comprende algo. No hay kulaks, se dice, y por eso está colgada la consigna roja. Y algo ha entrado en su mente y ahí se ha quedado…

—Bueno, échate a dormir, que ya me ocupo yo —le dijo Chiklin. Sujetó la cuerda y empezó a agitar el aire para la forja para que el oso pudiera preparar llantas para las ruedas para los viajes del koljós.

Más cerca del alba, los aldeanos invitados del día anterior empezaron a dispersarse por los alrededores. Pero el koljós no tenía dónde irse y, cuando se levantó en el Patio, empezó a moverse hacia la herrería, donde se oía el trabajo del martillador. Prushevski y Vóschev también aparecieron y observaron a Chiklin, que ayudaba al oso. En un zarzo cerca de la herrería pendía una exclamación dibujada en una bandera: «Por el partido, por la lealtad a él, por el trabajo avanzado que abre para el proletariado las puertas del futuro».

Cansado, el martillador salió fuera y comió nieve para refrescarse, pero luego volvió a clavar el martillo en la pulpa del hierro, aumentando cada vez su frecuencia; ya no cantaba, sino que gastaba toda su alegría rabiosa y callada en el celo del trabajo, y los aldeanos del koljós poco a poco se fueron compadeciendo de él y graznaban de forma colectiva durante el sonido del mazo, para que las llantas fueran más sólidas y firmes. Yeliséi observó de cerca y le aconsejó al martillador:

—Misha, con golpes más regulares, así la llanta no será frágil y no estallará. Estás zurrando el hierro como si fuera un canalla, pero el hierro es bueno. Así no se hace.

Pero el oso le abrió la boca a Yeliséi y este se apartó, añorando el hierro. Sin embargo, otros aldeanos tampoco soportaron más el estropicio:

—¡Golpea más suave, diantre! —aullaron—. No estropees lo general, ahora la propiedad es como un huérfano, no da lástima a nadie… ¡Para un poco, diablo!

—¿Por qué pegas así al hierro? ¿Es de un individual o qué?

—¡Sal y refréscate, demonio! ¡Acabarás agotado, ídolo lanoso!

—Pues lo borramos del koljós, ya está. Y así no tendremos pérdidas.

Pero Chiklin insuflaba aire a la forja y el martillador intentaba seguir al fuego y aniquilar el hierro cual enemigo de la vida, como si, al no haber kulaks, el oso estuviera solo en el mundo.

—¡Si es que es una pena! —suspiraban los miembros del koljós.

—Un pecado, ¡se rajará por todas partes! ¡El hierro estará lleno de agujeros!

—Un castigo del señor… Y a ver quién lo toca… vendrán con que si es pobre, que si el proletariado, que si la industrialización…

—Eso no es nada. Dicen que es de los cuadros… si lo es, sí que nos irá mal.

—Lo de los cuadros es una tontada. Si viene el instructor o el camarada Pashkin, ¡entonces sí que se calentará el ambiente!

—O puede que no pase nada, ¿no? ¿Le damos una paliza?

—¿Te has vuelto loco o qué? ¡Es del sindicato! Hace nada que el camarada Pashkin vino aposta a verlo, si es que él también se aburre sin braceros.

Yeliséi hablaba menos, pero se lamentaba casi el que más. Cuando tenía su casa, no dormía por las noches, no hacía sino vigilar que nada se perdiera, que el caballo no bebiera o comiera de más, que la vaca estuviera de buen humor, pero ahora, cuando todo el koljós, cuando todo el mundo local, era motivo suyo de preocupación, porque recelaba de poner las esperanzas en los demás, ahora le dolía el estómago de antemano por el miedo ante tal patrimonio.

—¡Nos consumiremos todos! —dijo en silencio el campesino medio que había vivido toda la revolución—. Antes temía por mi familia, y ahora ponte a cuidar de todos, seguro que la diarrea nos va a molestar con carga tal.

A Vóschev le dio pena que el animal trabajara así, como si sintiera cercano el sentido de la vida, mientras que él seguía tranquilo y no cruzaba la puerta del futuro: puede que, en realidad, sí que hubiera algo allí. Para entonces Chiklin ya había terminado de insuflar aire y se ocupaba junto con el oso de preparar dientes de grada. Sin darse cuenta del pueblo que los observaba ni de todo el horizonte, los dos operarios trabajaban incansablemente por su sentimiento de conciencia, como debía ser. El martillador forjaba los dientes y Chiklin los templaba, pero no sabía con exactitud el tiempo que debía mantener los dientes en el agua sin que se templaran en exceso.

—¿Y si el diente choca con una piedra? —se lamentó Yeliséi—. Si da en cualquier dureza, ¡se partirá por la mitad!

—¡Saca el hierro del líquido, diablos! —exclamó el koljós—. ¡No hagas sufrir al material!

Chiklin iba a sacar del agua el metal reatormentado, pero Yeliséi ya había entrado en la herrería, le quitó las tenazas y empezó a templar los dientes con sus propias manos. Otros aldeanos organizados también se lanzaron al interior de la empresa y con alma aliviada se pusieron a trabajar los objetos de hierro, con esa avidez concienzuda de cuando el provecho es más necesario que el daño. «Hay que acordarse de blanquear la herrería —pensaba tranquilamente Yeliséi mientras trabajaba—. O seguirá toda negra, ¿acaso esto es forma de tener una institución?».

—Deje, yo sostendré la cuerda —le pidió Vóschev a Yeliséi—. Con usted el aire llega despacito a la forja.

—Bueno, ten —accedió Yeliséi—. Pero no tires mucho, las cuerdas son caras, y en la bolsa del koljós tampoco vas a encontrar un fuelle nuevo.

—Tendré cuidado —dijo Vóschev y se puso a alargar y acortar la cuerda, olvidándose en la paciencia de la labor.

Llegó la mañana de un día de invierno y la luz habitual se extendió por doquier en la región. La lámpara siguió encendida en el Patio hasta que Yeliséi se percató de esa luz superflua. Cuando lo hizo, se acercó y apagó la lámpara, para que la parafina estuviera a salvo.

Ya se habían despertado las muchachas y los adolescentes que hasta entonces habían estado durmiendo en las isbas; en general, miraban con indiferencia la inquietud de sus padres, no sentían ningún interés por su sufrimiento y vivían como extraños en la aldea, como si penaran de amor por algo lejano. Soportaban la necesidad doméstica sin prestar atención, viviendo a cuenta de su sentimiento de una felicidad aún no correspondida, pero que, aun así, debía darse. Casi todas las muchachas y toda la generación en crecimiento se marchaban desde la mañana a la isba de lectura y aquí se quedaban, sin comer, todo el día, estudiando la escritura y la lectura, la cuenta de los números, acostumbrándose a la amistad y discurriendo a saber qué en la espera. Prushevski se había quedado solo en un lado cuando el koljós se aferró a la herrería y pasaba el tiempo inmóvil junto al zarzo. No sabía para qué lo habían enviado a esta aldea, cómo vivir olvidado entre la masa, así que decidió fijar el día del final de su estancia en la tierra; habiendo sacado una libretita, anotó en ella la última hora de la tarde de un día de invierno avanzado, mejor que todos se hubieran acostado, que en la tierra helada hubiera cesado el ruido de toda clase de construcción y él, estuviera donde estuviera, se tumbaría boca arriba y dejaría de respirar. Y es que ninguna edificación, ninguna satisfacción, ni un amigo querido o la conquista de las estrellas, nada vencía el empobrecimiento de su alma; era

consciente de la inutilidad de una amistad basada en la superioridad y no en el amor corpóreo, y del tedio de las estrellas más lejanas, en cuyas entrañas había también menas de cobre y que también necesitaría al Consejo Superior de Economía Popular. A Prushevski le parecía que todos sus sentimientos, todas sus aficiones y su antigua melancolía iban a encontrarse en el sentido común y a percibirse por sí solos hasta sus orígenes, hasta destruir mortalmente la inocencia de cualquier esperanza. Pero el origen de los sentimientos se había quedado en algún lugar emocionante de la vida; muriendo, puede que se perdiera para siempre esa única región feliz y verdadera de la existencia, donde ya no entraría más. ¿Qué podía hacer, dios mío, si no existían esas impresiones abnegadas en las que la vida se agitaba, se ponía en pie y estiraba los brazos hacia la esperanza?

En el koljós, Prushevski se tapó la cara con las manos. ¿Era la razón la síntesis de todos los sentimientos, el lugar donde se resignan y calman todas las corrientes de inquietos movimientos, pero de donde vienen la inquietud y el movimiento? No lo sabía, solo sabía que la pasión del raciocinio arrastraba a la muerte, este era su único sentimiento; y entonces él, quizá, cerraría el círculo, regresaría al origen de los sentimientos, a aquel día vespertino de verano del encuentro no repetido.

—¡Camarada! ¿Eres tú el que ha venido a vernos para la revolución cultural?

Prushevski apartó las manos de los ojos. A su lado pasaban las muchachas y la juventud camino de la isba de lectura. Una muchacha se había parado delante de él, en botas de fieltro y un pañuelo pobre en la cabeza confiada; sus ojos miraban al ingeniero con amor sorprendido, porque no alcanzaba a comprender la fuerza del conocimiento oculta en ese hombre; habría accedido a querer fiel y eternamente a ese desconocido canoso, habría accedido a darle hijos, a torturar su cuerpo todos los días con tal de que él le enseñara a conocer el mundo y a participar en él. La juventud no era nada para ella, nada era la propia felicidad, sentía cerca el movimiento cálido y flotante, su corazón se levantaba con el viento de la deseosa vida universal, pero no era capaz de pronunciar las palabras de su alegría y ahora estaba allí pidiendo que le enseñaran esas palabras, esa capacidad de sentir en la cabeza todo el mundo y así ayudarlo a brillar. La muchacha aún no sabía si el hombre instruido iría con ella y su mirada era indeterminada, dispuesta para estudiar otra vez con el militante.

—Ahora voy con vosotras —dijo Prushevski.

La chica quiso mostrar su alegría y gritar, pero no lo hizo, no fuera a molestar a Prushevski.

—Vamos —dijo él.

La muchacha iba delante enseñándole el camino al ingeniero, aunque era imposible perderse; pero quería ser agradecida y no tenía ninguna otra cosa para regalar al hombre que la seguía.

Los miembros del koljós habían consumido todo el carbón de la herrería, gastado todo el hierro disponible para artículos útiles, arreglado toda clase de material muerto y, con angustia porque el trabajo se hubiera acabado y el koljós pudiera tener pérdidas, abandonaron el lugar. El martillador se había agotado ya antes, no hacía mucho que había salido a comer nieve por la sed y, mientras se le derretía la nieve en la boca, el oso empezó a dormitar y todo su cuerpo se desmoronó para descansar.

Una vez fuera, el koljós se sentó en fila junto al zarzo y así se quedó, extendiendo la vista por la aldea, mientras la nieve se derretía debajo de los aldeanos inmóviles. Cuando paró el trabajo, Vóschev volvió a hundirse en sus pensamientos.

—¡Espabila! —le dijo Chiklin—. Échate ahí con el oso y olvídate.

—La verdad, camarada Chiklin, no puede olvidarse…

Chiklin agarró a Vóschev de costado y lo pegó al martillador durmiente.

—Túmbate y calla —dijo—. El oso respira y tú no puedes. El proletariado aguanta, ¡y tú tienes miedo! ¡Menudo gusano estás hecho!

Vóschev se arrimó al martillador, entró en calor y se quedó dormido.

Por la calle galopaba el jinete de la provincia en un caballo tembloroso.

—¿Dónde está el camarada activo? —gritó al koljós sedente sin bajar la velocidad.

—Galopa todo recto —el koljós le informó del camino—. Pero no gires ni a la derecha ni a la izquierda.

—¡No lo haré! —gritó el jinete ya alejándose, y el bolsón con las instrucciones le golpeaba en el muslo.

Al cabo de unos minutos, el mismo hombre a caballo pasó de regreso, agitando en el aire un libro de entrega, para que el viento secara la tinta de la firma del militante activo. El caballo saciado, dispersando la nieve y arrancando el terreno a su paso, se ocultó rápidamente en la lejanía.

—Vaya caballo que está echando a perder, ¡burócrata! —pensaba el koljós—. Da pena verlo.

Chiklin cogió en la fragua una vara de hierro y se la llevó a la cría para que jugara. Le gustaba llevarle en silencio diversos objetos para que así, sin hablar, la cría comprendiera su alegría al verla.

Zháchev llevaba mucho tiempo despierto. Con la boca agotada semiabierta, Nastia continuaba durmiendo involuntaria y tristemente. Chiklin observaba con atención a la cría: ¿habría sufrido algún daño desde el día anterior?, ¿estaba entero todo su cuerpo?; pero la niña estaba en buen estado, solo su carita ardía por las fuerzas infantiles internas. Una lágrima del militante goteó en la instrucción, al instante Chiklin desvió aquí su atención. Al igual que la tarde anterior, el dirigente estaba sentado a la mesa, inmóvil. Con complacencia había enviado con el jinete de la provincia el registro final de la liquidación del enemigo de clase y le había pegado todos los logros de su ocupación; pero entonces bajó una instrucción reciente, por alguna razón firmada por la región, por encima de ambas cabezas, la de la provincia y la del distrito, y en la instrucción se señalaban unos casos poco deseables de demasías, carrerismo e hipercelo, y de toda clase de deslizamientos por vertientes a la derecha y a la izquierda de la tensión afilada de la línea marcada; además, se designaba que la estructura activa debía mostrar una vigilancia relevante sobre el aldeano medio: visto que este se había metido en tropel en los koljoses, ¿no sería este hecho general un propósito secreto ejecutado por instigación de las masas prokulaks? Que hayan dicho: entremos en los koljoses como una vorágine alborotadora y derrubiemos las orillas de la dirección, las autoridades no se bastarán, terminarán por fatigarse.

«Según los últimos materiales que tiene en sus manos la comisión regional —constaba al final de la instrucción—, queda claro que, por ejemplo, la estructura activa del koljós de nombre Línea General ya ha pasado por el cenagal izquierdista del oportunismo derechista. El organizador del colectivo local pregunta a la organización superior si hay algo después del koljós y de la comuna, para inmediatamente mover hacia allá a las masas pobres y medias locales que se lanzan imparables a la lejanía de la historia, a la cumbre de los tiempos universales e invisibles. Este camarada pide que le envíen unas reglas orientativas de esa organización y, de paso, formularios, una pluma y dos litros de tinta. No comprende hasta qué punto está haciendo especulaciones sobre el sentimiento sincero y sano, en el mayor de los casos, de los hombres medios por aspirar a los koljoses. Es necesario reconocer que tal camarada es un daño para el partido, es enemigo objetivo del proletariado y debe ser retirado inmediata y definitivamente de la dirección».

En este punto al militante se le contrajo el corazón debilitado y se echó a llorar sobre el papel regional.

—¿Qué haces, canalla? —le preguntó Zháchev.

Pero el militante no le respondió. ¿Acaso había tenido alguna alegría en los últimos tiempos, acaso había comido o dormido hasta

hartarse o había querido aunque fuera a una sola moza pobre? Sentía que deliraba, su corazón apenas latía por la carga, se había esforzado en organizar la felicidad solo para lo que estaba fuera de él y, al menos a largo plazo, hacerse merecedor de un cargo en la provincia.

—¡Responde, parásito, si no quieres cobrar! —Zháchev seguía—. ¡Seguro que has estropeado a nuestra república, gusano!

Agarró la instrucción de la mesa y empezó a estudiarla en el suelo.

—¡Quiero ir con mi mamá! —Nastia se había despertado.

Chiklin se inclinó sobre la niña añorante.

—Tu mamá ha muerto, pequeña, ¡ahora estoy yo!

—¿Y para qué me llevas de un lado a otro?, ¿dónde están las cuatro estaciones del año? Mira qué calor tan terrible tengo debajo de la piel. Quítame la camisola o se quemará. Cuando me ponga buena, no tendré qué ponerme.

Chiklin palpó a Nastia por todo el cuerpo, estaba caliente, húmeda, sus huesos sobresalían lastimeros desde dentro; ¡cuán dulce y calmo debía ser el mundo circundante para que ella viviera!

—Tápame, tengo sueño. No voy a recordar nada, porque estar enfermo es triste, ¿verdad?

Chiklin se quitó toda la ropa de la parte superior y, además, les quitó las chaquetas de guata a Zháchev y al militante y arropó a Nastia con todo ese tejido cálido. La niña cerró los ojos y se sintió mejor con el calor y el sueño, como si volara en el aire fresco. Para entonces, había crecido un poco y cada vez se parecía más a su madre. Podría haber sido hija de Chiklin, su madre hasta había querido que así fuera, pero en este caso la niña apenas habría sido mejor y más sensata; seguramente engendró a la cría alguien como Chiklin, un hombre operario, probablemente la niña era fruto de un perol de clase y, si había quien hubiera disfrutado de las caricias de la mujer muerta, entonces esas caricias no habían sido una calificación para la niña, no eran humanidad.

—Sabía que eras un gusano, ¡hijo de perra opresor! —describió Zháchev al militante—. A ver, ¿qué se puede hacer con alguien así?

—¿Qué es lo que comunican ahí? —preguntó Chiklin.

—¡Escriben que hay que estar de acuerdo con ellos!

—¡Prueba a no hacerlo! —dijo el hombre activo entre lágrimas.

—¡Ay, pobre revolución! —se apenó de veras Zháchev—. ¿Dónde estás, el más gusano de los gusanos? Ven aquí, ven, ¡que vas a cobrar de un soldado lisiado!

Sintiendo la idea y la soledad, sin ganas de perder los medios para el Estado y la futura generación sin obtener respuesta, el militante le quitó a Nastia la chaqueta: ¿las masas lo apartaban?, pues que se calentaran solitas. Y con la chaqueta en la mano se paró en medio del

Patio, sin nada en la vida que lo sedujera para después, cubierto de grandes lágrimas y con la duda en su alma de que quizá el capitalismo todavía podía aparecer.

—¿Por qué has destapado a la pequeña? —preguntó Chiklin—. ¿Es que quieres que coja frío?

—¡Déjame en paz con tu niño! —dijo el militante.

Zháchev miró a Chiklin y le aconsejó:

—Coge el hierro que has traído de la forja.

—¡Qué dices! —respondió Chiklin—. En la vida he tocado a un hombre con un hierro muerto, ¿cómo voy a sentir entonces la justicia?

Acto seguido, Chiklin golpeó tranquilamente el pecho del militante con la mano, para que así los niños pudieran todavía tener esperanzas, no sentir frío. Dentro del militante resonó un crujido débil de huesos y el hombre se desmoronó sobre el suelo; Chiklin lo miró satisfecho, como si acabara de prestar un servicio imprescindible. La chaqueta del militante se había soltado de las manos y yacía aparte, sin tapar a nadie.

—¡Tápalo! —le dijo Chiklin a Zháchev—. Que conserve el calor.

Enseguida Zháchev vistió al militante con su propia chaqueta y al mismo tiempo palpó al hombre, a ver cómo estaba de sano.

—¿Está vivo? —preguntó Chiklin.

—Así así, a medias —respondió Zháchev, alegre con todo el caso —. Pero da igual, camarada Chiklin, tu mano trabaja como el partido, tú aquí no pintas nada.

—Vale, pero él no debería haber desvestido a una cría con fiebre —dijo Chiklin molesto—. Si quería calentarse, que se hubiera preparado un té.

En la aldea se levantó una tormenta de nieve, aunque no se había oído la tempestad. Al abrir la ventana para comprobarlo, Zháchev vio que era el koljós barriendo la nieve por higiene; a los aldeanos no les gustaba que la nieve estuviera sucia de moscas, querían un invierno más limpio.

Como se limitaron al Patio, los miembros del koljós no trabajaron mucho más y se agacharon debajo del tejadillo perplejos ante su posterior vida. A pesar de que hacía mucho que no habían comido nada, no tenían ganas de buscar alimento, porque los estómagos estaban llenos de la abundancia cárnica de los días pasados. Aprovechando la pena apacible del koljós, y también la invisibilidad del militante, el anciano de la fábrica de baldosas y otros elementos confusos, que hasta entonces habían estado recluidos en el Patio, salieron de los cuartos de atrás y de diferentes obstáculos ocultos de la vida y partieron lejos, a sus asuntos vitales.

Chiklin y Zháchev se arrimaron a Nastia, cada uno a un costado,

para cuidarla mejor. A causa del calor sin salida, la niña se había vuelto tezada y dócil, pero su mente pensaba con tristeza.

—¡Quiero volver con mamá! —dijo sin abrir los ojos.

—Tu madre ya no está —dijo Zháchev sin alegrarse—. Todos mueren de la vida, solo quedan los huesos.

—¡Quiero sus huesos! —pidió Nastia—. ¿Quién es ese que llora en el koljós?

Chiklin aguzó el oído; pero todo estaba en calma, nadie lloraba, no había razones para llorar. El día ya había llegado a su mitad, el sol pálido brillaba alto sobre el distrito, algunas masas lejanas se movían por el horizonte a una reunión desconocida entre aldeas, no había nada que hiciera ruido. Chiklin salió al porche. Un gemido tranquilo e inconsciente recorrió el silencioso koljós y luego se repitió. El sonido empezaba en un lateral, circulaba en un lugar lejano y no estaba concebido para ser una queja.

—¿Quién anda ahí? —gritó Chiklin desde lo alto del porche a toda la aldea para que lo escuchara el descontento.

—Es el martillador que aúlla —respondió el koljós, tumbado debajo del tejadillo—. Por las noches ruge canciones.

En efecto, aparte del oso no había nadie más que pudiera llorar. Seguro que había hundido la boca en la tierra y aullaba pesaroso a la espesura del terreno, sin comprender su pena.

—Es el oso, echa algo de menos —le dijo Chiklin a Nastia cuando hubo regresado a la estancia.

—Dile que venga conmigo, yo también echo de menos —pidió la niña—. Llévame con mamá, ¡aquí tengo mucho calor!

—Ahora, Nastia. Zháchev, ve por el oso. De todas formas no tiene con qué trabajar, ¡no hay material!

Pero Zháchev regresó nada más haber desaparecido: el oso ya venía camino del Patio, acompañado de Vóschev; este lo sujetaba como a un débil, por la pata superior, y el martillador avanzaba a su lado con paso triste.

Al entrar al Patio, el martillador olfateó al militante caído y luego se sentó indiferente en un rincón.

—Me lo he traído como testigo de que la verdad no existe —dijo Vóschev—. No puede hacer sino trabajar, porque en cuanto descansa, se enfrasca en sus pensamientos y empieza a añorar. Dejemos que exista ahora como objeto, para la memoria eterna del socialismo, ¡os invito a todos!

—Invita al próximo canalla —convino Zháchev—. ¡Guárdale este producto lamentable!

Agachado, Vóschev empezó a reunir las cosas vetustas que Nastia había sacado, imprescindibles para la futura venganza, en su saco.

Chiklin cogió a Nastia en brazos y esta abrió los ojos callados y secos, como hojas caídas. La niña se quedó embobada mirando por la ventana a los aldeanos del koljós, arrimados unos a otros, tumbados debajo del tejadillo en un olvido paciente.

—Vóschev, ¿al oso también vas a llevarlo con los restos para materia prima? —Nastia estaba preocupada.

—Claro, si guardo hasta el polvo, y él es una pobre criatura.

—¿Y a ellos? —Nastia estiró el brazo enfermo, fino como la patita de una oveja, hacia el koljós tumbado en el patio.

Vóschev lanzó una mirada hacendosa a ese lugar del patio y, dándole la espalda, agachó aun más la cabeza que añoraba la verdad.

El militante seguía como antes, sin hablar e inmóvil en el suelo, hasta que un pensativo Vóschev se inclinó sobre él y lo movió por su sentimiento de curiosidad ante cualquier clase de daño a la vida. Pero el militante, escondiéndose o muerto, no respondió a Vóschev. Entonces este se acuclilló a su lado y miró largo rato la cara ciega y reservada, transportada a la profundidad de su triste conciencia.

El oso se quedó callado un momento y luego empezó a ayear de nuevo. Al oír su voz, todo el koljós se fue del Patio a casa.

—¿Cómo vamos a seguir viviendo, camaradas activos? —preguntó el koljós—. Apenaos por nosotros, ¡que ya no podemos más! Tenemos material en buenas condiciones, las semillas limpias, pero viene el invierno y no tenemos nada que sentir. ¡Haced un esfuerzo!

—No hay nadie que pueda apenarse —dijo Chiklin—. Vuestro penante principal está ahí.

El koljós observó con tranquila atención al militante derribado, sin sentir lástima por él, pero tampoco alegría, porque el militante siempre hablaba con precisión y bien, según el testamento, solo que antes había sido tan asqueroso que, en una ocasión, cuando a la sociedad se le ocurrió casarlo para así reducir su nivel de actividad, hasta las mujeres y mozas más insignificantes de cara rompieron a llorar de pena.

—Está muerto —informó Vóschev, poniéndose de pie—. Sabía todo, pero también ha caído.

—¿No puede ser que todavía respire? —dudó Zháchev—. Tócalo a ver, por favor, que todavía no se ha llevado nada de mí, por dárselo ahora.

Vóschev volvió a acercarse al cuerpo del militante que una vez actuara con tal importancia rapaz que toda la verdad universal, todo el sentido de la vida, se instaló en su interior y en ningún otro sitio, mientras que a Vóschev no le quedó nada, salvo la tortura de la mente, salvo la inconsciencia en la corriente apresurada de la existencia y la sumisión característica del elemento ciego.

—¡Gusano asqueroso! —susurró Vóschev sobre el cuerpo sin habla —. ¡Por eso yo no he conocido el sentido! Tú, alma seca, has debido de apurar no solo a mí, sino a toda la clase, y ahora vagamos cual espesura silenciosa, ¡sin saber nada!

Y Vóschev golpeó al militante en la frente, para fijar su ruina y para la propia felicidad consciente.

Habiendo sentido la mente plena, aunque sin saber todavía articular o empujar a la acción a su fuerza elemental, Vóschev se puso de pie y dijo al koljós:

—¡Yo me apenaré de vosotros!

—¡Se lo suplicamos! —se expresó al unísono el koljós.

Vóschev abrió la puerta del Patio de la Organización al extenso espacio y conoció el deseo de vivir en esa lejanía tabicada, donde el corazón podía latir no solo por el aire frío, sino por la alegría auténtica de dominar toda la sustancia confusa de la tierra.

—¡Sacad fuera el cuerpo muerto! —indicó Vóschev.

—¿A dónde? —preguntó el koljós—. Porque no se puede enterrar a nadie sin música. Al menos enciende la radio…

—¡Deskulakizarlo por el río, que se vaya al mar! —propuso Zháchev.

—Podría ser —convino el koljós—. ¡El agua todavía corre!

Y algunos hombres levantaron el cuerpo del militante y lo llevaron a la orilla del río. Chiklin tenía a Nastia todo el rato consigo, con la intención de irse con ella a la zanja de cimentación, pero lo retenían las circunstancias acaecidas.

—Se me ha salido el jugo de todas partes —dijo Nastia—. ¡Llévame cuanto antes con mamá, viejo tonto! ¡La echo de menos!

—Ahora vamos, pequeña. Iremos corriendo. Yeliséi, ve a llamar a Prushevski, dile que nos vamos, que Vóschev se queda por todos, que la pequeña está enferma.

Yeliséi se fue un momento y regresó solo: Prushevski no quería marcharse, decía que primero debía enseñar a toda la mocedad del lugar, de lo contrario podía perecer en el futuro, y le daba pena.

—Bueno, pues que se quede —accedió Chiklin—. Con tal de que quede sano y salvo.

Zháchev, como monstruo que era, no podía andar rápido, solo arrastrarse; por eso Chiklin resolvió hacerlo de tal forma: ordenó a Yeliséi que llevara a Nastia y él hacía lo propio con Zháchev. Y así, a toda prisa, partieron a la zanja por el camino invernal.

—¡Cuidad del oso Mishka! —ordenó Nastia girándose—. Vendré pronto a verlo.

—¡Quede tranquila, señorita! —le prometió el koljós.

Para la hora vespertina los caminantes vieron a lo lejos la

iluminación eléctrica de la ciudad. Zháchev llevaba un buen rato cansado de ir en brazos de Chiklin y dijo que tendrían que haber pedido un caballo en el koljós.

—A pie llegamos antes —respondió Yeliséi—. Nuestros caballos han perdido la costumbre de la marcha, están quietos desde hace ni se sabe. Tienen las patas hinchadas y solo se mueven para robar pienso.

Cuando los viajeros llegaron a su lugar, vieron que toda la zanja estaba cubierta de nieve y que el barracón estaba vacío y oscuro. Chiklin dejó a Zháchev en el suelo y empezó a preocuparse de encender una hoguera para calentar a Nastia, pero esta le dijo:

—¡Tráeme los huesos de mamá! ¡Los quiero!

Chiklin ordenó a Zháchev y a Yeliséi que encendieran el fuego y él se fue por los huesos al refugio de la fábrica de baldosas; era difícil que alguien se hubiera llevado de allí a la mujer muerta.

Una vez abajo, en el sótano de la fábrica donde una vez estuviera también Prushevski, Chiklin tuvo que emplear un buen rato en retirar las piedras de la puerta de entrada, que él mismo había cegado para la integridad de la difunta. Chiklin no tenía fósforos y encontró a la mujer a tientas; primero rozó su pelo, tan fresco como en vida, después tocó todo el esqueleto hasta las plantas de los pies, estaba todavía entera, solo había desaparecido el cuerpo en sí y se había secado toda la humedad. Llevarse el esqueleto íntegro era difícil, tanto más cuanto que los cartílagos que lo aseguraban se habían mustiado; por eso Chiklin se vio obligado a fracturar el esqueleto en huesos aislados y a colocarlos en su camisa, como si fuera un saco. Después de haber colocado todos los huesos, en su camisa todavía sobraba mucho sitio, así de pequeña era la mujer después de morir.

Los huesos maternos alegraron muchísimo a Nastia, los fue estrechando por orden, les dio besos, los frotó con un trapito y volvió a colocarlos en orden en el suelo de tierra.

Chiklin se sentó enfrente de la niña, mantenía encendida la hoguera para que hubiera luz y calor, y envió a Zháchev a pedir leche. Yeliséi se quedó sentado en el umbral del barracón, observando la ciudad cercana iluminada, donde algo emitía un ruido continuo y agitaba regularmente la inquietud general perseguida, y después se cayó de costado y se quedó dormido, sin comer nada.

Junto al barracón pasaba mucha gente, pero nadie vino a interesarse por la enferma Nastia; todos agachaban la cabeza y pensaban sin cesar en la colectivización completa.

A veces sobrevenía un repentino silencio y solo se oía a Nastia moviendo los huesos muertos, pero después volvían a cantar a lo lejos las sirenas de los trenes, extendían por abajo el vapor los martinetes y gritaban las voces de las brigadas avanzadas, que habían tropezado en

algo pesado; en derredor se aumentaba sin interrupción el beneficio social.

—Chiklin, ¿por qué siempre siento la mente y no la olvido de ninguna manera? —se sorprendió Nastia.

—No lo sé, pequeña. Imagino que porque no has visto nada bueno.

—¿Y por qué en la ciudad trabajan por la noche y no duermen?

—Es porque se preocupan por ti.

—Y yo estoy acostada y enferma… Chiklin, ponme más cerca de los huesos de mamá, les daré un abrazo para dormirme. ¡Los echo tanto de menos ahora!

Chiklin acercó los huesos a la tripa de Nastia, la tapó bien con dos chaquetas y le dijo para despedirse:

—Duerme. Quizá olvides la mente.

Una Nastia debilitada se incorporó de repente y le dio a Chiklin, que estaba agachado, un beso en el bigote; al igual que su madre, había aprendido a ser la primera en besar a la gente, sin previo aviso.

Chiklin se quedó petrificado ante esa felicidad repetida en su vida y respiró en silencio sobre el cuerpo de la pequeña, hasta que volvió a sentir preocupación por ese torso pequeño y caliente. Para proteger a Nastia del viento y para el calor general, Chiklin levantó a Yeliséi del umbral y lo colocó al costado de la niña.

—Túmbate aquí —dijo Chiklin a Yeliséi, espantado en sueños—. Abraza a la pequeña y echa el aire sobre ella.

Yeliséi así lo hizo, y Chiklin se recostó sobre el codo en un lado y su cabeza soñolienta escuchaba atenta el ruido inquieto de las edificaciones urbanas.

Cerca de la medianoche apareció Zháchev; traía una botella de nata y dos pastelitos. No había logrado nada más, puesto que la nueva burguesía no había hecho acto de presencia en los pisos, sino que hacía ostentación en algún otro lugar. Cansado de dar vueltas, Zháchev decidió finalmente hacer pagar al camarada Pashkin, su reserva más de fiar, pero tampoco Pashkin estaba en casa (resultó que estaba con su esposa presenciando una obra de teatro). Por eso a Zháchev no le quedó sino aparecer en la representación, en medio de la oscuridad y de la atención hacia unos elementos que padecían en la escena, y a voces exigió que Pashkin saliera al bufé, deteniendo la acción del arte. Pashkin salió al instante, compró sin hablar unos productos del bufé y se alejó a toda prisa a la sala de la representación, para seguir emocionándose.

—Mañana habrá que ir otra vez a ver a Pashkin —dijo Zháchev, tranquilizándose en el rincón más lejano del barracón—, que nos ponga un hornillo, ¡en un tren como este no llegamos al socialismo!

Chiklin se despertó temprano en la mañana; estaba helado y prestó

atención a Nastia. Había silencio y un poco de luz, Zháchev era el único que refunfuñaba en sueños su intranquilidad.

—¡Estás respirando mal, diablo de clase media! —le dijo Chiklin a Yeliséi.

—Respiro bien, camarada Chiklin, ¿cómo iba a hacerlo mal? He dado calor a la niña toda la noche.

—¿Y?

—Pues que la niña, camarada Chiklin, no respira: ¡se ha quedado fría no sé por qué!

Chiklin se levantó despacio y se quedó quieto en el sitio. Después de un momento así, se fue donde estaba tumbado Zháchev, miró que el tullido no se hubiera tomado la nata y los pasteles, después encontró una escoba y limpió todo el barracón de la diferente basura que se había acumulado durante el tiempo sin gente.

Habiendo colocado la escoba en su sitio, a Chiklin le entraron ganas de cavar la tierra; forzó el candado del trastero olvidado donde se conservaba el material de reserva, sacó una pala y se marchó sin prisa a la zanja. Empezó a cavar el terreno, pero el suelo ya estaba congelado y Chiklin tuvo que picar la tierra en bloques y arrancarlos fuera en trozos muertos enteros. A más profundidad, más blanda y cálida estaba; Chiklin clavaba con golpes secos la pala de hierro y pronto casi toda su altura quedó oculta en el silencio de las entrañas, pero tampoco aquí lograba fatigarse y empezó a cargar contra el terreno de lado, desmoronando la apretura de la tierra a lo ancho. Al dar en una placa de piedra nativa, la pala se dobló por la potencia del golpe, y Chiklin la arrojó con el mango a la superficie diaria y apoyó la cabeza en la arcilla desnuda.

Con estas actividades quería olvidar su mente, pero su mente pensaba inamovible que Nastia había muerto.

—¡Iré por otra pala! —dijo Chiklin encaramándose fuera del agujero.

En el barracón, para no creer a su mente, se acercó a Nastia y le tocó la cabeza; después apoyó la mano en la frente de Yeliséi, comprobando la vida por el calor.

—¿Cómo que ella está fría y tú estás caliente? —preguntó Chiklin y no oyó la respuesta, porque su mente se había dado al olvido.

Después, Chiklin se quedó sobre el suelo de tierra y Zháchev, ya despierto, estaba a su lado, conservando inmóvil en las manos la botella de nata y los dos pastelitos. Mientras, Yeliséi, que había respirado sin dormir toda la noche sobre la pequeña, estaba agotado, se quedó dormido a su lado y durmió hasta que se oyeron las voces relinchantes de los conocidos caballos socializados.

Vóschev había llegado al barracón y, tras él, el oso y todo el koljós;

los caballos sí que se quedaron esperando en el exterior.

—¿Qué haces? —Zháchev vio a Vóschev—. —¿Por qué has dejado el koljós? ¿Es que quieres que muera toda nuestra urss? ¿O es que quieres recibir de todo el proletariado? En ese caso, acércate, ¡que vas a recibir por toda la clase!

Pero Vóschev ya había salido con los caballos sin terminar de escuchar a Zháchev. Había traído de regalo a Nastia el saquito de restos especialmente seleccionados a modo de juguetes curiosos, no vendibles, cada uno era la memoria eterna de un hombre olvidado. Aunque Nastia miró a Vóschev, no dio muestras de alegría, y este la rozó, viendo su boca callada y abierta y su cuerpo indiferente, cansado. Vóschev estaba allí de pie, perplejo junto a la niña apaciguada: ahora ya no sabía dónde iba a estar el comunismo si desde el principio no estaba en el sentimiento infantil y en la impresión convencida. ¿Para qué necesitaba él ahora el sentido de la vida y la verdad del origen universal, si no había una personita pequeña y fiel en la que la verdad se convirtiera en alegría y movimiento?

Vóschev habría estado de acuerdo con volver a no saber nada y a vivir sin esperanza en el anhelo confuso de una mente inútil con tal de que la niña estuviera sana, dispuesta para la vida, aunque también sufriera con el correr del tiempo. Vóschev levantó a Nastia en brazos, le dio un beso en los labios separados y, con la avidez de la felicidad, la estrechó contra sí, encontrando más de lo que buscaba.

—¿Por qué has traído al koljós? ¡Te lo pregunto por segunda vez! —se dirigió a él Zháchev, sin soltar ni la nata ni los pasteles.

—Los aldeanos querían apuntarse al proletariado —respondió Vóschev—. Y los he traído como restos para reutilizar, como si no fueran nada.

—Bueno, que se apunten —dijo Chiklin desde la tierra—. Ahora la zanja ha de ser más ancha y más profunda. En nuestra casa puede entrar cualquier hombre de un barracón o de una isba de arcilla. Invitad aquí a toda la autoridad y a Prushevski, yo me voy a cavar.

Chiklin cogió una barra y una pala nueva y se marchó despacito al extremo más apartado de la zanja. Aquí empezó de nuevo a apartar la tierra inamovible, porque no podía llorar, y cavó sin ser capaz de cansarse hasta la noche, y también toda la noche, hasta que sintió que sus huesos se resquebrajaban en el tronco trabajador. Entonces paró y miró en derredor. El koljós lo había seguido y excavaba la tierra sin interrupción; todos los aldeanos pobres y medios trabajaban con tal aplicación de vida como si quisieran ponerse a salvo para siempre en el abismo de la zanja de cimentación. Los caballos tampoco estaban parados: subidos en ellos, los koljosianos llevaban en las manos las rocas de relleno, mientras que el oso las cargaba a pie y abría mucho

la boca a causa del esfuerzo.

Zháchev era el único que no participaba de ninguna manera y contemplaba el trabajo excavador con mirada de gran pesar.

—¿Qué haces ahí como un empleado cualquiera? —le preguntó Chiklin cuando regresó al barracón—. ¡Al menos podrías afilar las palas!

—No puedo, Nikit: ¡ahora no creo en el comunismo! —respondió Zháchev en la mañana del segundo día.

—¿Por qué, gusano?

—Ya ves que soy un monstruo del imperialismo y que el comunismo es cosa de niños, por eso quería a Nastia… Me iré ahora a matar al camarada Pashkin, como despedida.

Y Zháchev se arrastró hasta la ciudad y no regresó más a la zanja.

A mediodía Chiklin empezó a cavar una tumba especial para Nastia. Estuvo excavando quince horas seguidas para que fuera profunda y no pudieran penetrarla ni los bichos ni las raíces de las plantas, ni el calor ni el frío, y para que a la niña nunca la molestara el ruido de la vida en la superficie de la tierra. Chiklin vació el lecho sepulcral en una roca eterna y preparó además una plancha especial de granito, en forma de tejadillo, para que el enorme peso del polvo de la tumba no cayera sobre la niña.

Después de descansar un poco, Chiklin tomó a Nastia en brazos y la llevó con cuidado para depositarla en la roca y enterrarla. Era de noche, todo el koljós dormía en el barracón y solo el martillador, que sintió el movimiento, se despertó. Chiklin dejó que rozara a la niña para despedirse.

* * *

¿Perecerá la república socialista al igual que Nastia o crecerá hasta convertirse en todo un hombre, en una nueva sociedad histórica? Este sentimiento de inquietud era precisamente el tema de la obra mientras el autor la escribía. El autor ha podido equivocarse al representar en la forma de la muerte de la niña la ruina de la generación socialista, pero este error ha ocurrido solo por la excesiva inquietud por algo querido, cuya pérdida equivaldría a la destrucción no solo de todo el pasado, sino también del futuro.

APÉNDICE

Para esta traducción se ha utilizado la edición del texto original ruso de *Kotlovan* publicada por Nauka (la editorial vinculada a la Academia Rusa de Ciencias) en San Petersburgo en 2000. Este texto es casi idéntico al publicado por Natalia Kornienko en 1994 en el volumen *Vzyskanie pogibshikh*, pero difiere de todas las ediciones previas de la novela.

Platónov escribió las primeras notas de la novela en otoño de 1929 y probablemente completó el grueso del texto entre abril y junio de 1930. A principios de 1931 terminó el manuscrito y se lo mandó mecanografiar. A su muerte dejó cuatro textos:

1. Un manuscrito custodiado actualmente en la Casa Pushkin en San Petersburgo (*Pushkinski Dom*).
2. Un texto mecanografiado perteneciente al archivo personal de la hija del autor, Maria Andreievna Platonova, que hoy pertenece a la Academia Rusa de Ciencias.
3. Un texto mecanografiado custodiado en el Archivo Estatal Ruso en Moscú.
4. Un texto mecanografiado custodiado en el departamento de manuscritos de *Pushkinski Dom*.

Platónov seguía haciendo cambios mientras preparaba *Kotlovan* para su publicación y lo enseñaba a las distintas editoriales. El texto mecanografiado sobre el que los hacía era el que está actualmente en *Pushkinski Dom*. Corrigió erratas, hizo numerosos cambios estilísticos y suprimió varios pasajes del primer tercio de la novela. Después, copió estos cambios en el texto mecanografiado custodiado en el Archivo Estatal Ruso. Tras fracasar en su intento de encontrar un editor, Platónov volvió al texto mecanografiado de *Pushkinski Dom* e hizo unos cuantos cambios más, ignorando ostensiblemente los numerosos comentarios que los editores habían ido escribiendo en él.

Es el texto mecanografiado de *Pushkinski Dom* el que mejor refleja las intenciones finales de Platónov, y es este el que ha seguido tanto Natalia Kornienko como I. Dolgov, el editor de la edición de Nauka. Todas las ediciones anteriores de *Kotlovan* se basaron en el texto

mecanografiado del archivo personal de Maria Platonova. Este texto no solo refleja una etapa anterior en la evolución del texto, sino que también contiene numerosas alteraciones de un tercero, probablemente un editor bienintencionado que esperaba que *Kotlovan* se pudiera publicar en la Unión Soviética en la década de los sesenta. Además de introducir errores por descuido, este editor decidió eliminar una serie de pasajes, algunos de ellos extremadamente importantes, que podrían considerarse repugnantes o morbosos.

Platónov escribía rápido, pero revisaba su trabajo cuidadosamente. Los pasajes incluidos en los otros textos mecanografiados, pero eliminados del texto de *Pushkinski Dom*, son en su mayor parte filosóficamente redundantes, y el primer tercio de la novela avanza de forma más enérgica y coherente sin ellos. Sin embargo, los pasajes omitidos son de interés por sí mismos, por lo que los hemos incluido en este apéndice. También hemos traducido algunos pasajes particularmente sorprendentes que Platónov eliminó mientras trabajaba en el manuscrito.

1.

Página 15: (…) la sensación del viento en el rostro inclinado.

Una versta después se encontraba la casa del vigilante de la carretera. Acostumbrado al vacío, el vigilante discutía a voces con su esposa, mientras la mujer estaba junto a la ventana abierta con un crío en las rodillas y respondía al marido con exclamaciones de insultos; el niño, entretanto, pellizcaba el volante de su camisa, comprendiendo, pero sin decir nada.

Esta paciencia del niño animó a Vóschev, vio que el padre y la madre no comprendían el sentido de la vida y estaban enojados, y que el niño vivía sin reproche, mientras aumentaba en él el sufrimiento. Y Vóschev resolvió tensar su alma, no escatimar su cuerpo para el trabajo de la mente para regresar cuanto antes a la casa del vigilante de la carretera y contarle al sensato niño el secreto de la vida, el que sus padres olvidaban a todas horas. «Ahora los cuerpos de ellos erran automáticamente —Vóschev observaba a los padres—, no sienten la esencia».

—¿Cómo es que no sentís la esencia? —preguntó Vóschev, dirigiéndose a la ventana—. Tenéis un niño y ahí estáis, discutiendo, y él ha nacido para acabar con el mundo.

El marido y la mujer, con el miedo de la conciencia oculta en la maldad de sus caras, miraron al testigo.

—Si no encontráis una razón para vivir en paz, deberíais honrar a vuestro hijo, estaréis mejor.

—¿Y tú que quieres? —con furiosa delicadeza en la voz preguntó el vigilante de la carretera—. Ibas a algún sitio, pues ve, que la carretera se ha empedrado para los que vais…

Vóschev estaba en medio del camino sin terminar de decidirse. La familia esperaba a que se fuera y mantenía en reserva su rabia.

—Me iría, pero no tengo a dónde. ¿Hay que ir lejos para llegar a cualquier otra ciudad?

—No —respondió el vigilante—, si no te quedas parado, el camino te llevará.

—Y, vosotros, respetad a vuestro hijo —dijo Vóschev—; cuando os muráis, él seguirá.

Y, habiendo dicho estas palabras, Vóschev se alejó una versta de la casa del vigilante y entonces se sentó en el borde de una acequia, (…).

2.

Pág. 21: (…) y que se había añadido algo a la construcción para así concluirla.

—¿No mata la gente al sentir su propia vida mientras las construcciones crecen? —Vóschev no se resolvía a creer—. El hombre construye una casa, pero él se destruye por dentro. ¿Quién vivirá entonces? —Vóschev expresaba sus dudas a la vez que andaba.

Se alejó del corazón de la ciudad (…).

3.

Pág. 23: (…) y observaban su débil posición.

—¿Para qué vienes aquí y existes? —preguntó uno al que por puro agotamiento le crecía débilmente la barba.

—Yo aquí no existo —pronunció Vóschev, avergonzado de que mucha gente lo sintiera solo a él—. Yo aquí únicamente pienso.

—¿Y a causa de qué piensas, te atormentas?

—Sin la verdad el cuerpo se me debilita, no puedo alimentarme de trabajo, me quedaba ensimismado en la producción y me recortaron…

Todos los operarios guardaron un silencio contrario a Vóschev: las caras mostraban indiferencia y melancolía, una idea infrecuente,

extenuada de antemano, les iluminaba los ojos pacientes.

—¿Y qué más da tu verdad? —dijo el que había hablado antes—. Si no trabajas, si no experimentas la materia de la existencia, ¿cómo vas a tener de dónde recordar ideas?

—Además, ¿para qué quieres la verdad? —preguntó otro hombre, separando unos labios aglutinados de no hablar—. En tu mente estarás bien, pero tu exterior será desagradable.

En ese momento se abrió (…).

4.

Pág. 24: (…) tomando el alimento como es debido, pero sin saborearlo.

Aunque poseían el sentido de la vida, algo equivalente a la felicidad eterna, sus rostros estaban sombríos y delgados, y en lugar de paz vital tenían lasitud. Con la avaricia de la esperanza, con el miedo de la pérdida, Vóschev observaba a esa gente que existía tristemente, que era capaz de conservar en su interior y sin grandes festejos la verdad; se contentaba con que la verdad se hallara en el mundo dentro del cuerpo de un hombre que estaba cerca de él, que acababa de hablar con él, es decir, que le bastaba con estar cerca de ese hombre para ser paciente con la vida y apto para el trabajo.

—¡Ven a comer con nosotros! —invitaron a Vóschev los que se alimentaban.

Vóschev se levantó y, sin tener todavía fe plena en la necesidad común del mundo, se fue a comer, cohibido y acongojado.

—¿Cómo es que eres tan frugal? —le preguntaron.

—Soy así —respondió Vóschev—. Pero ahora también quiero trabajar en la sustancia de la existencia.

En los tiempos de duda sobre si la vida era correcta no solía comer tranquilo, pues sentía siempre su alma consumiéndose.

Pero ahora comía imperturbable, y el más activo de entre los operarios, el camarada Safrónov, le informó después de la nutrición que, quizá, también Vóschev sirviera para trabajar, porque ahora la gente era tan valiosa como el material; que el delegado del sindicato ya llevaba unos cuantos días recorriendo los alrededores de la ciudad y los lugares vacíos para hallar a campesinos pobres sin hacienda y hacer de ellos trabajadores continuos, pero era raro que lograra traer a nadie: todo el pueblo estaba ocupado en la vida y en sus labores.

Vóschev ya había comido todo lo que podía, así que se puso de pie entre los sedentes.

—¿Por qué te has levantado? —le preguntó Safrónov.

—Si estoy sentado, las ideas se me desarrollan peor. Mejor me quedo de pie.

—Bueno, quédate. Imagino que eres de la intelectualidad, esta es de quedarse sentada y pensar.

—Mientras fui inconsciente, vivía del trabajo manual, pero después dejé de ver el significado de la vida y me debilité.

Al barracón se acercó una música que empezó a tocar sonidos vitales singulares, en los que no había ningún sentido, pero, sin embargo, sí tenían un radiante presentimiento que llevó al cuerpo de Vóschev a un estado tembloroso de alegría. Los inquietos sonidos de la repentina música transmitían un sentimiento de conciencia, se ofrecían a cuidar el tiempo de la vida, a atravesar la lejanía de la esperanza hasta el final y a alcanzarla para encontrar allí los orígenes de este canto emocionante y no echarse a llorar antes de morir por la melancolía de la inutilidad.

La música cesó y la vida se asentó en todos con toda su carga previa.

El delegado del sindicato, al que Vóschev ya conocía, entró en la estancia obrera y pidió a todo el colectivo que cruzara la ciudad vieja una vez para que vieran el significado del trabajo que iba a empezar en el solar segado después de la marcha.

El colectivo de operarios salió al exterior y se paró confuso enfrente de los músicos. Safrónov sufrió un ataque de tos forzada, avergonzado de los honores públicos que le dirigían en forma de música. El cavador Chiklin miraba sorprendido y expectante: no llegaba a sentir sus méritos, pero quería oír otra vez la solemne marcha y alegrarse en silencio. Otros bajaron con timidez los brazos pacientes.

Entre las preocupaciones y la actividad, el delegado se había olvidado de sentirse y percibirse, y así le iba mejor; con el trajín de ensamblar a las masas y de organizar las alegrías suplementarias para los trabajadores, no se acordaba de satisfacer con placeres su vida personal, había adelgazado y dormía profundamente por las noches. Si el delegado disminuyera la agitación de su trabajo, se acordaría de los defectos de los bienes domésticos de su familia o acariciaría por las noches su cuerpo disminuido, envejecido, sentiría la vergüenza de existir a cuenta del dos por ciento del trabajo melancólico. Pero no era capaz de detenerse ni de tener conciencia contemplativa.

Con la velocidad proveniente de su agitada lealtad a los trabajadores, el delegado del sindicato dio un paso al frente para enseñar la ciudad de haciendas dispersas a los operarios cualificados, porque hoy debían empezar la construcción de un edificio único

donde entraría para asentarse toda la clase local del proletariado, y esta casa común se alzaría por encima de toda la ciudad de haciendas y patios, mientras que las pequeñas casas individuales quedarían vacías, el mundo vegetal crearía una cubierta impenetrable sobre ellas y, poco a poco, los hombres marchitos de un tiempo olvidado dejarían de respirar allí.

Al barracón se acercaron varios mamposteros de dos fábricas nuevas en construcción, el delegado se puso tenso por la emoción de ese último momento justo antes de la marcha por la ciudad de los constructores; los músicos acercaron los aperos de viento a los labios, pero el colectivo de operarios seguía apartado, sin prepararse para echar a andar. Safrónov reparó en la diligencia forzada de los músicos y se ofendió por esa música que humillaba.

—¿Qué broma es esta? ¡No vamos a ir a ningún lado! ¡Ya lo hemos visto todo!

El delegado perdió la disposición en la cara y sintió su alma (siempre la sentía cuando lo ofendían).

—¡Camarada Safrónov! La oficina distrital del sindicato quería mostrar al primer colectivo modelo la lástima de la vida vieja, diferentes viviendas pobres y sus molestas condiciones, así como el cementerio donde se enterraba a los proletarios que perdieron la vida antes de la revolución, sin felicidad, y así veríais cómo es la ciudad muerta que se levanta en medio de la llanura de nuestro país, entonces sabríais enseguida para qué necesitamos la casa común del proletariado que vais a empezar a construir después de que…

—¡No te hagas el obsequiante con nosotros! —objetó Safrónov—. ¿Qué pasa, que no hemos visto las casas ruinosas donde viven las diferentes autoridades? Llévate la música a alguna organización infantil, que nosotros cumpliremos con la casa de acuerdo a nuestra propia conciencia.

—¿Me estás diciendo que soy un obsequiante? —se asustaba el delegado, cada vez más dubitativo—. ¿En la oficina del sindicato tenemos un aleluyador y yo soy el obsequiante?

Y con el corazón enfermo, el delegado del sindicato marchó en silencio al establecimiento del sindicato, la orquesta lo siguió.

En el solar segado olía a hierba muerta y a la humedad de los lugares desnudos, (…).

5.

Pág. 28: (…) respondía Kozlov con su pobre voz infantil.

—Te recreas mucho—dijo Safrónov—. Te vamos a acostar para que duermas en la mesa debajo de la lámpara, para que estés ahí tumbado y te dé vergüenza.

Kozlov miró a Safrónov con ojos húmedos y enrojecidos y guardó silencio de puro agotamiento indiferente.

—¿Por qué la toma contigo? —preguntó Vóschev.

Kozlov se quitó la porquería de la nariz huesuda y miró a un lado, como si añorara la libertad, pero, en realidad, sin añorar nada.

—Dicen —respondió— que no tengo mujer —dijo Kozlov con dificultad por la ofensa—, que por las noches me quiero a mí mismo debajo de la manta y que por el día no sirvo para la vida. Porque, como suele decirse, ¡ellos lo saben todo!

Vóschev volvió a cavar la arcilla uniforme y vio que todavía quedaba mucha arcilla y tierra común, que todavía debía tener vida durante mucho tiempo para superar con el olvido y el trabajo el mundo agazapado y que había escondido en las tinieblas la verdad de toda la existencia. Quizá sería más fácil componer el sentido de la vida en la cabeza, porque así se podía adivinar de improviso o rozarlo con algún sentimiento que fluyera triste.

—Safrónov —dijo Vóschev debilitado por la paciencia—, es mejor que piense sin trabajar, de todas formas no vais a llegar cavando al fondo de la tierra.

—No lo averiguarás pensando —le informó Safrónov sin distraerse —, no tendrás memoria de la materia y serás una especie de Kozlov, pensando solo como si fueras un animal.

—¡Deja de gimotear, huérfano! —intervino Chiklin por delante—. Mira a la gente y vive, ya que has nacido.

Vóschev miró a toda aquella gente y decidió vivir como pudiera, ya que ellos aguantaban y vivían: había surgido a su lado y moriría a su debido tiempo (…).

6.

Pág. 31: (…) en una tierra vacía, hueca.

—¡Kozlov, bruto! —definió Safrónov—. ¿Qué más te da a ti el proletariado dentro de una casa si tú únicamente te alegras por tu propio cuerpo?

—¡Deja que lo haga así! —respondió Kozlov (…).

7.

Pág. 36: (…) para oír a los pájaros y los pasos de los transeúntes.

Vóschev acabó de dormir y abrió los ojos. El mundo fresco de la mañana lucía entre las rendijas del barracón, y Vóschev sentía su cuerpo como si lo hubieran engendrado de nuevo: el trabajo del día anterior había destruido sus antiguas entrañas, pero el sueño lo había llenado con carne primitiva.

Chiklin todavía dormía y Kozlov estaba a su lado, otros yacían de costado, igualmente cansados por la tierra. Que durmieran de momento para que junto con la respiración se consumiera en ellos la sangre caducada y en el lugar vacío se derramara una humedad espesa y percibible. Por debajo de los oídos, a Kozlov se le había renovado el latido de los manantiales maternos y le habían salido colores en la cara empobrecida. Así que pronto le llegaría el momento de despertarse y de vivir conscientemente.

Vóschev abrió la puerta al exterior, permitiendo que entrara el aire para la respiración de los durmientes, y él salió fuera para no obstaculizar la corriente de frescura sobre las caras echadas. En la naturaleza había una luz cálida y se abría paso el sonido regular del trajín de la vida diminuta, que también andaba buscando para sí algún tipo de sentido a la vida.

No muy lejos se encontraba un barranco abandonado y un árbol solitario inclinaba sobre él las ramas sin viento, buscando su nacimiento en la tierra o una convivencia mortal con ella. En el otro lado del barranco había una depresión y de allí, desde un establecimiento invisible, salía el vapor liberado por una máquina. Apartado de todo, en la hierba, había un hombre pobre encorvado, tenía un palo clavado en la tierra y un hatillo con bienes colgaba de él: seguramente también vivía con el esfuerzo y la esperanza de recibir su felicidad por entero o, quizá, existiera solo por la paciencia que da la curiosidad.

Después de haber observado a este hombre, Vóschev escuchó la canción de una voz bajita:

—Tilo secula-a-ar…

Después la voz bajó más todavía, continuando la canción en un susurro, y cesó por completo. Vóschev regresó dentro del barracón. Aquí, Chiklin miraba con ojos de no recordar y pronunciaba la canción con la boca, pero sin hablar; ya estaba despierto, pero aún no podía recordar su vida, así que recordó la canción, mientras se preparaba para vivir de nuevo.

Aunque Kozlov seguía durmiendo, se rasgaba el pecho con las uñas, sufriendo con los ojos cerrados, pero después se incorporó

rápidamente y empezó a lanzar gritos temerosos.

—¿Con qué te has asustado? —preguntó Vóschev mientras se acercaba para ayudarlo.

—¡Hay ratas royéndome el pecho!

Chiklin se apoyó sobre sus acostumbrados pies y con habilidad miró fijamente el cuerpo de Kozlov donde estaba la rata; Chiklin quería matarla con tranquilidad.

—¡Cierra la boca! —le dijo a Kozlov—. Y sujétate la tripa con las manos, ya verás como salta.

Kozlov apretó con cuidado la boca y se presionó el estómago con una mano para que la rata tuviera más complicado moverse; de pronto, sintió su interior libre y el corazón, ligero.

—¡Mira, ahí está! —señaló la chaqueta con la que se había tapado los pies.

Con gran fuerza Chiklin golpeó con la planta desnuda la chaqueta, pero el sitio debajo de esta estaba vacío.

—¡Se ha ido! —averiguó Chiklin.

Kozlov sintió una ofensa triste:

—Iré ahora, como suele decirse, a poner una denuncia en la guardia, las ratas le roen el corazón a un obrero.

Después del despertar general, al barracón de pernoctación de los cavadores llegó un hombre ajeno. De entre todos los operarios, el único que lo conocía era Kozlov, gracias a sus conflictos del pasado. Era el camarada Pashkin, el presidente del consejo distrital del sindicato. Tenía ya cara de mayor y el tronco del cuerpo encorvado, no tanto por el número de años, cuanto por la carga social; a causa de estas dotes, hablaba en tono paternal y sabía o barruntaba casi todo.

—Son las ratas, camarada Pashkin —le decía Kozlov—. El corazón, como suele decirse, me lo roen una y otra vez.

Pashkin nunca se daba prisa en responder —para que la gente lo viera pensando—, y respondía al descuido —para que la esencia de su palabra actuara por si sola—.

—¿Dónde están las ratas? ¿Para qué vienen hasta aquí? Si no tenéis mujeres, ¡no hay nadie que traiga basura! Imagino que duermes de más y has soñado con los animales. ¡Si hasta ha estado el sanitario! Y si hay ratas, organizad un círculo de la Unión de la Defensa y la Aviación Química y envenenad a los bichos, ¡haced prácticas contra la burguesía con estas menudencias! Y hasta será bueno que tengáis ratas, ¿cómo es que no lo entendéis?

—Lo entendemos —informó Safrónov con respeto—. No tenemos donde meternos, es menester que entendamos todo.

Con el ceño fruncido por las preocupaciones y su habitual conocimiento, Pashkin recorrió a su paso la vivienda, estudiando con

mirada poco atrayente las condiciones higiénicas y cúbicas, y encontró que las condiciones eran bastante buenas, y es que el proletariado todavía se estaba construyendo su existencia, así que no tenía a nadie a quien exigir los beneficios. Pashkin sabía casi todo esto de forma taciturna e incluso sentía añoranza.

«Bueno, qué se le va a hacer —solía decir en época de dificultad (…).

8.

Pág. 42: (…) Al cabo de unas dos horas Vóschev le trajo muestras del agujero explorado.

«Seguro que conoce el sentido de la vida natural —pensó Vóschev en silencio sobre Prushevski y, abrumado por su propia melancolía consecuente, preguntó:

—¿Y usted no sabrá cuál es la disposición del mundo?

Prushevski retuvo la atención en Vóschev: ¿sería posible que también ellos fueran de la intelectualidad, que nacimos gemelos del capitalismo? ¡Dios mío, qué cara de aburrimiento tiene ahora!

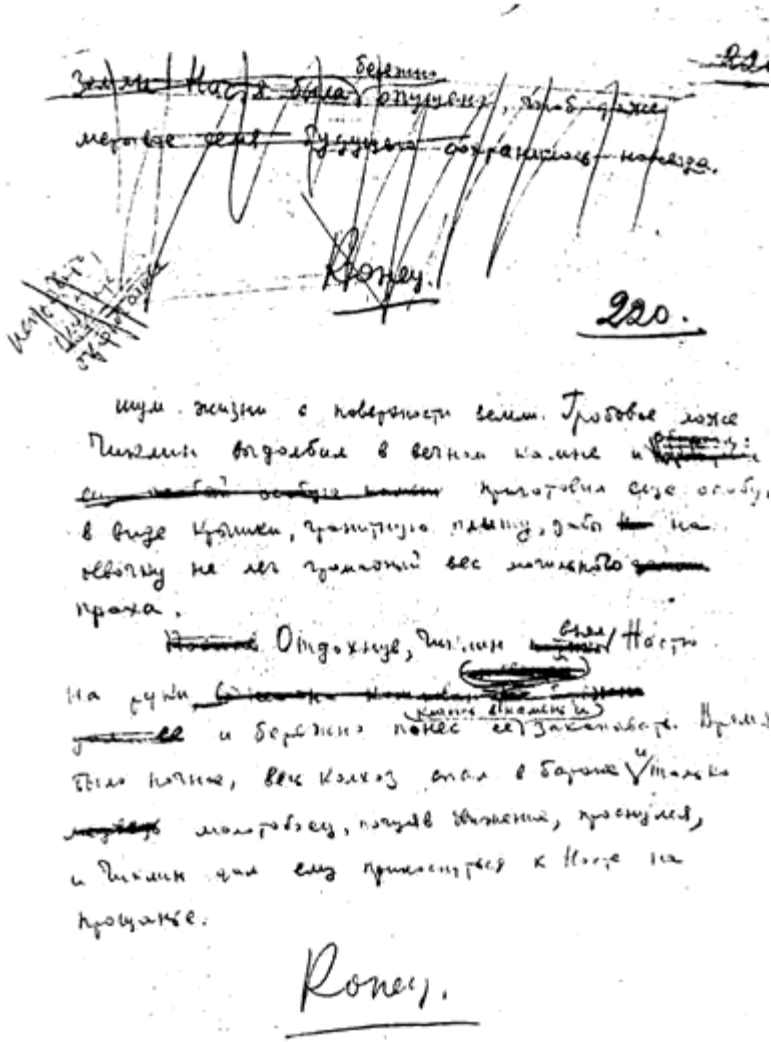
—No lo sé —respondió Prushevski.

—Pero tendría que haberlo aprendido, ¿no?, se esforzaron en enseñárselo.

—A cada uno nos enseñaban alguna parte muerta: yo sé de la arcilla, de la gravedad del peso y de la mecánica del reposo, pero sé poco de máquinas y no sé por qué late el corazón en un animal. Un todo entero o el interior de algo, esto nunca nos lo explicaron.

—En vano —decretó Vóschev—. ¿Cómo ha logrado vivir tanto tiempo? La arcilla está bien para los ladrillos, pero ¡es poca cosa para usted!

Prushevski tomó en las manos una muestra del terreno (…).



La página final del manuscrito de *La zanja*, escrito a lápiz, de Platónov. La palabra subrayada en la parte inferior de la página dice: «Fin».

POSFACIO

Puede que las preocupaciones más profundas de Platónov fueran más filosóficas que políticas, y es probable que los lectores continúen disfrutando de su obra incluso cuando la Unión Soviética esté casi olvidada, al igual que los lectores y los amantes del teatro disfrutan hoy de Shakespeare, aunque no sepan nada de las controversias políticas y religiosas del siglo xvi a las que tan a menudo alude. Sin embargo, *La zanja* se sitúa en un contexto histórico y político muy particular, el del impulso de Stalin hacia una rápida industrialización y la colectivización total, y un cierto conocimiento de este período puede ayudarnos a comprender la hazaña de Platónov.

La colectivización de la agricultura y la Gran Hambruna de 1932-33 se encuentran entre las catástrofes más importantes, pero también menos reconocidas, de la historia soviética. La Unión Soviética adoptó como emblema el martillo, simbolizando a los trabajadores, y la hoz, simbolizando a los campesinos. Afirmaba ser un «Estado obrero y campesino» y mucha gente todavía toma esta afirmación por su valor nominal, sin darse cuenta de la profunda hostilidad que sentían los bolcheviques hacia el campesinado. La mayoría de los bolcheviques, de hecho, consideraban a los campesinos como no mejores que los pequeños burgueses; muchos de ellos probablemente tenían sentimientos parecidos a los de Maksim Gorki, el amigo de Lenin, quien una vez declaró: «Tendréis que perdonarme, pero el campesino todavía no es humano… es nuestro enemigo, nuestro enemigo». La última afirmación de Gorki, al menos, fue exacta: Todo el estilo de vida de los campesinos era, de hecho, una amenaza para el proyecto bolchevique de un Estado fuerte y planificado centralmente.

En 1917, para desestabilizar al Gobierno provisional, los bolcheviques alentaron de manera oportunista a los campesinos a levantarse contra sus terratenientes y a apoderarse de sus tierras. Tras el éxito obtenido, los bolcheviques se vieron obligados a librar posteriormente una larga guerra para reafirmar el poder del Gobierno central. Los campesinos se resistieron a la política bolchevique de «requisición de grano» —confiscación forzosa de grano a los

campesinos para alimentar a las ciudades— y las revueltas campesinas continuaron en una escala masiva hasta 1924. Tras una incómoda tregua a mediados de la década de 1920, los bolcheviques volvieron al ataque en 1929. La colectivización y la Gran Hambruna fueron las últimas y más terribles batallas de una guerra prolongada.

La táctica principal adoptada por los bolcheviques fue promover la lucha de clases en los pueblos. Los campesinos se clasificaban como campesinos pobres (*bednyaki*), que no tenían propiedades; campesinos medios (*serednyaki*), que poseían propiedades pero no empleaban mano de obra contratada; y ricos campesinos o kulaks (*kulaki*), que no solo poseían propiedades sino que también empleaban mano de obra contratada. Los campesinos que se oponían a la colectivización pero que eran demasiado pobres para ser llamados kulaks se clasificaban como subkulaks. Los kulaks y los subkulaks fueron deportados en masa. A los campesinos pobres, junto con los campesinos medios que lograron convencer a las autoridades de su buena fe, se les permitió integrarse en las granjas colectivas. Según datos de los archivos soviéticos, más de 1 800 000 kulaks y familiares fueron deportados entre 1930 y 1931; es probable que alrededor de una cuarta parte de estos muriera antes de llegar a los «asentamientos especiales» a los que estaban destinados. La historiadora Lynne Viola ha escrito: «La liquidación del kulak como una clase -dekulakización para abreviar- fue la primera gran purga de Stalin. Fue una purga del medio rural: un esfuerzo por eliminar los elementos indeseables y decapitar el liderazgo tradicional y las estructuras de autoridad rurales con el fin de romper la cohesión de los pueblos, minimizar la resistencia campesina a la colectivización e intimidar a la masa del campesinado para que cumpliera con las normas».

La mayoría de los escritores soviéticos de la época vivían en las principales ciudades, y pocos eran testigos de lo que ocurría en los pueblos. Mijaíl Sholojov sabía lo que estaba pasando y protestó valientemente ante Stalin. Algunos escritores, como Osip Mandelstam y Boris Pasternak, sintieron que algo terrible estaba ocurriendo y al menos lo insinuaron en su trabajo. Otros escritores, como Aleksandr Tvardovski, provenían de familias campesinas y sabían lo que había sucedido, pero eligieron mentir al respecto, por el bien de la autoconservación. Platónov y su amigo Vasili Grossman fueron los únicos miembros de su generación que escribieron sobre la colectivización total, y sobre la aún más devastadora Gran Hambruna, de manera sincera y profunda. Es probable que Grossman dependiera en gran medida de lo que escuchó de otros (tal vez del mismo Platónov), pero su evocación de estos horrores en su novela corta *Todo fluye* es a la vez precisa y desgarradora. Lo que cuenta Platónov es de primera mano; ningún escritor soviético de su generación entendió

mejor la vida del campesinado en los años veinte.

* * *

Platónov fue criado en las afueras de Voronezh, la capital de la región de la Tierra Negra. Nacido en 1899, maduró con la revolución, a la que apoyó apasionadamente. Durante los años inmediatamente posteriores a la revolución, publicó una gran cantidad de artículos sobre temas políticos, filosóficos y científicos, así como una colección de poemas, *La profundidad azul*. Sin embargo, conmocionado por la terrible sequía y la hambruna de1921, abandonó la literatura para trabajar como experto en recuperación de tierras. Sus razones habrían sido entendidas por Tolstoi; «al ser alguien técnicamente cualificado», escribió Platónov, «no pude continuar realizando trabajos contemplativos como la literatura». A mediados de la década de 1920, supervisó la excavación de no menos de 763 estanques y 331 pozos, así como el drenaje de 2 400 acres de pantanos y la construcción de tres pequeñas centrales eléctricas rurales. Luego, entre 1929 y 1932, fue enviado a varios viajes por el centro y sur de Rusia. Otros escritores que visitaron granjas colectivas lo hicieron como miembros de las Brigadas de Escritores y, por supuesto, se les mostró solo unas pocas granjas colectivas modélicas. Platónov, sin embargo, fue enviado por el Comisariado del Pueblo para la Agricultura y vio lo que realmente estaba sucediendo.

En agosto de 1931, por ejemplo, se le pidió a Platónov que informara sobre el progreso de la colectivización en las regiones del Volga central y el norte del Cáucaso. La siguiente entrada de sus cuadernos es solo una de muchas, todas igualmente directas: «Granja Estatal Número 22 'El porquero'. Se ha llevado a cabo el 25% del plan de construcción. No hay clavos, hierro, madera … las lecheras han estado huyendo, los hombres han sido enviados tras ellas a caballo y las mujeres han sido obligadas a trabajar. Ha habido casos de suicidio… pérdida de ganado de un 89-90%». Es sorprendente que Platónov se atreviera a escribir estas líneas, aunque fuera en un cuaderno privado de notas, en un momento en que la prensa oficial solo informaba de éxitos cada vez mayores.

Estos viajes sirvieron de inspiración para todo un ciclo de obras dedicadas a los temas de la colectivización y la Gran Hambruna. Además de *La zanja*, que a menudo se considera como su obra maestra, Platónov escribió un borrador inacabado de *La patria de la electricidad* y las novelas cortas *Para uso futuro* y *Mar juvenil*. también escribió dos guiones de cine y dos obras de teatro especialmente conseguidas: una comedia negra sobre colectivización titulada *Hurdy-Gurdy* y una evocación de la Gran Hambruna, *Las catorce cabañas*

rojas, que anticipa a Brecht y a Beckett. Ninguna de estas obras se publicó en la vida de Platónov, excepto «Para uso futuro», que fue criticada de forma inmediata y feroz por el propio Stalin.

Todas estas obras parecen a primera vista, especialmente para un lector no versado en la historia soviética, altamente surrealistas. Esta impresión, sin embargo, es engañosa; no contienen apenas una situación o diálogo que no se relacione directamente con algún evento o publicación real de esos años. La atención de Platónov no estaba en un mundo de ensoñaciones privadas sino en la realidad política e histórica, una realidad tan extraordinaria que apenas es creíble.

* * *

En el primer párrafo de *La zanja*, Platónov explica cómo Vóshchev es despedido de su trabajo en una pequeña fábrica «el día del trigésimo aniversario de su vida personal». Platónov compara de manera implícita a Vóshchev tanto con Dante «en medio del camino de esta vida» como con Cristo de treinta años al comienzo de sus tres años de predicación. También compara a Voshchev con él mismo; Platónov tenía treinta años cuando comenzó a trabajar en La zanja y originalmente tenía la intención de darle al héroe su propio apellido real, Klimentov; Platónov, el nombre bajo el que decidió publicar, es una forma abreviada de su patronímico y fue adoptado, muy probablemente, en homenaje a Platón.

El título ruso de la novela, *Kotlovan*, está relacionado con el *kotyol*, que significa «caldero», y el pozo de la excavación se menciona varias veces como un «abismo». El mundo que Platónov evoca en *La zanja* es un infierno en el que tanto el lenguaje como el trabajo han perdido todo su significado, donde casi todos los personajes están alienados de sí mismos, y donde tanto verdugos como víctimas consideran los actos de violencia como lo más normal del mundo. Los parientes más cercanos a los personajes de Platónov son los campesinos sin rostro que aparecen en las pinturas y dibujos producidos casi al mismo tiempo por Malevich, figuras que el historiador de arte Igor Golomstock ha descrito como «fantasmas transparentes que se han materializado a partir del vacío y han adquirido vida».

La zanja es un testimonio de uno de los momentos más oscuros de la historia rusa. Se puede leer de manera más general, como una fábula filosófica. Sin embargo, sería un error verlo simplemente como otro de los gritos literarios de desesperación del siglo xx. Platónov tenía buenas razones para sentirse desesperado durante los primeros años de la década de 1930. No pudo publicar nada durante varios años y estaba claramente consternado por lo que le estaba sucediendo a la revolución que amaba, pero era un hombre de extraordinaria

tenacidad. Al igual que Vóshchev, parece determinado a descubrir el sentido y la verdad; y al igual que Vóshchev, parece estar determinado a salvar la vida, cualquier forma de vida, del olvido. La mención de Vóshchev a una hoja «caída» en el segundo fragmento es, en efecto, la mención de Platónov a sus propios personajes, todos los cuales parecen igualmente superfluos en el mundo: «Quédate aquí, yo averiguaré para qué has vivido y muerto. Ya que nadie te necesita, que estás tirada en medio del mundo, yo te cuidaré y recordaré».

Tras sus obras más lúgubres de principios de la década de 1930, Platónov parece tomar la decisión consciente de escribir de manera más simple, más clara y con más esperanza. En *La zanja* hay muy poco que se pueda salvar, tal vez solo unas pocas hojas secas y «piezas de existencia», como un aro de hojalata o una sandalia que alguna vez había pertenecido a «un cuerpo laborioso pero desposeído». En 1935, sin embargo, escribe sobre Nazar Chagataev, el héroe de *Dzhan* (Alma), que «estaba tratando de pensar solo lo que era necesario para una vida de salvación compartida», y probablemente podría haber dicho lo mismo de sí mismo. *El río Potudan* (1937), con toda su profunda melancolía, es igualmente positivo; tanto el héroe como su esposa, Lyuba (abreviatura de *lyubov*, amor en ruso), sobreviven a sus impulsos suicidas y, a pesar de la enfermedad probablemente terminal de Lyuba, reafirman y finalmente consuman su matrimonio. Y *El regreso* (1946) —quizás la historia más importante y sabia de Platónov — trata sobre la salvación de toda una familia. Torpemente y con dificultad, un padre que acaba de regresar de la guerra, su esposa (también llamada Lyuba) y sus dos hijos pequeños redescubren el amor mutuo. Al final de la historia, el padre se sube a un tren con la intención de dejar a su esposa por una mujer más joven, pero unos minutos después de salir de la estación, al darse cuenta de que los dos niños que puede ver corriendo por un sendero hacia la vía férrea son sus propios hijos, se baja del tren.

* * *

De muchas de las obras de Platónov aparecieron textos fiables solo cuarenta o cincuenta años después de su muerte. La novela sin terminar *Moscú feliz* se publicó por primera vez en 1991, el texto completo de *La zanja* en 1994, y el texto completo de *Dzhan* en 1999, aunque apenas está disponible. La ausencia de textos rusos fiables, junto con las rigideces propias del pensamiento de la Guerra Fría, han retrasado cualquier apreciación real del alcance de los escritos de Platónov. Durante muchos años, la audacia de la sátira política, especialmente en *La zanja*, desvió la atención de otros elementos de su obra.

Incluso en el apogeo de su entusiasmo juvenil por la revolución, Platónov mantuvo un considerable respeto por la religión. En su primer artículo «Sobre el amor», por ejemplo, escribió: «si queremos destruir la religión y somos conscientes de que esto tiene que hacerse, ya que el comunismo y la religión son incompatibles, entonces, en lugar de la religión, no debemos dar la gente menos que lo que la religión da, sino más. Muchos de nosotros pensamos que es posible quitar la fe sin darles a las personas algo mejor. Pero el alma del hombre contemporáneo está organizada de tal manera que, si la fe se elimina de ella, quedará completamente desquiciada». Es probable que para 1930, cuando estaba escribiendo *La zanja*, Platónov sintiera aún más respeto por la religión. Ya continuara siendo ateo o no, sentía que el comunismo había fracasado en su promesa, que estaba dando a la gente «menos que la religión».

Las alusiones a la Biblia y a la liturgia ortodoxa juegan un papel crucial en *La zanja*. También hay una serie de alusiones al filósofo religioso ruso del siglo xx, Pavel Florenski, y a Dostoievski. Dostoievski había atacado el pensamiento utópico de Nikola Chernishevski y otros pensadores radicales del siglo xix, y esta controversia había resurgido en las décadas de 1910 y 1920. Chernishevski fue una influencia importante en muchos de los principales bolcheviques; Platónov, sin embargo, parece haberse puesto del lado de Dostoievski. Como este último, criticó el palacio de cristal idealizado que se aparece en un sueño a la heroína de la novela de Chernishevski. Así, Platónov criticaba los grandiosos proyectos de su tiempo; como Dostoievski, los compara con la torre de Babel.

El más importante de los subtextos de *La zanja* se relaciona con el Eliseo bíblico. En las Biblias de la Iglesia rusa y eslava, el profeta que conocemos como Eliseo se llama Yeliséi. Yeliséi es también el nombre de uno de los campesinos de Platónov, y el paralelo entre él y el Eliseo bíblico es preciso y sostenido. Así como Eliseo se opuso a los profetas de Baal, quienes exigían sacrificios para garantizar buenas cosechas y aumentar sus rebaños y manadas, asimismo, Yeliséi se opone a los profetas del régimen soviético, quienes exigían sacrificios exactamente por las mismas razones. La única diferencia es que la Biblia no permite dudas sobre quién tiene razón y quién está equivocado, mientras que Platónov, como siempre, invita a sus lectores a ver el conflicto desde ambos lados a la vez. Al final, sin embargo, este paralelismo se convierte en una inversión explícita. Eliseo derrota a los profetas de Baal y es capaz de realizar milagros; en una ocasión resucita a un niño muerto simplemente respirando sobre él. Yeliséi, sin embargo, es tan impotente ante la muerte como lo está ante las autoridades soviéticas y, aunque respira toda la noche sobre la moribunda Nastia, cuyo nombre completo, irónicamente, significa «la resucitada», no puede

mantenerla viva. La muerte y el entierro de Nastia pueden verse como un sacrificio para los dioses paganos; está enterrada, como un sacrificio humano, «en piedra eterna», en lo profundo de la tierra debajo de donde se sentaron los cimientos de un gran edificio.

La escena del perdón mutuo en el patio de la organización se basa en un importante rito ortodoxo, el del domingo del Perdón, el último domingo antes de Cuaresma. Los campesinos de Platónov ven la colectivización como el fin del mundo, por lo que, antes de unirse a la granja colectiva, se abrazan y se perdonan unos a otros como si estuvieran a punto de morir, como si tuvieran «solo un momento más». No hay necesidad de que se den ninguna explicación entre ellos sobre lo que están haciendo; simplemente siguen el rito de la iglesia, cada persona presente pide perdón y se le pide perdón. Este subtexto litúrgico y escatológico explica la atmósfera sorprendentemente armoniosa de las escenas en las que uno podría esperar encontrar solo odio y lucha de clases; si los campesinos no guardan rencor contra sus torturadores, es porque ven en ellos la mano de Dios, y ¿cómo puede uno tener rencor contra la mano de Dios? Sin embargo, a pesar de toda la compasión con la que Platónov presenta esta escena de perdón mutuo, y a pesar de toda la densidad de la alusión bíblica a lo largo de la novela, el mundo de *La zanja* es un mundo sin Dios. Incluso el sacerdote dice: «Ya no siento el encanto de la creación. Me he quedado sin Dios, y Dios sin Hombre…».

La realidad de la vida en la Rusia de Stalin siempre será difícil de entender. Ninguna fuente de información —ni memorias, ni diarios, ni informes para la policía secreta— es completamente fiable. Es más fácil estar seguro de las verdaderas creencias de figuras tan distantes como Chaucer y Dante que de las verdaderas creencias de muchos de los contemporáneos de Platónov. Incluso en este contexto, sin embargo, el grado de incertidumbre en torno al propio Platónov es extraordinario. No hay apenas una sola obra importante de Platónov, o un evento importante en su vida, que no esté velado por la ambigüedad. En noviembre de 1922, por ejemplo, aunque en ese momento era un ateo declarado, bautizó a su hijo de seis semanas de edad, Platón. Solo podemos especular sobre sus razones. Tampoco sabemos qué le preocupaba más en el momento en que escribía *La zanja*: la pérdida de Dios o el fracaso del socialismo. Una línea de *Hurdy-Gurdy* (escrita a fines de 1930) —«¡Oh Señor, Señor, ¡ojalá fueras!»— es una expresión de sentimiento religioso tan intensa como es posible para un no creyente, si Platónov fuera un no creyente; pero luego la sensación de pérdida que expresa en su posdata a *La zanja*, sobre el fin de la generación socialista, no es menos desgarradora. Todo lo que se puede decir con seguridad es que Platónov dedicó el resto de su vida a la búsqueda de una salida del abismo de *La zanja*, a

la búsqueda de lo que el gran poeta escocés Hamish Henderson llamó «Palabras de amor completo. Palabras que pueden alcanzar lentamente el poder de reconciliar y sanar».

Las palabras de Henderson son, de hecho, aplicables a *La zanja* en sí, aunque esto puede no ser inmediatamente obvio. La resistencia de Platónov a la pesadilla que vivió está encarnada no tanto al nivel de la trama como en la textura de cada oración individual. Su habilidad para presentar perspectivas incompatibles en el espacio de una sola oración puede verse como un equivalente literario de cubismo y, en el contexto de la guerra asesina de clases que describe, esta capacidad es inesperadamente curativa. Un ejemplo simple pero memorable se puede encontrar al final del pasaje que describe la liquidación (casi literal) de los kulaks. Zháchev, un verdadero creyente (en la revolución), imagina que la partida de los kulaks en su balsa es una garantía del futuro brillante que está a punto de establecerse. Cuando los kulaks se alejan flotando, sin embargo, pierde esta certeza:

> El convoy fluvial de kulaks empezaba a pasar un recodo de arbustos ribereños y Zháchev ya perdía la visibilidad del enemigo de clase.
>
> —¡Eh, parásitos, hasta siempre! —gritaba Zháchev por el río.
>
> —¡Has-ta-siem-pre! —contestaban los kulaks que flotaban hacia el mar.

La ambigüedad es conmovedora. El significado obvio de «Zháchev ya perdía la visibilidad del enemigo de clase» es simplemente que los kulaks estaban desapareciendo de la vista. Pero la frase también puede entenderse en el sentido de que los kulaks estaban dejando de ver a Zháchev como un enemigo y que él estaba dejando de verlos como enemigos. La despedida mutua adquiere un significado aún más profundo del hecho de que «despedirse bien» y «perdonar» son, en ruso, dos formas diferentes del mismo verbo: «¡Adiós!» significa «sigue perdonando» Cuando todavía queda «un momento de tiempo», Zháchev y los kulaks reconocen la humanidad de los demás. A medida que los kulaks van siendo liquidados, Zháchev se une al ritual que acaban de realizar y en el que, sin duda, nunca admitiría creer. La escena está impregnada de la mezcla característica de Platónov de delicada ironía y profunda ternura. Incluso cuando nos muestra uno de los infiernos que la humanidad ha creado, Platónov revela su capacidad para apreciar el alma humana individual.

* * *

Platónov desarrolla el significado de determinadas palabras en el transcurso de la novela. A menudo, sus palabras parecen tener vida propia; es como si escaparan de sus contextos y luego aparecieran inesperadamente en contextos a los que no pertenecen. En el capítulo final, Platónov nos dice que «Junto al barracón pasaba mucha gente, pero nadie vino a interesarse por la enferma Nastia; todos agachaban la cabeza y pensaban sin cesar en la colectivización completa». Platónov parece olvidarse de decirnos si sus pensamientos son entusiastas o desesperados, pero esta oración tiene al menos la apariencia de una declaración directa. Sin embargo, en otras partes, Platónov encuentra formas más inmediatas de transmitir la generalidad de la colectivización total, permitiendo que las palabras se apoderen de su texto, al igual que se adueñan de las mentes de sus protagonistas. El relato de la noche anterior a la liquidación de los kulaks, por ejemplo, comienza con las palabras: «Un gentío denso tapaba el Patio de la Organización». Quince líneas más tarde, el militante activo le da al niño un «confite totalmente de piedra», y el niño sorprendido responde con «es una colectivización completa, ¡pocas alegrías nos quedan!» y, después de otras pocas páginas, Platónov escribe, «los sonidos del humor del campesino medio impidieron un inicio total de silencio». Platónov no nos dice simplemente que no hay escapatoria de la colectivización; nos hace experimentarlo.

Otro grupo de palabras con vida propia son «mover», «movimiento», «inmóvil» y «sin movimiento». Las dos primeras páginas del libro contienen dos ejemplos de lo que, en ruso, es casi la misma palabra; al comienzo del segundo párrafo, Voshchev pasa junto a algunos «árboles inmóviles», y al final de este párrafo se nos dice que «pasó su tiempo vespertino sin moverse». Muchos lectores pueden no notar esta cuasi repetición; algunos podrían verlo como algo torpe. Una frase unas cuantas páginas más tarde es claramente más extraña: «el sol vespertino iluminaba el polvo sobre las casas, producido por el movimiento de su población». Esto evoca la posibilidad de deportaciones masivas, aunque es probable que el lector se sienta inseguro sobre si se pretende o no este significado. La penúltima frase del capítulo es aún más extraña: «La música de los pioneros se tomó un descanso y empezó a tocar a lo lejos la marcha del movimiento». Esto parece pedir a gritos el lápiz de un editor. ¿Por qué Platónov siente que es necesario decirnos que una marcha no anima a la gente a quedarse quieta?

Habiendo establecido la importancia de este tema, Platónov comienza a desarrollarlo unos capítulos más tarde con las palabras, «todo el movimiento de los desposeídos hacia la felicidad futura». ahora está claro que la palabra «movimiento» se usa en dos sentidos:

como en movimiento hacia un lugar, y en frases como «el movimiento revolucionario». Más tarde, cuando el militante activo declara que «el movimiento es debido al proletariado», nos sentimos desorientados nuevamente; el militante activo parece ver el «movimiento«como algo deseable; sin embargo, es demasiado claro que ni el militante activo ni nadie más está pensando en lo que el propio proletario podría desear.

Hacia el final del libro, el militante activo se reprocha a sí mismo con las palabras: «Podrías haber incitado a la colectivización a toda la provincia, pero estás penando en un solo koljós; es el momento de enviar al socialismo trenes repletos de población y tú te esfuerzas en escalas diminutas. ¡Qué desgracia!». La ironía general de esto es bastante clara, pero la referencia política es más precisa de lo que es inmediatamente evidente. A fines de 1929, Stalin afirmó que los campesinos estaban «ingresando en las granjas colectivas no en grupos separados, como era el caso anteriormente, sino en aldeas enteras, asentamientos, distritos e incluso regiones». Mientras reproduce algunos aspectos de la gramática de Stalin, Platónov reemplaza «unirse» por «ser enviado» y las palabras «en pueblos enteros, asentamientos, distritos e incluso regiones» por «en trenes repletos» (*tselymi eshelonami*). Durante la década de 1930, la palabra *eshelonía*, que hemos traducido como «trenes repletos», se usaba principalmente en los trenes que transportaban kulaks a sus «asentamientos» o prisioneros a campos de trabajo. Platónov desaprobó la mentira de Stalin, permitiendo que su desafortunado militante activo soltara la verdad: que cientos de miles de campesinos, en lugar de entrar en granjas colectivas por su propia voluntad, están siendo transportados en vagones de ganado a «asentamientos especiales», es decir, a áreas del bosque norteño donde se arrojaron kulaks, en pleno invierno, sin refugio y con muy poca comida o herramientas.

A pesar de todo lo que se habla de movimiento, no hay progreso. El «hogar común para el proletariado» nunca se construirá, y la colectivización parece no significar nada más que animales que se sacrifican y kulaks que se envían en una balsa «río abajo en el mar, y mucho más», es decir, a la muerte. Platónov enfatiza la falta de movimiento real y con propósito, no solo a través de lugares tan absurdos como los anteriores, sino también a través de la repetición insistente de las palabras «inmóvil» y «sin movimiento», a menudo en un contexto que hace que las palabras destaquen. En cierto momento, por ejemplo, Chiklin oye por casualidad que Vóshchev se dirige a un objeto desconocido, tal vez un trozo de ropa vieja o calzado, con las palabras: «Ni siquiera había nacido y ya estabas acostada aquí, ¡pobre hombre sin movimiento!» En el capítulo final, estos dos opuestos, movimiento y falta de movimiento, se juntan en una petición hecha por Zháchev: «que nos ponga un hornillo, ¡en un tren como este no

llegamos al socialismo!». Estas palabras son conmovedoras. A estas alturas, la presencia de un hornillo no sería suficiente para mantener viva a Nastia, y mucho menos para permitir que alguien alcance el socialismo, y exponen más claramente que nunca la inutilidad de todo el «para aquí y para allá» del que hemos sido testigos. Los pioneros marchan alrededor, los kulaks son enviados al mar, «se ven algunas masas distantes» que se mueven a lo largo del horizonte hacia alguna reunión desconocida entre los asentamientos, pero nada cambia realmente, y la palabra «movimiento» hace sonar una amarga y enmudecida nota que se repite por última vez en la oración final de la novela: «Era de noche, todo el koljós dormía en el barracón y solo el martillador, que sintió el movimiento, se despertó. Chiklin dejó que rozara a la niña para despedirse».

* * *

Un día, sin duda, alguien publicará un estudio enumerando las anomalías en cada oración de *La zanja* y el poder expresivo de cada una de ellas. Platónov usó el lenguaje de manera más creativa que incluso el más grande de los grandes poetas rusos contemporáneos suyos, y no hay una respuesta simple a la pregunta de por qué escribió como lo hizo. A veces, como hemos visto, se desvía de la norma para invocar una alusión bíblica, cultural o política. Otras veces, ordena las palabras más comunes de una manera poco común para resaltar el significado de una palabra que normalmente damos por sentado. Esta oración del final del segundo capítulo, por ejemplo, nos dice que Vóshchev se siente incapaz de dar por sentada su propia vida: «Vóschev continuaba penando y se fue a la ciudad a vivir». A veces, un énfasis inesperado nos muestra lo poco que un personaje puede dar por sentado partes de su propio cuerpo: «Sintió el frío en los párpados y los usó para cerrar sus cálidos ojos». En ocasiones, Platónov pone algo de una manera inusual para poner en evidencia cuán atrapados están sus personajes en una visión materialista del mundo. Chiklin, por ejemplo, parece imaginar la vida como una cuestión de movimiento hacia algún lugar no identificado, y los pensamientos como una especie de sustancia física: «Cuando la vida no tiene a donde ir, entonces es cuando te vienen pensamientos en la cabeza» En otras ocasiones, sin embargo, este materialismo se transforma en un idealismo igualmente extremo; los trabajadores del cuartel, por ejemplo, comen «en silencio, sin mirarse y sin ansia, sin reconocer el valor del alimento, como si la fuerza del hombre procediera únicamente de su conciencia».

A menudo, el lenguaje de Platónov deriva su extraordinario peso y densidad de su inestabilidad. Las palabras se mueven entre diferentes

significados, y no estamos seguros de cómo entender algo o a quién pertenece un pensamiento en particular. Aquí, por ejemplo, no está claro si las masas se lanzan con esperanza, o si es el militante activo quien espera que esto sea lo que hagan: «El militante activo estaba situado en un porche elevado y con tristeza callada observaba el movimiento de la masa viva sobre la tierra vespertina, húmeda; quería calladamente al campesinado pobre que, habiendo comido apenas un sencillo pan, se lanzaba deseoso hacia delante, hacia un futuro invisible». Tampoco está claro si el futuro es simplemente invisible porque *aún* no se puede ver o porque *nunca* se verá. Tomados en conjunto, estos diversos significados despiertan la sospecha de que, aunque el militante activo se dice a sí mismo que ama a las masas, lo que secretamente quiere es deshacerse de ellas.

Así como las palabras individuales flotan entre diferentes significados, la narración en su conjunto oscila entre lo realista y lo religioso o mítico. Durante la noche anterior a la liquidación de los kulaks, el militante activo hace «signos en sus papeles»: «su lápiz era de colores y él utilizaba, bien el color azul, bien el rojo, y otras veces simplemente resoplaba y pensaba, sin poner señales hasta haber tomado una decisión». El rojo y el azul indican que el militante activo está imitando a Stalin, quien generalmente marcaba o hacía anotaciones en documentos con un lápiz azul o rojo. Al mismo tiempo, sin embargo, el militante activo está imitando a Cristo mismo, quien separará a justos y pecadores en el Juicio Final. A menudo, Platónov logra un efecto similar más sutilmente, al introducir una o dos palabras inesperadas en una oración normal. Después de la despedida de Zháchev a los kulaks, por ejemplo, Platónov nos dice que Zháchev observó durante mucho tiempo «cómo se alejaba sistemáticamente la balsa por el río que fluía nevado, cómo el viento de la tarde agitaba el agua oscura, muerta, que corría entre terrenos enfriados hacia su remoto abismo». Aquí hay varias palabras que se destacan. una balsa no puede alejarse «sistemáticamente»; la palabra es tan absolutamente inapropiada que ruega ser leída como un comentario irónico sobre la terrible aleatoriedad del proceso a través del cual el militante activo separó a los «pecadores» de los «justos». La palabra «abismo» nos remite a la base de la zanja y nos lleva, al menos por un momento, al abismo del infierno de Dante; un río ruso ordinario se ha convertido en el río Estigia. En medio de estos «terrenos enfriados», incluso el río de la muerte parece solitario, perdido y olvidado, no como la hoja caída en el segundo capítulo.

La dedicatoria de Voshchev a la hoja caída es una de una serie de imágenes o frases que encapsulan los temas centrales de la novela; en este caso, el tema del recuerdo. No menos importante es un breve discurso pronunciado por Safrónov, en un momento de pesimismo

poco característico, a Chiklin: «Pero, Nikit, ¿cómo es que el campo yace aburrido? ¿Será posible que dentro de todo el mundo haya melancolía y que nosotros seamos los únicos con un plan quinquenal?» Casi cada palabra aquí merece un comentario. El verbo «yacer» se usa muchas veces en la novela respecto a cadáveres, o para cuerpos dormidos que parecen estar muertos y, como aquí, sobre las vastas áreas «no organizadas» del espacio horizontal que los apóstoles del plan quinquenal esperan consultar a través de sus torres verticales. Las palabras «aburrimiento», «aburrido» y «que aburre» (en ruso «que aburre» y «aburrido» son la misma palabra, *skuchni*) se usan con más frecuencia. Platónov puede estar sugiriendo que la locura que describe en la novela surge de la sensación de vacío, de que la desesperación de la gente por escapar de este vacío es lo que los hace tan violentos. Se habla de «tristeza» y del «plan quinquenal» como si fueran sustancias físicas; el plan de cinco años está «en nosotros mismos» y la tristeza está «dentro del mundo». De joven, Platónov era lo que podríamos llamar un materialista idealista; creía apasionadamente que la ciencia y el socialismo podían transformar el mundo. Esto, por supuesto, también fue la promesa del plan quinquenal de Stalin. Para 1930, sin embargo, Platónov había comprendido que ningún plan puede equilibrar el «dolor dentro del mundo» y que la soberbia arrogante de tales planes, de hecho, solo puede añadir más dolor. *La zanja* es, entre muchas otras cosas, la reevaluación de Platónov de sus propios sueños juveniles.

«Chiklin vació el lecho sepulcral en una roca eterna y preparó además una plancha especial de granito, en forma de tejadillo, para que el enorme peso del polvo de la tumba no cayera sobre la niña».

Con un lenguaje que nunca cede, Platónov creó un monumento imperecedero para la huérfana Nastia y para la «generación socialista» que ella representa.

Robert Chandler y Olga Meerson, 2009

ESTA EDICIÓN, SEGUNDA, DE *LA ZANJA* SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EN MADRID EN LA IMPRENTA DE GRÁFICAS COFÁS, S.A.
EN JUNIO DE 2019

www.armaeniaeditorial.com

NOTAS

1 A imitación de los tradicionales rincones sacros de las viviendas rusas, se llamaba rincón rojo al espacio habilitado en todas las fábricas e instituciones donde se celebraban reuniones, encuentros y charlas, y se colgaban periódicos y disposiciones del partido. (Todas las notas son de la traductora)

2 Organización comunista infantil fundada en 1922 en la que podían participar niños de entre nueve y catorce años, edad en la que podían pasar a formar parte del Komsomol o Unión de Juventudes Comunistas.

3 Plato consistente en gramíneas cocidas en agua y aliñadas con manteca, aceite vegetal o grasa animal.

4 Campesinos considerados ricos por tener algún tipo de propiedad y que, en ocasiones, arrendaban tierras o contrataban a otros campesinos para que las explotaran. Normalmente se negaban a entrar *motu proprio* en los koljós, y en los años treinta fueron el objetivo de una feroz persecución.

5 интеллигенция, *intelligentsia*. Clase social correspondiente a la élite intelectual y cultural comprometida políticamente.

6 Lev es el nombre de pila de Trotski. Ilich, el patronímico de Lenin.

7 El rompehielos Krasin se hizo famoso en el año 1928 cuando participó en el rescate de los últimos supervivientes de la expedición polar del dirigible Italia, comandada por el explorador Umberto Nobile.

8 En el folclore ruso, el aldeano al que le ha crecido vellón suele ser una representación habitual de la personificación de las fuerzas impuras.

9 Versos de *A la muerte del príncipe Mescherski* de Gavrila Románovich Derzhavin.

10 Cita deformada del poema de Iván Sávvich Nikitin «Regreso al hogar», que dice «(…) Pidió, resignado, no la felicidad del cielo / sino el pan de cada día, el pan negro (…)».

11 Antes de la simplificación ortográfica de 1918 el signo duro ъ se escribía después de la consonante final de los sustantivos de género masculino, caso de casi todas las palabras rusas que cita la muchacha.

12 Como la que llevaba Lenin.

13 Dada la puntuación rusa, la presencia o no de la coma es importante: de haber estado (como ocurrió en el discurso pronunciado por Stalin en el Congreso de los Marxistas Agrarios), la instrucción habría hablado de la eliminación de las distinciones de clases. Al faltar la coma, ya se habla de la aniquilación individual de cada campesino. Esta redacción aparece en un artículo de Stalin de enero de 1930.

14 Este acto de despedida enlaza directamente con la tradición del domingo del perdón, último día de la Pascua ortodoxa y día en que la gente se pide mutuamente perdón por los posibles agravios infringidos durante el año.

15 Misha, variante apocopada de Mijaíl, es una forma habitual de nombrar a los osos en Rusia.

16 Estribillo de una canción popular muy conocida a finales del siglo xix y principios del xx.